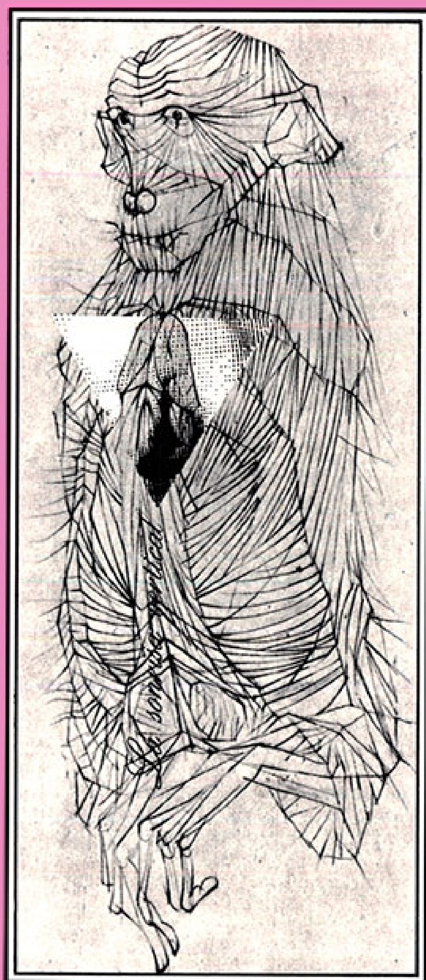
Marco Vassi

Las comedias eróticas





Este libro ha sido leído en los múltiples países donde ha sido traducido por todas aquellas personas para quienes el erotismo siempre ha sido motivo de curiosidad, como medio de conocimiento, no sólo de la propia naturaleza profunda, sino también de un significado más amplio de la vida. Nos hará pensar sin duda, pero sobre todo nos introducirá en deleites eróticos que tal vez jamás hayamos podido ni tan sólo imaginar, porque lo que Marco Vassi pone al desnudo ante nosotros es el ser humano sumergido en toda su compleja, contradictoria y a veces absurda animalidad. Al llevar la escritura erótica a sus últimas consecuencias y al subvertirla radicalmente, consigue poner al descubierto las más secretas fantasías de nuestro ser más inexplorado, más inconfesable.

Vassi da vida ante nuestros sentidos a toda una galería de personajes inolvidables en los cuales el lector no puede por menos que reconocerse, si no por sus actos, sí por sus más recónditos deseos. Consigue hacer saltar por los aires nuestros mitos más sagrados con el fin de que el lector responda, sin prejuicios, a las demandas de su erotismo más primigenio. Cuando todo en el sexo, desde la monogamia hasta la coprofilia, se presenta desde la perspectiva de nuestra remota pero ineludible naturaleza animal, nadie puede escapar a su destino en la gran comedia humana. Vassi reflexiona también aquí sobre las formas del sexo y del erotismo en la sociedad contemporánea, construyendo el curioso y fascinante concepto de metasexualidad.



Marco Vassi

Las comedias eróticas

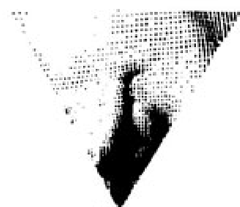
La sonrisa vertical - 68

ePub r1.0
orhi 11.03.17

Título original: *The Erotic Comedies*
Marco Vassi, 1981
Traducción: Marco Aurelio Galmarini
Ilustración de cubierta: uno de los cinco grabados al buril (15 X 6,5 cm cada uno) que Hans Bellmer realizó en los años cincuenta para ilustrar el libro Jules César de Joyce Mansour, del que las Editions Pierre Seghers de París hizo un tiraje limitado de 120 ejemplares

Editor digital: orhi
ePub base r1.2





La sonrisa vertical

Colección de Erótica dirigida
por Luis G. Berlanga

A bruce, dolores, evelyn,
gerard y timothy,
por unirse a mí en el laboratorio

con agradecimiento especial
a betty y a ted por los osos de vermont;
a john, louisa, albert y bruce
por su amoroso empeño en convertir
tres de las fábulas en prodigioso teatro;
a al, jack, lige y gay
por su coraje para publicar
lo que otros temían tocar;
y a richard
por mantener la confianza

y un brindis astral
al fantasma de james fenimore cooper
que puebla la sala de vapor
en los baños de st. mark

Agradecimientos

A las siguientes publicaciones, por su autorización para reimprimir textos que aparecieron por primera vez en sus páginas: *Penthouse:* «El círculo de jade», «El reino divino del orgasmo», «El manifiesto metasexual»; *Qui*: «La agonía del ginecólogo», «La instantánea urna griega de Barba Azul», «Poli de metro»; *Gallery:* «Yago de ayer»; *Gay:* «Los camiones»; *Screw:* «Allende la bisexualidad», «Bisexualidad, terapia y revolución».

Un cadáver de sueños
(Fábulas eróticas para mentalidades radicales)

No hay mejor manera de conocer la muerte
que asociarla a una imagen licenciosa.

Marqués de Sade

La agonía del ginecólogo

El sueño de la vida tocaba a su fin y él volvía a ese estado informe en que la conciencia ya no puede continuar. Puesto que muchos años antes había aceptado la inevitabilidad de ese momento, puesto que había meditado diariamente en ello, se hallaba libre de toda aprensión. Si acaso, sentía una moderada curiosidad, un ligero enfado por experimentar el fenómeno de la muerte.

Durante varias horas había permanecido en un estado que, para quienes rodeaban su lecho, era de coma profundo. Pero en realidad estaba completamente despierto. Tras pasar toda su carrera al servicio de los demás, se concedía permiso para aprovechar estos últimos momentos para sí mismo, hundiéndose con displicencia en sus pensamientos, saboreando la voluptuosa cadencia de su respiración, paseando por los corredores del recuerdo para fijar la atención en lo que había sido: el niño, el muchacho, el hombre adulto y, finalmente, el organismo, ya sin obstáculos, camino de su predestinada conclusión.

En la sala estaban sentados su mujer, sus cuatro hijos, su más viejo amigo. Le habían llevado del despacho sus plantas favoritas, cactos, a fin de que se solazara con su presencia, que le traería reminiscencias de los silencios del desierto, el mismo silencio al que en ese instante se disponía a entrar. Las seis personas aguardaron, sin hablar, envueltas en la tensa calma que emanaba del hombre que tenían delante.

No sintió dolor. El ropaje de carne, que tan fielmente le había servido durante tanto tiempo, se había vuelto inútil y estaba listo para ser descartado, para volver a la tierra.

«Me pregunto qué le pasa al *yo* que hay en *mí»* se dijo, «a la inteligencia que incluso ahora está formulando la pregunta. ¿Hay alguna posibilidad de que continúe viviendo después de que el

cuerpo haya dejado de funcionar?»

A modo de respuesta, una extraña sensación se apoderó de él, lo retuvo por un instante y luego desapareció.

«Pronto lo sabré», pensó. «O quizá no sepa absolutamente nada.»

La situación le resultó divertida y sonrió. La repentina presencia de una expresión aparentemente incoherente asombró a los demás, que lo observaban atentamente, medio avergonzados de su deseo subliminal de que terminara todo de una buena vez. Su hija mayor se inclinó y susurró en el oído de su madre:

—Tiene que ser un santo para ser capaz de sonreír en su lecho de muerte.

«¿No sería extraño morir y encontrarme cara a cara con Jehová?», pensó el hombre. «Imagínate que todo ese absurdo se convierta en algo literalmente verdadero. El universo es misterioso, y todo es posible.»

Rió entre dientes, lo que dejó en vilo a las personas que lo rodeaban.

La respiración apresada en la garganta y en el marco óseo vaciló. No había nada específico que le permitiera aprehender el inhabitual proceso de morirse, pero supo que el momento de la partida definitiva estaba muy cerca.

«Es realmente muy extraño», reflexionó. «Puedo sentir que está sucediendo, pero parece tan lejano como si no tuviera absolutamente nada que ver conmigo. No siento que *yo* me esté muriendo. Simplemente que viene la muerte, y que soy uno de los que la observan. La única diferencia entre los otros y yo es que cuando suceda, ellos estarán de pie y caminarán, mientras que yo estaré aquí estirado.»

Luego, abruptamente, como si hubiera caído desde una gran altura, sintió que todo se alejaba de él. El tiempo sufría una transformación cataclísmica, y sintió que lo barría una sensación de balanceo por el espacio y una velocidad en aumento exponencial, hasta superar incluso la de la luz. Y sin embargo, cuanto más rápido se movía, tanto más quietas se volvían todas las cosas. Los opuestos perdían su identidad.

Una por una, sus facultades se cerraban. El oído, el tacto, el gusto, el olfato, desaparecieron. Los pensamientos abandonaban la mente como las tejas de un techo arrastradas por un vendaval.

Abrió los ojos por última vez.

—Sam —dijo su mujer.

—Adiós, Constance —gruñó, y ya no vio nada más.

Renunciando a todo lo que se había imaginado que podía reclamar al universo, se despidió de sí mismo. En una fracción de segundo de extraordinaria claridad, vio cuán irónica pieza teatral era la vida, qué extraña danza de fantástica realidad. Más allá de toda capacidad para aprehender su experiencia, se entregó a la muerte.

Pero aún no había llegado el momento.

Perdió la conciencia del mundo exterior y se le detuvo la respiración, pero aún no había desaparecido la fuerza vital que había animado los elementos inertes de su cuerpo y sostenido esa cohesión llamada existencia. Un médico lo habría declarado muerto, pues el corazón había dejado de latir. Pero por debajo de las manifestaciones mensurables, en el núcleo mismo de su ser, en un finísimo filamento zumbaba aún la electricidad. Todo lo que había sido se reducía ahora a esa pulsación de energía.

Subjetivamente, era como quedarse dormido… y soñar. Primero, una pérdida total de conciencia de sí; luego, una perceptible negrura y, por último, un lento discernimiento de la forma. Se iluminó una pantalla en blanco y sobre ella apareció la delgada línea de un horizonte muy lejano, tal como el borde del océano cuando se lo ve desde la costa. Separaba el mar del cielo, ambos con la misma sombra de oscuro azul cobalto.

Durante una eternidad, no se movió nada. Y luego, débilmente, del fondo, surgió un punto que se transformó en figura de delicado equilibrio sobre la línea. Sutil, lentamente, se hacía más grande mientras se acercaba a ojos vistas a la costa donde se hallaba el hombre. Sin ninguna otra referencia, no había manera de calcular su tamaño. Cuando los parientes y amigos se miraban unos a otros tratando de decidir quién se aproximaría al cuerpo para comprobar si había llegado el fin, el hombre comenzó a oír el primero y débil murmullo de trompetas que parecía acompañar al objeto.

Ahora, contrastando la cosa con su propia altura, podía calcular su magnitud. A medida que la música crecía, una estrellada explosión de luz dorada quebró la escena, y contempló eso que, con sus trescientos metros de altura y tai vez cien metros de ancho, tan

estruendosamente se le acercaba ocupando por entero su campo visual. Avanzaba con majestuosa soltura hasta que repentinamente se detuvo, a unos dos metros delante de él. Se le doblaron las rodillas cuando comprendió qué era aquello.

Levantó la vista para mirar de frente un coño gigantesco, envolvente y perfectamente formado, que vibraba con purpuradas radiaciones, un gran mandala que lo envolvía en su aura. Lo miró con reverencia. En olor, en textura, en vivacidad de pulsación, era la quinta esencia del coño, ideal en cada pliegue, en cada uno de sus matices de color.

—Mi Señora —susurró, y cayó postrado ante él.

En la mente del hombre que tenía en su mente, de rodillas ante su objeto de adoración, volvía a tener veinticinco años y se hallaba en su último curso de la escuela de medicina, cuando se preguntaba si se especializaría o si se dedicaría a la medicina interna. Hablaba de esto con un joven amigo, cuando éste le dijo:

—¿Por qué no te haces ginecólogo? Siempre te estás lamentando de lo cachondo que eres. Si te vuelves especialista en coños, no tendrás ningún problema para follar. Piensa sólo en todas las mujeres que acuden a las consultas y se te abren de piernas. ¡Y encima te pagan!

Así como todo el curso de un gran río puede remontarse hasta un pequeño recodo en su naciente, así se moldeó su carrera a partir de aquel improvisado e irreflexivo consejo. Orientó sus estudios en esa dirección, al tiempo que exponía a sus padres bonitas racionalizaciones basadas en la mayor rentabilidad de esa especialidad médica, y un par de años después inició el ejercicio profesional.

Su primera paciente lo había sorprendido casi insoportablemente nervioso. La mujer tenía una infección de cierta desagradable enfermedad venérea y, cuando abrió las piernas sobre la camilla, el olor que despedía el órgano contaminado le produjo náuseas. Tuvo la suerte de que se tratara de una prostituta, sin falso recato, de modo que su respuesta le evitó a él toda turbación:

—¡Ya! Es lo que les pasa a todos mis clientes. ¿Puede arreglarlo, doctor?

El médico realizó una serie de pruebas, envió muestras al laboratorio y, finalmente, le recetó antibióticos, pomadas vaginales

y le sugirió maneras de lavarse. Cuando la examinó por segunda vez y le aseguró que se estaba curando, la gratitud en los ojos de la mujer fue un pago tan valioso como el dinero que le entregó.

¿Cuántos coños había visto después de ése? Amas de casa de mediana edad con coños aburridos, jovencitas con coños de perrita, putas con coños correosos, monjas con coños granujientos, secretarias con coños pornográficos, brujas con coños Aterciopelados, abuelas con coños marchitos, niñas con coños informes, mujeres apasionadas con coños sumidos. Coños de mil ojos, coños de un millón de humores. Sonrientes, enfurruñados, gritones, meditativos, anhelantes, ardientes, coléricos, alegres, hambrientos, tristes. Una y otra vez, el mismo y único acto: las piernas se separaban a su petición, como las puertas que se abrieran al ladrón ante las palabras mágicas de: «¡Ábrete, Sésamo!». Primero vería el pelo, a veces escaso, a veces espeso, o áspero, o fino, o negro, o dorado, o rojo, o rizado, o lacio. Y luego la cosa propiamente dicha.

Allí donde pocos hombres miraban y pocos hombres tocaban, él pinchaba, presionaba, acariciaba. Se zambullía con instrumentos y culebreaba con los dedos. A veces encontraba una enfermedad, pero a menudo no hallaba nada más que deseo de ser penetrada. Y no era raro que, cuando retiraba la mano, ésta estuviera cubierta de secreciones que en nada se parecían a la crema lubricante que había usado para facilitar la penetración.

Al comienzo mantenía lo que en la universidad le habían enseñado que era la adecuada distancia profesional. A todos los médicos se los entrena para que traten el coño como algo séptico, como algo a lo que sólo hay que aproximarse con los guantes puestos, con cara formal y mirada precavida. Pero no pudo sostener por mucho tiempo esa actitud artificial. Él amaba los coños. Ésa era la razón por la cual se había dedicado a la ginecología: para ver coños, tocar coños, oler coños, curar coños.

Se hallaba en el tercer mes de ejercicio profesional cuando tuvo lugar su primer contacto emocionante. La paciente, por entonces en la treintena, era la mujer de un renombrado psicoanalista. Fue a la consulta para hacerse un chequeo general, argumentando que lo hacía una vez por año y que el nombre del médico se lo había recomendado una amiga. Llevaba puesto un vestido ajustado a

modo de vaina, que destacaba sus amplias nalgas, dejaba ver los abultados muslos y acentuaba los pechos turgentes. Era una mujer hermosa y sensual, el médico sintió que se le ponía tiesa la picha y pensó que un instante después estaría echada de espaldas con las piernas levantadas sobre los estribos y con el voluptuoso coño —él sabía que lo era— entreabierto, a la espera de que él lo sirviera. Le temblaron ligeramente los labios mientras hablaba, calmo y lleno de sofisticación, mientras pronunciaba todas las fórmulas convenientes al guión médico-paciente.

«Es asombroso lo que uno puede hacer impunemente», pensó, «apenas lo coloca en un contexto socialmente aceptable.»

En la sala de examinación todo ocurrió según lo esperado, salvo que en el momento de calzarse los guantes de plástico, omitió simplemente el gesto. Cuando palpó los frágiles bordes del rosado coño, lo hizo con los dedos desnudos. Le pareció que entraba en una suerte de trance y sus facultades racionales se hipnotizaron. Ingresó en un mundo de crudas sensaciones, y, sin entender el proceso como tal, las manos comenzaron una compleja comunicación con el coño. Se encontró con que, a medida que entraba en la mujer, le hablaba con frases hechas al estilo médico… «¿hace daño esto?… ¿duele ahí?… esto parece estar muy bien». Cuando le acarició la nuca, no se trataba de sexo, y sin embargo tampoco dejaba de ser sexo. Era como el límite perfecto del buen masaje, cuya naturaleza es la ambigüedad táctil en la que el significado y el mensaje constantemente se interpenetran.

Los labios de la mujer exhalaron un suspiro. «Está gozando tanto como yo», pensó él, «y por las mismas razones». El coño estaba ya húmedo y el aroma que despedía era inequívocamente erótico. La mirada del hombre se trasladó del coño al vientre, pasó entre los senos y se encontró con la de ella, que lo observaba.

—Sí —dijo la mujer.

Él se quitó la ropa y la folló en la posición en que se encontraba. Se corrió de pie.

A partir de entonces folló a un promedio de dos mujeres diarias. Una vez rota la convención de frialdad profesional, pudo comprobar, a medida que su perspicacia aumentaba, que al menos la mitad de las mujeres que acudían a él lo hacían simplemente para que se las acariciara.

«¿Dónde están los hombres?» se preguntaba una y otra vez. «¿Por qué no hay nadie que ame a estas pobres mujeres?»

Al principio cometió algunos errores al presionar para un encuentro sexual cuando éste no había surgido espontáneamente, con lo que sólo conseguía amedrentar a las mujeres. A menudo dudaba acerca de qué clase de peligro podría haber; ¿no podía una denuncia terminar con su carrera, o incluso meterlo en la cárcel? Finalmente, se tranquilizó pensando que, con tal de ocuparse de su trabajo —diagnosticar y curar la enfermedad—, tenía derecho a comer todo confite que se le pusiera en el camino, y que eso no podría acarrearle ninguna desgracia.

Se casó con una mujer frígida. La eligió precisamente porque era frígida. Una tarde en que la examinaba vio que carecía por completo de sensibilidad en la vagina. Tenía la pelvis bloqueada por un espasmo muscular crónico y toda su actitud era de disgusto por todo lo carnal.

«Es perfecta», pensó, «nunca me molestará con exigencias excesivas.»

La cortejó y se casó con ella. Una semana después de la boda, la mujer dio muestras de enorme alegría cuando él sugirió dormitorios separados. Sólo follaron en unas cien oportunidades en treinta y cinco años, en las ocasiones oportunas para tener hijos. Ella se instaló en el papel de madre y de esposa, y no dejaba de expresar lo feliz que se sentía de que el marido le permitiera permanecer casta.

Mientras, en el despacho, él follaba como loco.

A los sesenta años, había follado más de quince mil veces con diferentes mujeres y había tenido las manos en los coños de por lo menos cinco veces más. «Éste es el mejor trabajo que un hombre pueda tener», se decía a menudo mientras se abría la puerta, la enfermera hacía pasar a otra mujer y él la miraba como un hombre mira el cuerpo de una mujer en la calle, calculando sus curvas, imaginando sus encantos. Pero con una diferencia decisiva.

«Dentro de unos minutos», pensaba, «abrirás las piernas para mí, y me ofrecerás el coño. Y pareceré muy circunspecto hasta que te toque de cierta manera, te des cuenta de ello y, dejando a un lado todas las racionalizaciones, abras el coño a los ojos y los dedos de un completo extraño, de un hombre que jamás has visto antes, de un hombre que, como comprenderás con un delicioso

estremecimiento, quiere follar contigo. ¿Y follaremos? ¿O te lameré? ¿O me chuparás la picha? ¿O te haré poner sobre las manos y las rodillas para poder "examinarte" desde atrás?»

A medida que la oscuridad de la muerte se hacía más profunda, los recuerdos se borraban y el inmenso coño que tenía delante de su ojo mental comenzó a temblar y a abrirse. Desde su rosado y dentado centro surgió otro coño, y del centro de este último, otro. Coño tras coño fueron abriéndose del coño anterior. Era una progresión infinita, que jamás se colmaba, en incesante emanación. Se echó hacia delante para ser arrastrado al corazón mismo de la cariocinética máquina de coños. Era el bebé que intentaba volver, era el hombre que se hundía en el misterio, era ambas cosas y todas las cosas.

A medida que se elevaba en el ensueño, el cuerpo se le arqueaba en el centro y de pronto se sentó, con la espalda erguida. La gente que estaba en la habitación no salía de su asombro al ver cómo aquello que tenían por un cadáver realizaba un acto tan brusco y enérgico. Se le levantaron los párpados, pero no vio nada. Se le movieron los labios. De su garganta brotó una sola palabra:

—Coño.

Y, desde las profundidades de su deseo, el rostro de la muerte se adelantó a la velocidad del rayo para arrebatarlo entre sus mandíbulas. Qué aspecto tenía es algo que nunca se sabrá, pues la muerte se presenta de diferente manera a cada ser humano.

El ginecólogo cayó de espaldas en la cama. Esta vez estaba realmente muerto. Quienes oyeron su palabra final aseguraban, cuando se les preguntaba por sus últimas palabras, que el hombre no había dicho nada antes de morir. No comprendieron qué quería decir, y lo atribuyeron al delirio. A todos sus amigos se les dijo que había muerto feliz. Y así había sido.

En uno de sus cuadernos de notas se encontró la siguiente anotación: «Hay muy pocos médicos que recuerden el motivo originario por el que hacen de médicos».

Poli de metro[1]

La habría visto un centenar de veces antes de reparar en ella. Durante más de cuatro años, todas las mañanas de los días laborables había llegado a la estación de Christopher Street un poco antes de las ocho y allí había permanecido, entre la multitud, esperando el tren que lo llevaría al mundo de los barrios altos, donde pasaba la mitad de sus horas de vigilia, sentado en un cubículo, realizando rituales oscuros, y en gran parte sin sentido, con millares de hojas de papel. Al igual que millones de individuos que descienden diariamente a los túneles para ser sacudidos hacia atrás y hacia delante como ganado, iba de mal humor, pero la mujer lo cambió todo.

Ella acababa de perder diez centavos en una máquina de chicles y, cuando él pasó, estaba echando pestes y golpeando sobre la ranura de la moneda. Algo había en la energía de aquella mujer que le llamó la atención y se detuvo a mirarla. Sorbió sus rasgos de un solo trago visual. Pero entonces el tren entró en la estación con gran estruendo, frenó bruscamente, produciendo un irritante golpeteo de metal contra metal, y el hombre fue arrancado de su sitio. Ese día no volvió a pensar en ella.

A la mañana siguiente la vio otra vez, y nuevamente deglutió su conjunto con los ojos. Se detuvo, y la miró más detalladamente, examinó su pelo negro y brillante recogido en una cola de caballo, y la nariz delgada de fosas bien abiertas. Tenía el cuerpo envuelto en un grueso abrigo de invierno para protegerse del frío del mes de febrero. Para su sorpresa, ella lo miró. Sus ojos parecían extrañamente turbadores. Luego apartó la mirada.

En los días que siguieron, sin ningún esfuerzo especial de su parte, se la encontró casi todas las mañanas: comenzaba a resultarle familiar. En una oportunidad inició un saludo, pero se controló, recordando la estricta norma neoyorquina que prohíbe hablar,

sonreír o mostrarse amistoso con otras personas en la calle. Le llevó un tiempo advertir que comenzaba a gustarle verla, que, eso añadía una chispa de interés al comienzo de cada día, por lo demás tonto y aburrido.

Hacia finales de marzo sabía ya muchas cosas de ella: la amplitud de su guardarropa, la textura de sus humores, el ritmo de su andar y todo lo que resultaba accesible a su estudio. Era divertido especular. A juzgar por la calidad de la ropa, probablemente no ganaría más de ciento treinta dólares semanales. Seguramente era una secretaria. No usaba ningún tipo de anillos y posiblemente vivía sola. Apenas se maquillaba: un pálido toque de lápiz de labios y unas ligeras sombras en los ojos. Sus gustos de lectura eran azarosos, pues tanto podía llevar las *Confesiones* de san Agustín como, al día siguiente, un libro popular de astrología.

Sólo en la primera semana de abril sintió deseos de aproximarse más. El primer día lo suficientemente cálido como para no llevar abrigo, la mujer apareció con una falda ajustada que destacaba un culo lleno y alto y unos muslos redondeados, y una chaqueta que, desabotonada, mostraba unos pechos lo bastante grandes como para llenarle las manos ahuecadas como tazas. La delgadez de la boca, que a primera vista le imprimía un aspecto adusto, contrastaba ahora con la eléctrica sensualidad del cuerpo. Se le ocurrió que tal vez pudiera follarla.

Esto lo lanzó a la acción.

A partir de la encantadora novedad que introducía un toque de misterio a sus mañanas, se transformó ella en una meta, en un premio que él tenía que ganar. Comenzó por levantarse cada día más temprano para ducharse, elegir con cuidado la ropa y preparar el humor. Pasó por el mismo ritual de apareamiento de las aves, los peces y todos los animales que comparten con el hombre la herencia bisexual. Se conmovió ante su propia determinación e intentó evaluar si ella lo encontraría atractivo. Sin describir la situación como tal, comenzó a cortejarla.

Ella se apeaba una estación antes que él. A medida que el tiempo fue haciéndose más caluroso y la ropa de la mujer más ligera, él se las arregló para estar más cerca de ella en el vagón atestado de gente. Finalmente, consiguió oler su perfume, mezclado con el fresco aroma de su carne firme. Pudo percibir las delicadas

espirales de sus orejas, las leves tensiones de su garganta cuando tragaba. Se preguntaba cómo se llamaría. Incluso tomó conciencia de sus imperfecciones y, por el aspecto de la tez, pudo adivinar en qué días tenía la regla. Pensó también que podía descubrir, por un desenfado y una desenvoltura generales en su porte, cuándo había follado la noche anterior. Un miércoles llegó realmente a tocarla y a sentir el áspero *tweed* de la falda en contacto con sus nudillos. Se le doblaron las rodillas y tuvo que cogerse del pasamanos para no caer hacia un lado.

Esa noche pensó en hablarle. Lo sacaba de quicio el que, aun cuando, en cierto nivel, la conocía íntimamente, fueran completamente extraños en términos de relación social. Había observado su andar en el andén, sabía de qué manera se le bamboleaban las nalgas cuando se movía, y, sin embargo, aún no le había oído la voz. Pensó que, si le hablaba, podía ocurrir que la encontrara terriblemente ignorante. Demasiado a menudo había deseado el cuerpo de una mujer y había comprobado cómo se le apagaba el apetito apenas entraba en contacto con su mente.

«¿Y qué pasa si es una tontita?», se dijo, para terminar decidiendo no iniciar ninguna relación todavía.

Dudando de si lo que lo llevaba a escoger ese plan era cobardía o prudencia, se empeñó en estrechar el contacto físico sin ningún tipo de presentación o intercambio formal. La mañana siguiente se movió con el vigor y la agilidad de un gran medio zaguero para conseguir ponerse detrás de ella sin llamar indebidamente la atención. Deslizándose y empujando con consumada habilidad y experiencia, la siguió a través de la multitud apiñada hasta que ella se detuvo ante una de las barras verticales para sostenerse, en el centro del vagón. Él se aproximó suavemente.

Había demostrado una habilidad de primera para moverse en el metro, a tal punto que ningún caballero que compitiera por el favor de una dama podría haberlo hecho mejor. Cuando el tren dejó atrás la estación con su habitual sacudida, y en el vagón todo el mundo se balanceó, el hombre miró hacia abajo, a lo largo de su propio cuerpo. Tenía las nalgas de la mujer a dos centímetros de la polla.

«Tan cerca y sin embargo tan lejos…», pensó. No se atrevió a moverse.

El tren ganó velocidad mientras se dirigía estrepitosamente a la

Calle 14. Cogió una curva y otra vez la masa de humanidad que se agolpaba entre sus límites de hierro se inclinó hacia un lado, como líquido en un recipiente. Increíblemente, y para su incitante alegría, los dos globos de las nalgas se desplazaron hacia atrás como un péndulo y por un breve y excitante segundo se alojaron en el hueco de su entrepierna. Las campanas de alarma de incendio se conectaron en su ingle y casi instantáneamente estuvo empalmado. La picha abultada le presionaba la tela de los pantalones.

Ella no volvió a tocarlo durante el resto del viaje, y cuando llegó al despacho fue directamente al lavabo, se sentó y se masajeó la pija con silencioso entusiasmo hasta que la eyaculación autónoma lo alivió de una presión casi insoportable. El fugaz contacto fue suficiente para incentivar las más delirantes fantasías. Se imaginó que el coño de aquella mujer estaba dotado de una facultad especial de generación de calor, que bastaría simplemente su proximidad para desencadenar el orgasmo en un ejército de hombres. Todo el resto del día se sintió presa del estupor, dejó libradas a su centro instintivo las tareas que debía cumplir y reservó su capacidad intelectual para enriquecer sus imágenes mentales.

El día siguiente era sábado y estaba demasiado excitado como para pasar solo el fin de semana. Sabía que estaba al borde de una inmensa locura, pero no pudo hacer nada a fin de ayudarse. «No he hecho más que rozar a una mujer en el metro», se repetía, «no debo dejar que esto adquiera una magnitud desproporcionada.» Pero la mujer se había transformado en una obsesión y el hombre sucumbía a su poder magnético. Para aliviar la tensión, llamó a una vieja amiga y se echó con ella cinco polvos en las treinta y seis horas que tenía que esperar hasta volver a ver a la mujer del metro.

Y cuando lo hizo, supo que estaba perdido. Llevaba una falda tan ceñida y de tela tan delgada que podían verse la línea y el color de las bragas. La blusa era transparente y él pudo advertir el oro pálido de la piel a ambos lados del sostén que sujetaba los senos en sus blancas tazas de plástico. A pesar del desahogo del fin de semana, el deseo le hervía en la sangre.

El tren se movía suavemente y el hombre maldijo la eficacia del ingeniero. Pero justamente antes de llegar a la Calle 33, se paró de golpe y se apagaron las luces. Hubo dos minutos de espera hasta que la voz del conductor sonó áspera en el altavoz: «Hay un tren

detenido delante de nosotros; tendremos una pequeña demora». Era un sorprendente golpe de buena suerte.

Su estrategia consistió en probar la *mano morte,* la técnica de la mano muerta que emplean los italianos. Se deja que los dedos descansen contra el cuerpo de la mujer escogida, de tal manera que no se sugiera en absoluto un ataque. Si ella parece no darse cuenta, se puede aumentar gradualmente la presión. Si la mujer se muestra molesta, es posible ampararse en el exceso de gente para aducir silenciosamente una total inocencia respecto a cualquier deseo de tocar la deliciosa piel que se tiene enfrente.

El nudillo del dedo medio del hombre fue a apoyarse exactamente entre las nalgas de la mujer, allí donde la falda pasaba tensa sobre el valle. Por unos segundos no se atrevió siquiera a permitirse experimentar la sensación, tan delicada era la proximidad. Luego ella cambió de posición y descargó su peso sobre la otra pierna, de modo que las nalgas se movieron, repentina, espléndidamente, barriendo todo el ancho de la mano. Un burbujeante gemido de placer chasqueó en los labios del hombre, pero lo reprimió en seco. Aguardó un momento y luego puso otra vez la mano contra ella. La mujer volvió a moverse y otra vez el precioso culo se deslizó bajo su tacto.

Ahora se hallaba en un dilema. ¿Era ella ajena a lo que estaba sucediendo y se movía por casualidad? Y, si era consciente del contacto del hombre, ¿mostraba su disgusto o, por el contrario, cooperaba para que se produjera el encuentro? Parecía como si toda su virilidad estuviera en juego. Había esperado mucho tiempo, y había llegado el momento de poner la relación a prueba. Temerario, retiró la mano y con una sensación de finalidad histórica adelantó el cuerpo unos pocos centímetros, lo justo para dejar la parte delantera de su cuerpo contra la espalda de ella.

Un relámpago difuso le cruzó la sensibilidad. Estaba tan alerta y equilibrado como un hombre sobre la cuerda floja. Ella podía girarse y decir algo horrible, algo terriblemente feo e infligirle una herida que le llevaría mucho tiempo restañar. O bien podía responder a su insinuación. Aguardó, torturado por la incertidumbre.

Y luego, con toda naturalidad, sencillez y suavidad, ella se relajó sobre los talones, tiró su peso hacia atrás y dejó que el cuerpo

descansara contra él con extremada pasividad. Había aceptado el contacto.

El tren arrancó justo en el momento en que la erección comenzaba a llenarle el espacio entre las piernas. Así viajaron hasta que llegaron al apeadero de ella. La picha le ardía por el contacto secreto en el repleto vagón del metro, mientras el rostro se conservaba calmo y los ojos examinaban el entorno a fin de comprobar si alguien los veía, para no descubrir otra cosa que las embotadas miradas de aquellos urbanos esclavos asalariados a los que se transportaba para otro día de fatiga vacía de sentido. Cuando llegaron a su estación, ella se separó con toda premeditación y antes de descender lo miró a los ojos por encima del hombro. Él no podría decir qué significaba aquella expresión.

Después de esto, la situación se disparó en rápida escalada. Pronto se hallaba él presionando intensamente sobre ella, empujando la pelvis con pequeños golpes subrepticios mientras ella apretaba y aflojaba las nalgas. Había días en que no usaba bragas y él llevaba sus pantaloncitos de boxeo. Casi gimió el día en que ella se echó hacia atrás y le acarició la picha con la mano.

Adquirieron el hábito de viajar en la parte de atrás del vagón, de modo que ella pudiera reclinarse en el rincón mientras él la cubría. Si él llevaba puesta la gabardina, podía sacar la picha de la bragueta sin que nadie lo viera. Una mañana en que la mujer llevaba pantalones, él le puso entre las piernas la verga erecta y, en esa entrepierna de lana, se corrió mientras el tren se sacudía camino de los barrios altos. Pero una mañana sufrieron un accidente que por poco no les costó la vida. Un escolar, que pasaba sin descanso de un vagón a otro, abrió la puerta de comunicación y ambos estuvieron a punto de caer de la estrecha plataforma. Él tuvo una terrible visión de raíles fulgurantes antes de recuperar el equilibrio y recobrar su posición, mientras cogía a la mujer por la cintura para evitar que cayera. El chico alcanzó a ver la polla y pestañeó con incredulidad; luego, una lenta sonrisa le iluminó el rostro mientras susurraba:

—Siento haberle estropeado la fiesta, señor.

Sin embargo, aborrecía tener que hablar con aquella mujer. «¿Qué puedo decir a estas alturas?», pensó, «Hemos progresado mucho sin necesidad de conversar.» Y luego: «¿Por qué estropear

algo tan bonito? Si comenzamos a salir juntos, en lugar de ser la experiencia más extraordinaria de mi vida, se parecerá simplemente a cualquier otra mujer».

Se asombró de que el asunto hubiera pasado tan naturalmente del descubrimiento al loco enamoramiento, la consumación y el cinismo, y todo en el marco de un viaje de metro de ocho minutos.

Sin embargo, lo que se podía hacer en el vagón lleno de gente era penosamente limitado, y él anhelaba un encuentro más total. Por ello, una mañana, mientras esperaba el tren, la vio de pie cerca del lavabo de mujeres. Ella asintió con la cabeza y él se acercó. La mujer se giró, introdujo una moneda en la ranura, abrió la puerta y le hizo una señal de que la siguiera. Como alguien en trance, él pasó junto a ella y entró en la sala embaldosada. Ella cerró la puerta y trabó la cerradura con un trozo de metal.

Estaban solos en el cubículo blanco y brillante.

—Esto es una locura —susurró él. Eran las primeras palabras que dirigía a aquella mujer.

Ella, por toda respuesta, se quitó la ropa. Él observó hipnotizado mientras se le aparecía allí delante el cuerpo tanto tiempo deseado. Cuando la mujer estuvo desnuda, se arrojó abruptamente a los pies del hombre y le rogó que la follara. Él se bajó los pantalones y se quitó los zapatos mientras rodaba por el suelo inmundo. La mujer de sus sueños se echó ante él, cual perra jadeante, masturbándose desvergonzadamente.

Lanzado de lo mundano a lo grotesco con tal rapidez que las sienes comenzaban a latirle dolorosamente, trató de situar el acontecimiento en su contexto. Pero todo explotó demasiado rápida, demasiado violentamente. La mujer gruñía con desesperado deseo y él no pudo evitar sucumbir al momento.

Tantos meses de lenta construcción se rompieron en un instante, y durante los cinco minutos siguientes hicieron prácticamente todo lo que un hombre y una mujer pueden hacer juntos, poniendo en práctica, a gran velocidad, todo Krafft-Ebbing y todo el Kama Sutra. En determinado momento, ella yacía curvada sobre la letrina de porcelana, con la cara en el agua, y él la azotaba con su cinturón de cuero. Su intuición le decía que nunca tendría otra oportunidad de estar con ella y que tenía que agotarlo todo en una sola vez. Y hasta que no se sorprendió eyaculando locamente en la oreja derecha de

aquella mujer no recuperó el sentido, horrorizado ante la situación en que se encontraba.

Dio un paso atrás y se apoyó contra la pared; deliraba ligeramente. La mujer se vistió. Cuando estuvo lista, él buscó algo que decir antes de que abandonara el lavabo. Pero con sus ojos desorbitados vio cómo ella sacaba de su bolso una credencial policial y un revólver Magnum calibre 357.

—Queda usted detenido —dijo. Y agregó—: Hace tiempo que le tengo bajo vigilancia.

Cuando, finalmente, se presentó el caso en los tribunales, no se le dio curso. Gracias al alboroto que había levantado la Alianza de los Activistas Homosexuales, la ciudad gozaba de una ola de liberalismo en lo que técnicamente se consideraban crímenes sexuales. El juez falló que el hombre había sido víctima de una celada tendida por una escuadrilla policial para perseguir el vicio y, en este sentido, su detención era inconstitucional.

El desarrollo de los acontecimientos conmovió de tal manera al hombre que se trasladó a San Francisco. Apenas comenzaba a recuperarse de su ordalía, cuando se enteró de que se proyectaba la construcción de un metro en esa ciudad. Entonces se arrojó del Golden Gate Bridge.

La mujer comenzó otra larga y solitaria vigilia, buscando ofensores sexuales en los túneles bajo la ciudad. Viajaba hasta que algún hombre la tocaba y luego frotaba la picha contra ella, lo dejaba hacer hasta que la follaba, la pateaba, la meaba y hacía toda clase de horrores en cada uno de sus orificios. En ese momento lo detenía. Ella sentía que el sexo era sagrado, y había elegido su oficio para conservarlo así.

La tierra del rey del esperma

En un valle, no lejos de donde es fama que existió el mítico dominio de Shangri La, floreció un pueblo que vivió sin gobierno durante casi tres mil años. No tenía leyes, ni organización alguna, y era conducido por un líder espiritual elegido de entre los niños nacidos el día del solsticio de invierno, cada uno de los cuales servía de por vida, y luego transmitía el manto a aquel de los candidatos elegibles que diera la respuesta más sabia a la pregunta secreta, que sólo podían formular los reyes y las reinas. Cuando la muerte se aproximaba, el líder, hombre o mujer, reunía en el bosque de las afueras de la aldea a todos los que habían nacido en el día más corto de cada uno de los años de su reinado, los miraba uno por uno y decidía quién le sucedería en la posición de eminencia.

Era un papel extraño, pues nadie recordaba que el líder hubiera tenido jamás nada que hacer. Nunca fueron más que unos pocos miles de personas en la tierra; se consideraba a los niños unas criaturas tan raras y maravillosas que vacilaban antes de traerlos al mundo. Todos comían lo mismo; frutas y nueces que caían de los árboles y una especie de yogur que hacían con leche de cabra. Todos bebían el agua, riquísima en minerales, que manaba de las montañas. Jamás mataban nada. Fabricaban las ropas con pieles de animales que habían muerto de muerte natural. No trabajaban, salvo para hacer adornos y vasos y construir refugios donde vivir. No tenían deportes formales, aunque era popular una forma de lucha en la que los contendientes, cogidos de la mano y sin golpearse, trataban de derribar al contrario. También montaban en reno, trepaban y nadaban.

Entre ellos había unos pocos que se criaban separados de los demás, y pasaban la mayor parte del tiempo solos, fabricando tambores y flautas de madera y cueros, ofreciendo música a los

demás. Algunos producían formas extrañas con arcilla y proporcionaban a los demás imágenes en que meditar. Algunos aparecían periódicamente para contar, en un lenguaje de ritmo hipnotizador, largas historias que hablaban de cosas de las que nadie tenía experiencia, pero que sonaban misteriosamente familiares.

Cuado el espíritu se apoderaba del guía, éste, hombre o mujer, comenzaba a bailar, y entonces tenía lugar una fiesta. El pueblo encendía fuego y preparaba una infusión con una hierba que crecía en la lejana falda de la montaña que daba sombra a su tierra, bebida que tenía poderes mágicos de intoxicación. A veces, la celebración se prolongaba durante días, hasta que toda la población se hubiera unificado tan perfectamente en el vértigo de energía producida por la danza sagrada y el enorme poder de la masiva reunión que el campo en el que se movían llegaba a convertirse en escenario de un único organismo orgiástico que latía con un *tempo* muy denso y cada vez más rápido.

Sin embargo, en general, pasaban el tiempo contemplando la maravilla de la creación.

El guía, hombre o mujer, tenía una característica que era la marca distintiva de su cargo: sólo se alimentaba de esperma. En realidad, en la medida en que el pueblo tenía una cultura formal, ésta se centraba en proporcionar comida suficiente al guía, quien, puesto que el esperma era un alimento perfecto, no necesitaba comer ninguna otra cosa. Y puesto que el pueblo vivía una existencia elevada, comía sólo alimentos más puros, bebía sólo el agua más vital, respiraba sólo el aire más limpio y no estaba expuesto a otra cosa que las manifestaciones pacíficas de energía procedente de la vida, era tan sensible como las flores en su capacidad para nutrirse directamente del sol. No es sorprendente que la ración diaria del guía fuera relativamente pequeña, pues habitualmente no superaba el volumen total de diecisiete eyaculaciones.

Naturalmente, en el curso de la historia, los diferentes guías desarrollaron hábitos individuales de alimentación. El método convencional era, para los guías masculinos, emplear como recipientes los coños de jovencitas, haciendo que los voluntarios masculinos del día montaran a las voluntarias femeninas, y

fornicaran vigorosamente hasta el orgasmo, momento en el que el guía ponía su boca en una sucesión de vaginas todavía calientes y palpitantes y absorbía el viscoso depósito de los labios recién follados. La mayoría de las mujeres-guía cogían directamente el esperma, lánguidamente echadas en un diván mientras el personal del día se masturbaba sobre ellas y, llegando el clímax, ponían las pollas chorreantes en la boca que esperaba. Había también lo que la gente llamaba guías «interesantes», hombres que chupaban el esperma directamente de las pollas, y mujeres que preferían emplear coños como vehículo.

Ocasionalmente, hubo algún guía que desarrolló gustos más esotéricos y pidió una cantidad diaria de esperma de yac. Otro se aficionó al esperma de tigre, y como la gente era tan amable que podía acercarse a las bestias más feroces y extraer de ella el fluido vital, el guía pudo ver complacido su deseo de aquél. Ese guía se hizo legendario por su potencia sexual, pues tras ingerir media taza de esperma de tigre era capaz de joder a veinte mujeres hasta la saciedad y sin detenerse una sola vez. Otro guía, una mujer, comía sólo esperma de colibrí, y antes de morir se volvió completamente transparente.

A nadie se le ocurrió nunca que las cosas debieran ser de otra manera. Era el único pueblo de la historia de las especies que no permitió que la adquisición de lenguaje lo sacara de su primigenia simplicidad, y así alcanzó verdadera dignidad humana. Al poseer la sabiduría, tenían poca necesidad de conocimiento; al vivir en estado de tranquila felicidad, no sentían inclinación por la intensidad del objetivo. Observaban el universo en sus constantes mudanzas y obras, con la convicción de que gozaban de la bendición de estar vivos, y de saber maravillarse de todo eso. En contacto con las realidades primordiales del cosmos, se hallaban más allá de las superficialidades de la civilización.

Se cree que fueron los descendientes de un pequeño grupo que siguió a Lao-Tsê fuera de China después de que éste escribiera su *Tao Tê-King*. En lugar de ir a las montañas a morir, como dice la leyenda, fue a vivir. Dejó China a los ochenta y cinco años y continuó enseñando la no agitación. Tan poderosa fue su influencia que sostuvo a este pueblo durante casi tres milenios.

En el siglo XVII de la era cristiana, según los calendarios

occidentales, recibieron la visita de dos sacerdotes dominicanos que llegaron accidentalmente al valle. Los hombres se escandalizaron ante lo que juzgaron ritos obscenos y ausencia de religiosidad. Intentaron predicar el evangelio, pero se encontraron con una respetuosa indiferencia. Se convirtieron en una visión extraña, agitando furiosamente sus sotanas negras y blancas, blandiendo crucifijos, meneando sus biblias en el aire, gritando a la gente que se vistiera y se arrepintiera. Debe admitirse que era difícil predicar el fuego del infierno y el azufre a gente que no tenía idea alguna del pecado, salvo el de «hacer lo que no es necesario», una facultad en la que los sacerdotes se destacaban. Pero la gente quería que se los dejara vivir, pues no veían en ellos más que una de las más caprichosas manifestaciones del universo insondable.

Los misioneros, sin embargo, fueron capaces de poner a prueba la tolerancia de estos seres extremadamente benignos, primero talando árboles vivos para hacer una iglesia muerta, y luego corriendo por el bosquecillo donde el guía esperaba su comida diaria y azotando las espaldas de los felices folladores que la preparaban. Estas gentes, por primera vez en siglos, se sintieron confusas y preguntaron al guía qué debían hacer, algo que jamás se habían preguntado a ningún guía durante ninguna recolección.

El guía pensó durante un rato y pidió que se encerrara a los sacerdotes. Luego, esperando llegar al corazón mismo de la situación, solicitó a dos jovencitas que extrajeran esperma de sus cuerpos para poder evaluarlos. Los sacerdotes protestaron con indignación por los tiernos servicios de que les hacían objeto los amables dedos y las amorosas lenguas de las mujeres. Y cuando se corrieron, fue con horribles maldiciones mezcladas de terribles plegarias.

El rey probó cada una de las muestras y sufrió violentas náuseas.

—Estos hombres son —comenzó a decir, e hizo una pausa, sin encontrar la palabra para el concepto de «depravados». Escupió el esperma y reflexionó un rato. Finalmente, dijo—: Llevadlos adonde anidan las águilas y arrojadlos desde la montaña.

Se desembarazaron de los sacerdotes y el pueblo permaneció sin más perturbaciones otros cuatrocientos años.

Su tiempo, no obstante estaba señalado. En una de las guerras que continuamente surgían a su alrededor, su valle fue descubierto

por un pelotón de soldados chinos. Poco después, los visitó una delegación de la República Popular y les dijo que tenían que ser liberados de las cadenas de la autocracia espiritual para ser introducidos en las maravillas de la democracia.

—Seréis liberados de vuestro estado primitivo —leyó el jefe— y se os darán fábricas, escuelas y policía. Las mujeres serán libres y se les permitirá trabajar junto a los hombres. Todo el mundo aprenderá a leer y se eliminará el analfabetismo.

Por último, se les informó que elegirían sus propios representantes ante la Asamblea del Pueblo, en Pekín. Además, se les enseñaría a cultivar la tierra, domesticar animales, hacer hierro y construir caminos.

El pueblo estaba atónito. La noche en que los representantes se marcharon con la promesa de que volverían una semana después con soldados, planificadores, maestros, oficiales y antropólogos, el guía convocó a toda la aldea.

—No hay manera de saber por qué suceden estas cosas —dijo—. Es como si, observando el cielo nocturno, se viera que de pronto una estrella se hunde en la oscuridad del espacio. Nos ha llegado la hora de ser destruidos, y no podemos hacer absolutamente nada. —Se acarició la espigada barba—. En lo que a mí respecta, no viviré para servir a esos brutos sonrientes y bienintencionados que creen que su maquinaria primitiva es superior a nuestra comprensión informe. Iré al territorio de las águilas y me arrojaré al aire, que es el sostén de todos nosotros. Podéis venir conmigo, o podéis quedaros aquí y aprender a sobrevivir en medio de la estupidez que se precipita sobre nosotros. —Se sentó en silencio durante un largo rato y luego le brilló el rostro—. Pero aún tenemos siete ocasos y siete amaneceres. Es tiempo suficiente para la eternidad.

Y con esas palabras saltó sobre los pies y comenzó a bailar.

La mañana del día en que estaba previsto que llegara la delegación, todo el pueblo, extenuado por la orgía continua de la semana anterior, se dirigió a la cima de la montaña cercana. Se sentaron en un espacioso círculo y entraron en estado de comunión, compartiendo sus vibraciones, compartiendo sus respiraciones y su conciencia. Finalmente, el guía se puso en pie y caminó hasta el borde del precipicio. Cuando miró hacia abajo, lo llamó la voz de un niño.

—Antes de que volvamos todos al flujo, ¿puedes decirnos cuál es la pregunta secreta?

El guía se volvió en redondo y miró el rostro del niño.

—Sólo hay una pregunta —respondió lentamente— y es ésta: ¿Por qué no hay preguntas en absoluto?

El niño movió los labios y comenzó a hablar. Pero entonces, como si una luz se hubiera encendido en la luz del sol, toda su expresión cambió para convertirse en la de una perfecta comprensión. El rostro se relajó y los ojos se suavizaron. Miró otra vez al guía y no dijo nada.

El guía sonrió.

—Sí —dijo al niño y al pueblo todo—, la respuesta no está en decir la respuesta, sino en ser la respuesta. —Y agregó, dirigiéndose solamente al niño—: Tú podrías haber sido guía después de mí.

Y, con un grito de éxtasis, se arrojó al abismo.

De uno en uno, de dos en dos, de tres en tres, todos los demás le siguieron, hasta que el último hombre y la última mujer quedaron mirando hacia abajo, a las rocas del fondo.

—Cuando muramos, no quedarán seres humanos —dijo ella.

—Pues sea —replicó él—. Es como dijo el guía: nos ha llegado la hora de ser destruidos.

Ambos se arrojaron al vacío y esa tarde al llegar los chinos, éstos no pudieron explicarse qué había sucedido. Redactaron un informe oficial para su cuartel general y, cuando el sol se había puesto, plantaron su bandera y dieron un nombre al lugar, algo que nadie se había molestado antes en hacer.

No hay mujer que haya nacido hombre

Se contempló en el espejo durante un cuarto de hora haciendo inventario, integrando las percepciones:

Las piernas son largas y musculosas; los hombros, anchos; las caderas, angostas. Su cutis delicadamente esculpido como resultado de dos años de tratamiento. El pelo negro, estirado hacia atrás hasta la nuca, por encima de sus orejas, y rizado alrededor del cuello. Los pechos, curvos como suaves sorbetes, hijos de hormonas inyectadas. Es una mujer apuesta, así como antes era un hombre guapo. El culo, andrógino. Entre los muslos, el escroto recogido.

«Lo he hecho», pensó. «Por fin tengo un cuerpo para satisfacer mis deseos.»

Desplazó las manos por encima del vientre, se cogió los senos y se acarició los pezones con las yemas de los dedos. Se contrajeron y se pusieron tiesos. Ella sonrió.

—Alexandra —dijo en voz alta—, los hombres te desearán —tras lo cual dedicó a la imagen del espejo un movimiento de caderas y de pubis típico de un *streep-tease,* mientras se abrazaba a sí misma, satisfecha.

Tal como ocurre con todos los transexuales, había recorrido un camino penoso y difícil. Durante toda la juventud y la temprana madurez, no pudo comprenderse de otra manera que como homosexual, condición que despreciaba. Impotente con las mujeres, lo había torturado, en tanto que hombre, la necesidad de hombres. Y después de muchos años de terapia, llegó a aceptar que la homosexualidad era imposible de tratar.

Durante mucho tiempo, la conclusión que de ello se desprendía, aunque inexorable desde el punto de vista lógico, le había inspirado demasiado miedo como para tomarla en serio. La aspiración existencial de no tener pene la sacudía hasta las raíces mismas de su ser. Pero su tormento no conocía alivio, y terminó por imponerse la

opción entre el cambio radical y el suicidio. Escogió lo primero.

Comenzó cautelosamente con indagaciones y cartas a médicos que habían realizado el proceso de transformación. La fantasía no tardó en dar paso a la realidad, y entonces se descubrió asistiendo a entrevistas con psicólogos, hablando con transexuales que habían abandonado por completo el otro lado, varios en cada dirección. Por último, entró en la mecánica real de la transición, comenzando por aplicaciones de hormonas, cambio de pelo, asesoramiento especial… Y, en un día inolvidable, la primera operación. Junto con todo esto, lecciones sobre cómo vestirse, cómo moverse, cómo hablar; en resumen, cómo convertirse en mujer.

Tres años había necesitado para llegar a ese punto. Ahora contemplaba los resultados en el espejo. Se había producido un milagro y un chispeante mundo nuevo parecía abrírsele. Por fin podría gozar de los hombres, como siempre lo había querido, pero ahora libre y abiertamente, sin el sentimiento culpabilizante de la homosexualidad, que jamás había podido sacarse de encima. Comprendió que, desde cierto punto de vista, su nueva condición podía considerarse incluso más patológica que la anterior. Pero no *se sintió* avergonzada, y, en último término, el criterio de todo juicio es el sentimiento que uno tiene acerca de sí mismo.

De ahora en adelante, cuando flirteara con un hombre, lo haría como mujer. Y cuando hiciera una pilonada, serían labios de mujer los que rodearían la polla que chupara. Su cara sería suave, empolvada, la boca ligeramente pintada con lápiz de labios. El pecho tendría los senos de una mujer para que un hombre los acariciara, y el que los pezones nunca pudieran dar leche no debía importarle a ella ni al hombre que con ella estuviera gozando. Y cuando un hombre la follara, lo recibiría como una mujer y no como un «pervertido», que era el término que siempre había empleado para definirse a sí misma. Y después de todo esto, en lugar de un molesto pene, tenía un coño que se abría en su cuerpo, no tan bonito como un coño real, no con los olores y los jugos de un coño real, pero, a pesar de todo, algo que se podía usar. En realidad, su pura artificialidad le daba un poder de atracción que ningún coño real podría tener.

«A fin de cuentas», razonó, «puede que no haya más de doscientos coños artificiales en todo el mundo.» Se consoló

pensando que la rareza tendría más fuerza que cualquier sugerencia de lo grotesco.

Abrió la puerta del armario donde colgaba el espejo y comenzó a escoger su atuendo para el día. Mientras se recuperaba de la última operación, no había salido ni visto a nadie, pues deseaba hacer su entrada en sociedad de una sola vez, plena y resplandeciente. Se vistió forzando su gusto simple, a sabiendas de que exageraba, pero incapaz de resistir la tentación de salir totalmente travestida.

—¡Pero si ya no es travestirse! —exclamó.

En efecto, ya no era un hombre, y las medias de nylon, las bragas, el portaligas, el sostén, la combinación, el vestido, los pendientes, el esmalte de uñas, el lápiz de labios y la sombra de ojos constituían ahora su legítimo ajuar. Se sintió recorrida por una ráfaga de excitación cuando pensó en los bañadores y la playa, en los pantalones ajustados y el contoneo al andar.

Y por un instante hasta pensó en Ralph, su amigo durante unos años, el hombre al que había amado más que a nadie en el mundo, pero a quien nunca había podido abrirse físicamente. Ralph sabía que era homosexual, y sin embargo eso no había afectado su amistad, cuyo fundamento era la afinidad intelectual. Pero Ralph había dejado claro que no tenía ningún interés sexual por ella. Durante el tiempo en que tenía lugar su transformación, había preguntado a Ralph si creía que podría desearla como mujer. Y él, por mucho tiempo, no había respondido, hasta que finalmente lo hizo: «Tal vez», había dicho, «No lo sé. Resulta muy extraño pensar en eso, pero no lo sabré hasta que no te vea con tu nuevo cuerpo».

Ahora, espléndidamente engalanada, volvió a mirarse. El espejo le devolvió la imagen de una mujer de unos treinta y cinco años, bien vestida y muy atractiva. Guiñó un ojo. Empezaba a sentir un atisbo de excitación sexual.

—¿Te gustaría ir a beber algo? —dijo Alexandra a su imagen.

—¿Y tal vez encontrar un hombre? —preguntó la imagen.

—¿O debería llamar a Ralph? —replicó Alexandra.

—Todavía no —le dijo la imagen—, antes necesitas cierta experiencia.

Alexandra sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal cuando el impacto de la realidad en que se había convertido conmovió su más profundo sentido de identidad. Se observó por

última vez, cogió el bolso y traspuso la puerta para ver qué tenía el mundo para ofrecerle.

Cuando estuvo en la calle, la aprensión se apoderó de ella. En el fondo abrigaba el temor de que alguien se diera cuenta, la señalara y dijera: «Mira, un transexual». Miró hacia abajo para comprobar que no se le veía la combinación, y el gesto ya mecánico de mujer le dio nuevo valor.

No llamó la atención en absoluto; sólo provocó las rutinarias ojeadas de los hombres que le miraban los pechos cuando se aproximaba y el culo cuando se alejaba. Tuvo que eliminar la exuberancia que amenazaba con llevarla a caminar con pasos demasiado largos, y recordó el modo de andar que le había enseñado su entrenador, sin perder la conciencia de la sensación de roce de un muslo contra el otro.

—Mantén tu conciencia de la sensualidad —le había dicho—. Eso te impedirá volver a los modales masculinos.

Cada vez más segura de sí misma mientras caminaba por la acera como si fuera una reina vestida de plebeya —sólo ella percibía su realeza—, entró en unos de esos restaurantes pequeños y oscuros que salpican el sector central de la ciudad. Vacilante, permaneció un momento en la puerta, donde sintió un pequeño estremecimiento de pánico cuando se le acercó el encargado y le dijo:

—¿Será usted sola, señora?

¡Señora!

Ella sonrió graciosamente.

—Sólo una copa, por favor. No comeré —dijo, con la voz en la que el mismo maestro la había entrenado, algo así como una pequeña Marlene Dietrich con un fuerte resfriado.

La condujo a una mesita redonda y ella encendió un cigarrillo para calmar los nervios mientras el camarero le llevaba un Brandy Alexander, bebida que siempre le había dado timidez pedir cuando habitaba un cuerpo de hombre. Bebió lentamente, complacida por la marca de carmín que sus labios dejaban en el vaso. Su alegría era plena. Se sintió desgarrada entre el deseo de llorar y el de levantar los brazos y gritar de placer.

En cambio, miró discretamente a su alrededor. Varias mesas más allá, un hombre de unos cuarenta años, moreno y de rasgos

vigorosos, con un traje muy caro, la miraba con inequívoca expresión de deseo. Era exactamente su tipo, la clase de hombre que, cuando ella era hombre, habría hecho cualquier cosa por tener, pero que se sentía culpable de desear. Ahora sin embargo podía aceptar su insinuación, hablarle y nadar en el apetito del hombre. Procedería con calma, esperando el momento adecuado para decirle que era un transexual. Y, si aún la deseaba, entonces lo tendría; sí, tendría al fin un hombre, libre y abiertamente.

Comenzó por devolverle la mirada, pero se sintió forzada por dentro. No podía sonreír, ni bajar los párpados, ni cambiar de posición, ni mostrar ninguna de las señas que emplean las mujeres cuando quieren decir a un hombre que están interesadas. Confusa, apartó la mirada.

«¿Qué es lo que falla?», se preguntó. «¿Por qué no respondo?»

Estaba a punto de atribuirlo a los nervios que le producía su nuevo rol, cuando advirtió que en realidad no había en ella reciprocidad de deseo con el hombre y no pudo encontrar sentimiento alguno sobre el que montar siquiera una mirada seductora. Racionalmente, ella podía decirse a sí misma por qué debía desearlo, recordar que había habido un tiempo en que se habría sentido atraída por él. Pero en ese momento no sentía, como mujer, más atracción que la que, como hombre, había sentido por las mujeres.

Inclinó la cabeza sobre la bebida, meditando acerca de lo extraño de la situación, y se hallaba profundamente sumida en el pensamiento cuando alguien se sentó enfrente, a su mesa. Le dio un brinco el corazón cuando supuso que podía ser aquel hombre; no sabía cómo tratarlo.

Pero al levantar la vista se encontró a una mujer que la miraba. Una mujer delgada, acicalada, extraordinariamente arreglada, sin maquillaje y con un traje ajustado. Tenía el pelo corto y ojos sumamente perspicaces.

La mujer sonrió. Su expresión recorrió a Alexandra como el abrazo de un baño caliente tras una larga caminata en un frío día de invierno. Sintió que se le aflojaban las piernas y el resto del restaurante se sumió en una distante oscuridad, detrás del irresistible magnetismo de la mujer que se había sentado ante ella.

—Te he estado observando —dijo la mujer—. Está claro que no

te interesa ese hombre que trata de llamarte la atención.

Al instante supo Alexandra que esa mujer era lesbiana, al instante supo que se estaba insinuando, y al instante supo, con una certeza que le contraía el estómago, que su nuevo cuerpo respondía favorablemente.

La homosexualidad le había seguido la pista a lo largo de todo el cambio de sexo, y en sus nuevos y transformados genitales aleteaba la llama de un viejo y prohibido deseo.

La coprofilia innata

Wendy se sombreó delicadamente las comisuras de la boca con el pincel de labios, se miró larga y profundamente en el espejo profesional de maquillaje, rodeado de opacas bombillas eléctricas, y sonrió radiante. Desde los zapatos de lentejuelas hasta el peinado, que semejaba una colmena, estaba completamente lista, dispuesta a conquistar todas las miradas en el baile de graduación. Los otros hombres descuidarían sus respectivas parejas tan sólo para bailar una pieza con ella, de modo que podría flirtear sin límite con ellos, sabiendo siempre que, independientemente de quién tuviera en sus brazos, sólo Jeff podía llevarla en el corazón.

—Jeff —susurró, y le temblaron los dedos al evocar el nombre. El alto y robusto Jeff, con su mueca hacia un lado y sus juguetones ojos azules, su galvanizante figura en el campo de fútbol y su profundo amor a la humanidad, que un día le valdría el título de licenciado en medicina. Acarició el alfiler que él le había regalado seis meses antes, la noche en que la luna iluminaba el agua del estanque mientras se sentaban en el Maserati de Jeff y éste le decía al oído aquellas decisivas palabras: «Sé mía». Entonces, de sus ojos habían brotado lágrimas ardientes.

Se levantó mientras contemplaba en el espejo su figura joven. La bata ancha ocultaba sus piernas largas y bien formadas, depiladas y aceitadas para la cita especial de la noche. La cintura estrecha se ampliaba rápidamente en pechos de blanco perla que sobresalían por encima de las tazas del sostén. Ningún hombre le había visto nunca los pezones ni había puesto las manos en la suave colina entre sus muslos. Era más que una virgen: era un paisaje conscientemente construido de vacilantes delicias, alimentado y cuidado, preparado para la aparición del único jardinero que algún día entraría para recoger los frágiles brotes de sus tiernas flores. Tan pocas veces la habían besado que aún le hormigueaban los

labios cuando otra boca rozaba la suya. Y nunca dedo alguno había recorrido la deliciosa curva que se abría paso entre las nalgas llenas y firmes.

—Pero esta noche…

Respiró y se estremeció mientras que todo el cuerpo se expandía ante el pensamiento de lo que le esperaba esa noche.

Se oyó un ligero golpe en la puerta y la madre entró tímidamente en la habitación. Ambas mujeres se miraron mutuamente a los ojos en el espejo, y luego Wendy se giró.

—Mamá —dijo de pronto, llena de entusiasmo—, me siento tan feliz…

—Y yo me siento feliz por ti —replicó la madre—. Me parece que fue ayer cuando estaba yo aquí, donde tú estás ahora, pensando en el hombre que habría de ser tu padre.

—Hace mucho tiempo que vivimos en esta ciudad, ¿verdad? —preguntó Wendy con aquella voz solemne que se apoderaba de ella siempre que pensaba en la tradición norteamericana a la que pertenecía.

La mujer mayor dio un paso adelante y cogió del brazo a la muchacha. La expresión del rostro era de preocupación. Tenía la mirada de una persona que está a punto de comenzar una conversación necesaria, pero difícil.

—No tenemos mucho tiempo antes de que Jeff venga a recogerte —empezó a decir— y justamente a propósito de eso hay algo que necesito decirte.

—Me parece que ya sé de qué se trata —dijo Wendy, soltándose.

—Piensas dejar que lo haga esta noche, ¿no es cierto? ¡Estás planeando *llegar hasta el final!*

—¡Mamá, por favor! —suplicó Wendy—, ya soy mayorcita. Es hora de que decida estas cosas por mí misma. Y yo lo amo. No lo estropees tratando de convencerme de que me eche atrás.

—No, no, no es eso. Sería la última en tratar de disuadirte. Después de todo, yo hice… lo mismo, la noche de mi baile de graduación.

—¿Tú? —preguntó Wendy, horrorizada.

—Yo también fui joven —dijo la madre, quien acomodó a Wendy en la mecedora que estaba en su familia desde hacía ciento veintisiete años y agregó—, sólo quiero estar segura de que tengas

cuidado. Y, tal vez, si te cuento una pequeña historia, lo entiendas mejor.

La mujer se sentó frente a su hija y comenzó un relato que le había contado su madre, a quien se lo había contado a su vez la suya, para asegurarse de que cada generación vigilara que sus hijos no perdieran la continuidad histórica que mantenía el vigor de la descendencia.

—La primera que fue poseída por el deseo irracional de comer mierda fue tu bisabuela —dijo la mayor de las dos mujeres—. En aquella época la gente no tenía las actitudes liberales que tenemos hoy y, entre matar indios y cortar árboles, no quedaba tiempo para el refinamiento en el dormitorio. Lil tenía diecisiete años cuando se casó. Era una flor tan fresca como tú lo eres ahora. Su marido era un buen hombre, de confianza, pero de modales brutales. Ella no sabía cómo abordar ante él el tema de su deseo secreto.

»Un día, mientras él se hallaba fuera de casa, en una cacería de cuatro días, pasó por allí un afilador de cuchillos. Ella lo describió en su diario íntimo como muy flaco y obsceno, “exactamente lo que buscaba”. Lo invitó a comer y, cuando estaban terminado, ella, sin pensarlo, dijo lo que quería de él.

Wendy palideció. Lo mismo que para mucha gente joven, también para ella era casi inconcebible que lo que había considerado una necesidad profundamente íntima pudiera ser un lugar común para el resto de la humanidad. La voz de la madre continuó describiendo lo que había hecho su antepasada, pero Wendy apenas prestó atención al relato, pues su propia mente se vio totalmente ocupada por la imagen que durante tanto tiempo había acariciado.

Se vio a sí misma recostada en un diván, la falda levantada sobre los muslos, el coño impregnado de una mucosa de olor agrio, los dedos de los pies anticipadamente arqueados. Sobre ella, Jeff, con los ojos penetrantes clavados en su carne tierna, descarga el peso de su cuerpo, las grandes nalgas le aplastan las mejillas, el ano terso presiona contra sus labios dulces e inocentes. Y luego, con un movimiento sutil, comienza el intercambio. Ella jadea, se queja, se desmaya, y finalmente, rendida, abre la boca. El presiona hacia abajo y, con una explosión de pensamientos agresivos, vacía sus intestinos en el inmaculado rostro de la chica. Ella trata de escapar,

aun a sabiendas de que no desea escapar. Ella se ahoga mientras la masa caliente y sofocante se desliza por su lengua, a través de la garganta, y le baja por el pecho, le corroe los pulmones y le llena el cuerpo de aquella vil y gloriosa plenitud que ella siempre había sabido que sería la suya. Grita y se eleva para cooperar activamente con el agujero excretor, estira los labios hasta que chasquean y chupa el producto final del cuerpo amado hasta quedar casi sin respiración, combinando así el más bajo servilismo con la mayor audacia, el amor más profundo con la sensualidad más lacerante.

Wendy salió de su ensueño y miró la cara sonriente de su madre. Era como si esa mujer le leyera las imágenes que tenía en la mente. Wendy se sonrojó.

—No hay manera de explicarlo, de verdad —dijo—. El doctor Cory cree que este deseo es heredado. Parece ser un rasgo inherente a la familia.

Wendy comenzó a hablar, vaciló, y luego volvió a empezar.

—Pero no soy la única —dijo—. La mayoría de las niñas hacen lo mismo.

—No os estarán dando educación sexual en la escuela, ¿no? —espetó, lista para estallar de indignación ante su convencimiento de que el gabinete de educación estaba usurpando lo que ella creía un deber de los padres.

—No —le dijo Wendy—. Vamos juntas al bar y hablamos de nuestros sentimientos. Como hacemos todas las chicas, tú ya sabes. Y justamente ayer Clarissa me preguntó si yo pensaba que estaba bien dejar que un chico cagara en tu boca en el primer encuentro.

—En mi tiempo, una chica habría querido por lo menos un anillo de compromiso antes de permitir que un chico se tomara semejantes libertades.

—Yo también pienso así, y es lo que le dije. Me parece que una chica y un chico deberían conocerse por lo menos durante unos cuantos meses, y tratarse a menudo, antes de llegar a esa intimidad. Pero al menos la mitad de las chicas piensan que eso está pasado de moda.

—Los tiempos cambian —la madre suspiró filosóficamente—. Aun así, todas saben el valor que tiene evitar ciertas cosas a menos que un hombre sea extraordinariamente bueno con ellas. Si una mujer se lo entrega todo a un hombre de una sola vez, se queda sin

nada con qué dominarlo. Puede que ahora pienses que no es importante, pero aguarda a que lleves unos años de casada.

—No sé si podré contenerme —rogó Wendy.

La madre cogió las manos de Wendy entre las suyas y se las llevó al pecho.

—Jeff es un buen chico —dijo—, y estoy segura de que se toma vuestra relación en serio. Sólo ten cuidado, eso es todo.

—¿Me darás algún consejo? —preguntó Wendy, capitulando finalmente ante el reconocimiento de la superior sabiduría de la madre en este campo.

—Bueno —dijo la madre—, asegúrate de que no tome comida muy condimentada ni beba desde demasiado temprano. Si coge una diarrea, será fatal para los dos. Y no te ensucies el vestido con mierda. Es casi imposible de limpiar y olerás mal todo el camino de vuelta a casa. No le dejes creer que eres demasiado fácil; de lo contrario, te perderá el respeto.

Wendy apoyó la cabeza en el hombro de su madre.

—Soy tan afortunada por tener una madre que me entienda tanto… —dijo.

—Mi madre hizo lo mismo por mí —prosiguió la mayor de las dos mujeres—. Y tú también deberías comenzar a practicar cocina a partir de ahora. Después de casarte tendrás que tener mucho cuidado con la dieta. Vigila que cague con la suficiente consistencia. Y aliméntalo de la manera más saludable posible. También podrías obtener de él buen excremento, si es que consigues algo.

La madre de Wendy se detuvo y ambas mujeres se miraron con ojos húmedos.

—Mi niña será toda una mujer después de esta noche —dijo la mujer mayor.

—Eres la mejor madre que una chica podría tener —le dijo Wendy.

En ese preciso momento se abrió la puerta y un hombre entró en la habitación. Corpulento, de nariz roja, bondadoso, sonrió cálidamente ante el cuadro que tenía a la vista.

—¡Papá! —exclamó Wendy.

—Ese Jeff es un hombre con suerte, sin duda —dijo, mirando el rostro brillante de su hija. Luego se volvió hacia su mujer y, en tono áspero, pero divertido, preguntó—: ¿Hay alguna posibilidad de

conseguir algo para comer esta noche?

Wendy y su madre se miraron durante unos segundos, y luego estallaron en una carcajada, con la que dejaron a aquel hombre sonriente un tanto confundido. Él y su mujer dormían en habitaciones separadas desde hacía casi cinco años, y para él la ingestión, digestión y eliminación de alimentos era ya un proceso sin huella alguna de pasión erótica.

La instantánea urna griega de Barba Azul

Paul creía saber por qué se resistían las mujeres, y sus pocas ganas de dejar que ninguna realidad externa alterara esta sistematizada convicción constituía para él, paradójicamente, la mayor ventaja sobre ellas. Vivía en un mundo de imágenes e imponía despiadadamente sus proyecciones a cualquiera con tal de alcanzar sus objetivos. No tenía ningún respeto por las mujeres en tanto que criaturas autónomas, pero las adoraba apasionadamente como objetos de deseo. Con toda facilidad equiparaba conquistas y atención amorosa.

Para él, la respuesta sexual de una mujer funcionaba exactamente como una sinapsis nerviosa, de acuerdo con la fórmula de todo o nada. Así como una gran cantidad de estímulos eléctricos constituyen una carga que, en un momento decisivo, enciende la chispa a través del espacio que media entre las terminaciones nerviosas, así también una serie de coitos prepararía una disposición favorable hasta que, con asombrosa velocidad, la mujer se entregara a sus expresiones más desinhibidas. En general, incluso en el orgasmo, las mujeres se controlan creyendo que si se dejaran ir se abriría ante ellas un insondable abismo, y que lo único que podría salvarlas de la disolución es captar la permanente atención del hombre que las ha llevado a ese estado. Entonces, a todos los fines prácticos, estarían en poder de éste.

Paul era un experto en seducir a las mujeres para que hicieran caso omiso de sus sistemas de alarma, de sus recuerdos de corazones destrozados, de traiciones, de rechazos; era un maestro en llevarlas al borde del abismo erótico e incitarlas a dar el salto. Su secreto estribaba en facilitar la despreocupación de las mujeres y lograr que rindieran su esencia ante los requerimientos de él. Para Paul sólo contaba ese momento de rendición. Antes de sucumbir por completo a su necesidad en brazos de Paul, una mujer era para

él un lúdico objeto erótico; después, no tenía nada más que revelar.

Poseía una extraña combinación de genio y lascivia. Podría describírselo como a un Sade, sólo que vivió en una época más tecnológica y no se obsesionó, con cierto sentimiento de superioridad, por fijar vírgenes a muros de piedra en criptas ocultas. Tuvo a su disposición una maquinaria más sofisticada.

Desde el primer momento, cuando tenía sólo diecinueve años, y una mujer dejó caer los velos de su recato público desvelando la terrible belleza de un rostro que no era ya otra cosa que un pozo donde podían leerse los rigores de un alma en éxtasis, supo que para él no habría en la vida ninguna otra cosa verdaderamente valiosa. Se dedicó a la extracción de ese fugaz momento en que aparecía ante sus ojos la apertura total. Ningún sacerdote sirvió mejor a dios alguno que Paul al cultivo de las mujeres.

En el curso de una década las había encontrado por centenares. Supo exactamente cómo operar sobre sí mismo para conseguir que ofrecieran su tesoro a sus ojos insaciables. Estaba físicamente bien dotado, con algo más de un metro ochenta de estatura y un cuerpo que combinaba los mejores atributos de un leñador y de un bailarín de Martha Graham. Llevaba el pelo rubio ligeramente largo y se pasaba seis horas a la semana en el gimnasio estudiando con narcisismo su desarrollo muscular mientras levantaba pesas, se balanceaba en los trapecios o nadaba vigorosamente en la piscina. Fuera de esto, trabajaba en un empleo que lo aburría, pero que le permitía vivir con opulencia. Tras obtener el doctorado en química molecular, consiguió un puesto en Johnson and Johnson, donde se unió a un nutrido personal de laboratorio que investigaba en la producción de adhesivos más duraderos para tiritas.

Por la noche, follaba.

Estaba constantemente a la espera de la dicha de tener una mujer atractiva e inteligente retorciéndose debajo de él, la polla abriendo el palpitante cono, los dedos de la mujer arañándole la espalda, las piernas empujándolo desvergonzadamente en su interior, y todo el rostro de la mujer convertido en máscara de capitulación ante un goce *non soneto.* Era el rostro, más que las meras sensaciones del acto, lo que lo transportaba. Cuando se disolvía la rígida máscara de apariencia civilizada y emergía la bestia, podía nacer el ángel. Y si en la vida cotidiana se trataba de

una mujer enormemente sofisticada, enormemente elegante, entonces, cuando todo eso se quebraba, Paul experimentaba la bendición de comprobar el contraste entre la artificialidad y el supremo regalo que jamás pudiera hacerse a un hombre: la percepción del alma femenina al desnudo.

Pero ¡todo eso era tan fugaz! Podía observar a una mujer abriéndose camino hacia el frenesí, ver su revoloteo en el mismo límite, y luego perder absolutamente el control con la dicha de la liberación total. Cuando los bramidos profundamente contenidos en el pecho explotaban en la garganta de la mujer, él sólo podía sostenerla durante unos pocos segundos, utilizando todo su cuerpo como mecanismo de retroalimentación para orientar el ángulo y la intensidad de la picha y presionar de tal manera que obtuviera la máxima respuesta posible, antes de que ella se deslizara en una furia orgásmica tan privada que las sombras volvían a caer inmediatamente sobre sus ojos. Nunca había más que esos breves momentos para poder contemplarla con la arrobada expresión de un santo en plena visión beatífica. Pero desaparecía. Y desaparecía para siempre.

«Si hubiera una manera de preservar indefinidamente la erección…», había oído decir una tarde a un colega durante un seminario sobre la relación entre las respectivas tensiones de superficie de la piel y el plástico.

«Preservar.» La palabra le repercutía en la cabeza.

«Sí», pensó, «si pudiera preservar ese instante…»

Esa noche canceló su cita a fin de reflexionar sobre las consecuencias de su visión.

«¿Qué pasaría», se dijo meditativo, «si pudiera congelar a la mujer en el preciso instante en que produce la expresión que es su más perfecta, su más elevada manifestación de belleza?»

Pensó en la fotografía, pero descartó la idea. Una representación bidimensional no era lo que deseaba. Aspiraba a la cosa real, tal como era. El pensamiento saltó de lo personal a las implicaciones sociales.

«No sólo poseería lo que para mí hay de más precioso en el mundo, sino que habría creado una obra de arte suprema, y en el proceso habría inmortalizado a una mujer que, de lo contrario, se perdería en el olvido. Eso convertiría la *Mona Lisa* en la obra de un

primitivo.»

Estaba bastante chiflado, naturalmente, pero también era extremadamente brillante, y con los recursos de una de las más avanzadas industrias del país a su disposición, pronto se encontró experimentando con una fórmula que tendría las propiedades que necesitaba. Debía ser un líquido, pues se dio cuenta de que tendría que emplear una jeringa. Tendría que actuar instantáneamente, a fin de conservar en plena apariencia de vitalidad el cuerpo que utilizara. Y tenía que penetrar hasta en la última célula de la estructura física de la persona.

Envuelto en las llamas de la monomanía, volcó todo su genio en el proyecto, y al cabo de un año lo tuvo listo para realizar la primera prueba.

Decidió comenzar con Cathy. Había follado varios meses con ella sin ningún plan, y ella había alcanzado la culminación con relativa prontitud. Únicamente por una ternura sentimental seguían viéndose. Cathy era capaz todavía de producir expresiones de primera clase, especialmente en el modo en que, después de que él eyaculaba en su boca, abría los labios dejando escurrir el esperma sobre las mejillas y el mentón. Ya había visto esto una media docena de veces. La expresión orgásmica de Cathy era neoclásica, la sugerencia de dolor en su entrecejo fruncido contrastaba exquisitamente con el gesto de succión en los labios. Tras considerar todas las posibilidades, decidió tratar de aprehender su reacción cuando se la follaba por el culo. Ante todo, porque sería más fácil emplear la aguja hipodérmica si él estaba detrás y, en segundo lugar, porque durante esa variante particular ella adoptada una actitud de licenciosa imbecilidad que lo fascinaba.

Cuando llegó el momento, Paul se sintió muy triste. Con el cuerpo y la mente trabajando con la habilidad de un técnico consumado, saboreó la profundidad de sus emociones. En efecto, para alcanzar su objetivo tendría que matar a la amorosa mujer gimiente que tenía bajo su cuerpo.

«Pero, en cierto sentido», razonó, «le estoy haciendo un honor. Un día u otro tendrá que morir, vieja y achacosa, con el cuerpo convertido en una masa de fláccidas arrugas. De esta manera, la congelaré en la cúspide de su belleza, y en el proceso la habré inmortalizado.»

Eso le recordó que los samurais eligen como su símbolo la flor de cerezo porque, a diferencia de otras flores, cae de la rama en la plenitud de su fragancia, sacrificándose así para que otros puedan conocer su precioso perfume.

Con mezclados sentimientos clavó la aguja en la base del cráneo de la mujer, precisamente cuando curvaba la pelvis hacia atrás para empalar las nalgas en la gruesa polla. Él se deslizó detrás de ella, la hizo jadear y, en el momento en que estuvo completamente hundido entre las nalgas y el aspecto de insuperable placer que buscaba se había instalado en el rostro de Cathy, inyectó la dosis en la piel de esta última. De inmediato quedó completamente paralizada. Incluso el corazón dejó de latir. Durante un instante, Paul dejó de respirar ante la transformación. La mujer se había convertido en una estatua. Él se retiró lentamente. Sentía la polla como si estuviera metida en un tubo de pistón y cargada de lubricante. Se arrodilló ante ella y la volvió boca arriba. Apenas podía creer lo que veía.

Ella había sido sorprendida al borde del orgasmo. Su cara era un mapa de placer demoníaco. Cuando vio su mirada fija, le costó convencerse de que estaba muerta, pues había captado incluso el destello de pasión. Por unos segundos quedó paralizado ante la idea de que todavía estuviera viva, aprisionada en el rígido ataúd de carne.

—Bah, eso sería absurdo —dijo, mientras iba a buscar una sierra.

No resultó difícil separar la cabeza del cuerpo, en el que no tenía ningún interés, excepto como curiosidad. Era fascinante observar que todo el interior del coño estaba contraído en un espasmo orgásmico. Colocó el torso en la bañera, donde otra combinación de elementos químicos especialmente preparados lo disolvió pulcramente.

Llevó la cabeza a una máquina especial de laminación que había creado él y la puso en un agujero, donde una niebla de electrones la cubrió por completo. La mujer quedó envuelta y sellada en un plástico muy fino, tan fijamente como un carnet de conducir. Cuando la sacó, parecía una mujer al borde del orgasmo, pero sin cuerpo.

—Eres mía para siempre —susurró—, tú, la real, la verdadera, la

que vive eternamente en la belleza.

Después de esto, su colección creció sin pausa. Se hizo un asiduo visitante de los bares de solteros del este de la ciudad, y todas las noches se iba con una nueva candidata a la inmortalidad. La mayoría decepcionaba sus exigencias, cada vez más difíciles de satisfacer. Sólo tenía en cuenta a las mejores para su salón de la fama.

Se aficionó a distinguir diferentes tipos entre las confusas apariencias superficiales. Sin precederle ninguna investigación en este terreno, tuvo que construir su propio sistema de clasificación, cual un Linneo de la expresión de éxtasis. Dividió a las mujeres según una multitud de criterios, como los diversos grados de apertura de los labios en ciertos puntos cruciales de control; o si conservaban los ojos abiertos o cerrados, o si abrían o no las narices. La calidad de los ojos era en sí misma todo un mundo en el que explorar, y fue capaz de distinguir veintitrés matices diferentes en la coloración de las mejillas.

Su error más frecuente en los comienzos, cuando todavía desbordaba de entusiasmo ante su éxito, fue el de confundir la excitación del follar con la naturaleza de la expresión producida. Algunas follaban tan bien que él se olvidaba de observar con suficiente atención. Los mejores folladores no eran siempre los mejores observadores, y a la inversa.

Si encontraba una que parecía prometedora, no llegaba con ella hasta el final en la primera noche, pues sabía que cuanto más tiempo la cultivara, más sublime sería su expresión cuando finalmente se dejara ir. Debía mimarla como un jardinero cuida sus brotes tiernos. A las que tenían la suficiente fortuna, o la suficiente desgracia, de no satisfacer sus exigencias, las echaba al día siguiente sin ninguna ceremonia, de modo que supieran que no debían tratar de volver.

Cada mañana, mientras bebía el café, se paseaba entre sus cabezas, que conservaba en una habitación en la que no había absolutamente nada más que los pedestales sobre los que aquéllas descansaban. Su mirada pasaba de admirar una expresión de dicha casi insoportable a una de alegría profundamente atormentada y a otra de total entrega, y les decía:

—Pues bien, había esperado traeros a otra amiga con quien

charlar, pero no resultó. Por un momento, cuando me puso los tobillos alrededor del cuello, pensé que produciría realmente una expresión hermosa, pero estaba demasiado cansada. Era una azafata de avión. Luego me contó que una vez, en un bar para hombres solteros de México, la había jodido un camello, y tras contármelo, su cara perdió la serenidad para toda la noche.

Y, los días en que había conseguido a una nueva mujer, tomaría orgullosamente su cabeza entre las manos y diría:

—Ésta es Frances, ¿no es exquisita? —Y luego encendería un cigarrillo y diría—: Bien, esta noche probaremos otra vez.

Y se alzaría hasta cada una de ellas y las besaría de lleno en la boca, susurrando ternezas, murmurando:

—Recuerda la noche en que lo hiciste. ¡Qué sensación! ¡Qué juntos estábamos!

Luego apagaría la luz y se marcharía a trabajar.

Su destino fue una verdadera ironía. Cuando puso la inyección a una bailarina del Balinese Temple que formaba parte de una compañía que visitaba la ciudad, ésta contrajo el coño en una esotérica convulsión que sólo conocían unos pocos iniciados en el culto en el que ella se había educado. Un inquebrantable apretón, que no pareció durar más de una fracción de segundo, cogió la picha de Paul y le proporcionó una sensación absolutamente única. Pero, puesto que la mujer estaba congelada, él quedó atrapado en ella a la vez que un espasmo paralizante de placer y dolor a un tiempo le recorría todo el cuerpo.

Trató de librarse durante más de una hora, hasta que advirtió que comenzaba a gangrenarse. De inmediato comprendió todas las consecuencias. Si buscaba asistencia médica, lo acusarían de asesinato, lo interrogarían, le registrarían el piso.

Decidió no prolongar la agonía. Levantó a la mujer y la llevó a la habitación de las cabezas. Una por una, bajó de los pedestales a todas sus mujeres y las colocó en el suelo, formando un círculo. Él se echó en el centro, aún con la mujer de esa noche en los brazos. Durante un largo rato miró de rostro en rostro, recordando, llorando. Y, cuando sintió lleno el corazón, cogió el instrumento que había empleado con todas y se lo clavó en el pecho.

Murió como había vivido, esclavo de la belleza de las mujeres.

La venganza del siciliano

A los cincuenta y cinco años, pocos placeres podía ya permitirse. Disfrutaba del sueño, del vino y de la conversación con amigos, y disfrutaba también de jóvenes prostitutas irlandesas, a las que obligaba a desvestirse en su presencia y cuyas carnes sorbía sardónicamente con los ojos, a sabiendas de que lo encontraban repulsivo, para ordenarles luego que se arrodillaran entre sus muslos y le chuparan la gruesa polla hasta correrse, generalmente no durante menos de una hora, tiempo en que les contaba sin cesar historias de su niñez en Italia, y, cuando las mujeres acababan, las echaba abruptamente. Nunca tuvo una chica más de una vez; después de que había visto el culo de una mujer, perdía todo interés por ella.

Ese día estaba de un humor particularmente melancólico, casi filosófico, mientras la puta babeaba convenientemente en su polla. Acababa de cerrar una complicadísima operación comercial que implicaba la compra, a través de su compañía de cementos, la Capa Tosta Concrete Corporation, del Chase Manhattan Bank y de todas las refinerías petrolíferas de Rockefeller en Nueva Jersey. Desde sus oficinas del piso número 110 del World Trade Center Building, miraba la sucia extensión de la ciudad de Nueva York.

Los ojos se le estrecharon cuando se encontraron con el Central Park, el Prospect Park y todas las demás pequeñas secciones donde aún se conservaba algún resto de naturaleza. Calculó que tenía por delante veinticinco años de una salud vigorosa y que durante ese tiempo no descansaría hasta que no quedara ni un centímetro cuadrado sin cubrir de cemento. Hasta que los edificios ahogaran por completo los cinco distritos de la ciudad.

Desplazó la mirada hacia el oeste. Aún quedaba el resto de los Estados Unidos. Pero de eso ya se ocuparían sus hijos. Él se contentaría con que la ciudad se convirtiera en un único y

gigantesco mausoleo, un testimonio final de su poder. Sería una hazaña tal que dejaría en ridículo a las mismas pirámides faraónicas.

Palmeó la cabeza de la chica que le chupaba la polla.

—Ya sabes, irlandesa —dijo—, todos esos tíos de ahí abajo son niños. Están locos. Incluso los educados. —Hizo una pausa y agregó —: Especialmente los educados. Ésos no saben lo que es real. —Los ojos se le nublaron de lágrimas y de tristeza. —Cuando yo era niño, en Italia —comenzó a contar, con voz tenue y un ritmo que seguía al del meneo de la cabeza de la muchacha—, nunca tuvimos nada de esta mierda: aire sucio, agua contaminada, follones de tráfico, gente permanentemente infeliz. Nosotros reíamos y peleábamos. Cantábamos canciones y comíamos pescado fresco. En el patio trasero crecían los higos y desayunábamos leche de cabra recién ordeñada. Vivíamos cerca del mar, y en aquel entonces el mar era limpio, el agua rielaba. Nadábamos todas las tardes. Y teníamos también vino, y pan fresco que acababa de salir del horno, y por la noche las estrellas, y hacíamos el amor en el granero. ¡Oh, qué tiempos aquellos! Todas las semanas celebrábamos el nacimiento de un santo, y hasta teníamos un sacerdote que nos recordara que en el mundo hay cosas superiores al hombre. No era como esta pocilga, en que la gente se revuelca en la porquería y piensa que son reyes de la creación.

Suspiró y se entregó a las sensaciones que le producía la fricción de la delicada lengua femenina en el glande. Ella se inclinó hacia delante y se metió la verga hasta la garganta, donde la mantuvo hasta que sintió náuseas y luego se retiró. En la calma de ese hombre viejo, en la tranquilidad de su voz había algo que la tranquilizó, disipando su inicial sensación de disgusto. Lo que tenía en la boca era duro como el hierro y áspero como un puro De Nobili. Chuparlo era como, de pequeña, chuparse el pulgar; era relajante, confortante, con la única diferencia de que esta experiencia le provocaba espasmos de una sexualidad tan excitante que se le curvaban los dedos de los pies. A pesar de su deseo de permanecer distante, la muchacha se había descubierto poseída por una excitación en aumento.

—Pero la estúpida de mi madre —prosiguió el hombre—, que debía de tener una horquilla caliente clavada en el culo, quiso venir

a Norteamérica. No se cansaba de repetir que «las calles están pavimentadas de oro», hasta que mi pobre padre terminó por ceder; vendió la granja y todos nos vinimos aquí. No había oro. Sólo miseria, pobreza, inmundicia. Y, aun cuando hubiera habido oro, ¿de qué habría valido eso? Uno no puede comer oro, el oro no da calor por la noche, el oro no ama. —Dio un puñetazo al brazo del sillón en el que estaba sentado—. Éste es el problema de este país —gritó—, aquí no hay amor. —Llevó las manos a la cabellera de la chica—. Lámela en la punta —dijo, y por unos breves minutos no hizo otra cosa que observar cómo pasaba la lengua por el reluciente instrumento, y prestó atención a las fluctuaciones de placer que surgían de cada movimiento de la lengua—. Pero un animal aprende a sobrevivir en cualquier sitio —dijo tras un momento—. Mi padre compró una tienda de comestibles y empezamos una nueva vida. No pasó mucho tiempo antes de que recibiéramos la visita de la Honorable Sociedad y, cuando comparé sus métodos para hacer negocios y sus éxitos con el estilo de vida de mi padre, la opción estaba muy clara. No tiene sentido tratar de ser honesto en la ciudad; todo se basa en mentiras. Me hice miembro de la Familia, y hoy soy el padrino de todos los padrinos.

Ésta fue para la muchacha la primera señal de que aquel cuya picha estaba chupando era tal vez el hombre más poderoso que jamás había visto. Casi todo el tiempo lo había pasado con estibadores de quince dólares el polvo y, aunque no pasaba necesidades, distaba mucho de gozar de una situación financiera verdaderamente desahogada. Que le hubieran ofrecido quinientos dólares por unas pocas horas de trabajo era sorprendente en sí mismo; que lo pagara el jefe más alto de la Mafia del país era demasiado para que pudiera asimilarlo.

No tenía manera de saber las razones por las que la había escogido: que a los diecinueve años se había enamorado perdidamente de una irlandesa pelirroja de ojos azules cuya piel clara le había hecho hervir en las venas la morena sangre mediterránea. Pero cuando, tras muchas vacilaciones, se le había aproximado, ella se había reído de él y le había llamado «comedor de ajo relleno de spaghetti». Naturalmente, le había pegado un tiro y había arrojado el cadáver al East River, pero incluso eso no era suficiente compensación para su orgullo herido, y después de eso

pidió más de mil veces a sus hombres que exploraran la costa oeste en busca de muchachas irlandesas a las que sometería al degradante ritual, en su opinión, de chuparle la polla.

—El alcalde —continuó el hombre— cree que gobierna la ciudad. Pero todo lo que hace es pavonearse y hacerse el chulo. Nadie con verdadero poder le hace caso. Es simplemente alguien para poner ante las cámaras de televisión a fin de que la masa piense que su voto significa algo. No, los que mandan son los que controlan los sistemas de la vida y los de la muerte, sólo que la mayoría de ellos son tan estúpidos que aún no se han percatado.

»Mira a la policía. Hay jefes que están empezando a imaginarse que tienen a su disposición a treinta mil hombres armados de pistolas y con acceso a ametralladoras, a caballos, gases lacrimógenos, tanques, granadas… Pero, si hicieran un movimiento, tendrían que pelear con la milicia del estado y con el gobierno federal. Tendrían que ocultarse hasta que toda la nación cayera en el caos.

Éstos, sin embargo, sólo son el ejemplo más evidente. Piensa en los bomberos que pueden dejar que la ciudad se incendie, o incendiarla ellos mismos. Y en los basureros, que sólo hacen huelga para pedir salarios más altos, pero que podrían consolidarse como fuerza política y amenazar con dejar que se crearan condiciones sanitarias pestíferas si no se satisfacen sus exigencias. Sin embargo, ninguno de ellos tiene conciencia política alguna.

La muchacha seguía chupando. El hombre le había colocado las manos en la nuca y la guiaba comunicando impulso a sus movimientos. Ella dejó que sus labios se relajaran y que la polla entrara y saliera en su boca, mientras la lengua lo lamía cada vez que entraba y que se retiraba. Ella había comenzado a alimentar la fantasía de que aquel hombre pudiera querer tenerla como puta privada, y en su mente se presentaron imágenes de un apartamento lujoso, un ropero completo, un coche deportivo, cuentas abiertas y viajes a Puerto Rico en invierno. Dejó de lado su reserva y simuló un placer febril en lo que hacía, entregándose a expresiones de deseo con la esperanza de que el hombre se dejara engañar por las máscaras de lascivia que le mostraba. Pero el viejo había visto ya antes todo esto.

—Y ni siquiera golpean el corazón de las cosas —prosiguió—.

¿Quién controla el agua potable, el agua para apagar incendios? ¿Has pensado por un segundo en todos esos hombres que ves entrar y salir de las alcantarillas? Todo el mundo los mira con desprecio, pero nadie se detiene a pensar que esos hombres tienen acceso a interruptores que controlan el fluido vital de la ciudad. Mientras los alcaldes pronuncian discursos para los periódicos, unos hombres grises con llaves de mecánico tienen nuestro destino en sus manos.

»Pero no terminan aquí las cosas. Casi puedes oír cómo se ríen los de la Compañía de Electricidad. ¿Recuerdas la noche del gran apagón? Fue tan sólo una prueba para ver si se podía hacer tal cosa. Fue divertido durante unas pocas horas, pero ¿qué habría sucedido después de unos días y noches sin electricidad? ¡Chupa, irlandesa, chupa! Ni rastro de luz por ninguna parte. El tráfico, hecho un follón porque no funcionarían los semáforos. Las neveras, inutilizadas; la comida, estropeada. Ni radio, ni televisión, ni ascensores, ni metro. En un abrir y cerrar de ojos retrocederíamos a la Edad de Piedra. Se formarían bandas. El revólver y el cuchillo campearían por sus fueros. Y no sobrevivirían muchos.

»Y hay otras posibilidades —dijo, agitando la mano en el aire—. Los radicales haciendo saltar puentes, túneles, raíles de metro. O la compañía de teléfonos, que tiene a su cargo la columna vertebral que corre a través de toda la vida de la ciudad. Es la herramienta indispensable de los negocios, y sin ella los negocios se hundirían. Y, sin negocios, Nueva York no existe.

Se estaba acercando al orgasmo. Faltaban aún unos cinco minutos para el momento del clímax, pero ya podía percibir sus inicios. Con el cuerpo tan calmo como estaba, era capaz de entregarse a la sensación sin tensiones, y así saborear verdaderamente la larga y profunda hinchazón que precedía a la eyaculación. Capaz de prescindir de la muchacha sin ninguna consideración, salvo como herramienta de placer, pudo dedicar la atención indivisa a su estado interno.

—Pero ninguno de ellos sospecha la abrumadora evidencia de lo que es el poder real.

La voz le temblaba de excitación, en parte debido al creciente calor que sentía en las ingles, en parte por el impacto que le producía la visión que en ese momento estaba articulando.

—¡Y esto tiene que ver *conmigo* —continuó—, porque lo único

que tienen que hacer es *vivir aquí!* ¡Tienen que *malgastar aquí su tiempo!* Y yo soy el único que decide en qué clase de lugar conseguirán habitar. No importa quién mande, no importa cuál sea la forma de gobierno, no importa cuál sea el estado de la economía; la realidad más importante de la ciudad es su medio. Y lo que hace el medio es la arquitectura. Y la arquitectura la controlo yo. —La voz del hombre ronroneó—. Me aseguraré de que no quede otra cosa que hormigón. Milla tras milla de tierra viva ha sido ya cubierta, ahogada, y los gigantescos edificios de roca lucen allí donde antes crecían los árboles. No ha quedado casi nada natural. Se ha destruido la mayor parte de la vida vegetal, la mayor parte de la vida animal y la mayor parte de los insectos. A la gente no le han quedado más que superficies incómodas para caminar, para sentarse, para echarse, para mirar. Hasta el cielo es difícil de ver. Se ha permitido seguir con vida a unos pocos gatos y perros, y a un puñado de especies encerradas en prisiones de hormigón llamadas zoológicos. Pero eso es todo. Y, pronto, incluso éstas desaparecerán. Se matarán las palomas. Sólo quedarán ratas y cucarachas. Ratas, cucarachas y gente.

»Y cuando se pongan cada vez más y más enfermos, a medida que se sientan más y más desgraciados, no tendrán siquiera una remota idea de cuál es el problema, tan increíble es su ignorancia. Acusarán al alcalde, al jefe de policía, de ir muriéndose lentamente, asesinados por la falta de vida a su alrededor. Irán a sus sepulturas tan ciegos como cuando estaban vivos. Y yo habré ganado. Construiré por todas partes. ¡El cemento gobernará la tierra!

Cuando pronunció las últimas palabras se le tensaron los muslos y un voluminoso chorro de esperma estalló en la boca de la muchacha. Ésta realizó todos los movimientos para tragarlo como si se tratase de una suerte de néctar, con la esperanza de complacer al viejo con su propio placer. Pero un instante después de haberse corrido él la apartó, la miró durante un momento a la cara y sacudió la cabeza para borrar el recuerdo que le impedía sentirse en paz.

—Ve a chupar a los muchachos de la pieza del fondo —dijo.

Ella comenzó a protestar, dominada por una dolorosa decepción, pero un destello en los ojos del hombre le dio a entender que era mejor no decir una palabra. Se puso en pie, recogió con la lengua

unas gotas de semen que tenía en los labios y, malhumorada, caminó hacia la puerta con las nalgas bamboleantes; entró en la habitación del fondo, donde siete hombres jugaban a las cartas alrededor de una gran mesa, y pasó de picha en picha hasta que se lo hubo hecho a todos, para ser luego arrojada a la calle con medio millar de dólares y enriquecida en diversas experiencias interiores.

El viejo se abotonó los pantalones y caminó hasta la ventana. La ciudad era prácticamente invisible a causa de la densa contaminación del aire. Incluso desde la gran altura a la que se hallaba podía oír el rugido infernal, el estrépito de la maquinaria triunfante. Por doquier los coches resoplaban como animales viejos dejando una estela de gases, y en miles de sitios el incansable impulso de la construcción alzaba más edificios y cada vez más altos, que ocupaban hasta el menor fragmento de espacio libre. Y la gente caminaba entre este desorden con los oídos destrozados por los ruidos, las fosas nasales contraídas para protegerse del hedor y por entero incesantemente castigados por la situación económica. Vista la escena desde arriba, a lo que más se parecía era a una danza macabra de zombis, bultos cuyas almas hacía mucho que se habían secado.

—Me vengaré en vosotros —murmuró—, por hacer creer a mi madre que aquí podía encontrar una buena vida, por hacer que mi padre dejara su tierra y llevarlo a la muerte en una casa sin calefacción, lejos del mar y del cielo, y por haberme obligado a convertirme en un hombre tan malo para poder sobrevivir. Os destrozaré, y mis hijos destruirán vuestra nación entera. Sólo con daros lo que queréis: más cemento, más hormigón, más acero. Para cubrir la hermosa tierra, para talar los bosques, para envenenar los lagos y los ríos.

»Y ¿para qué? Para construir estos enormes vertederos de basura humanas que son estas ciudades. Para construir autopistas, puentes, presas y todas las estúpidas estructuras que adoráis. —Rió con un horrible chirrido y gritó—: Quiero darte lo que quieres, Norteamérica.

»Quiero darte *progreso*. Y éste te llevará directo a la boca del infierno.

El círculo de jade

Butch Medusa yacía en medio de un montón de cuerpos. Había otras dieciséis mujeres en el grupo, resultado del proyecto más ambicioso que jamás hubiera emprendido. El grupo constaba de representantes de cada una de las razas del mundo y era una paleta de colores de piel y texturas de pelo audazmente combinados. Había allí altas y bajas, así como gordas y flacas. Cada una de las mujeres pertenecía a un signo distinto del Zodíaco, y Butch había comprobado y degustado personalmente la abundancia y el sabor de las secreciones vaginales de todas. Pero ahora, tras probar todas las drogas y escuchar toda clase de música, tras horas de coqueteo y estimulación erótica, tras semanas de preparación y de expectativa, cuando los culos y los coños y las bocas y los pechos y los pies rodaban y lanzaban destellos en un panorama continuado de sensualidad, Butch tenía que admitir que estaba aburrida.

«Ésta orgía no tiene valor socialmente rescatable», se dijo mientras una flexible bailarina etíope le chupaba un pezón. Reacia a admitirlo como se hallaba, Butch había llegado al final de un ciclo y no tenía deseos de reunir energías para pasar a una nueva fase.

Había comenzado su carrera una noche en que hizo una entrada triunfal en un bar de lesbianas vestida con una cota de mallas y portando una maza. El lugar se polarizó al instante, las representantes más destacadas de la nueva imagen femenina la encontraron intolerablemente extremada, y las mujeres más sensuales se apiñaron junto a ella, contentas de que aún hubiera al menos una persona dispuesta a defender estereotipos pasados de moda. Los cinco años siguientes a su aparición, había estado lanzando frenéticos ataques en los círculos más sofisticados del lesbianismo posdecadente, imponiendo una cierta crueldad estética a un estilo de vida que agonizaba en polémicas estériles. Entre sus seguidoras se contaban muchas hijas de clases adineradas, de modo

que no había tenido dificultad en hacerse con el dinero que necesitaba para sostener su desenfrenado metateatro.

Ahora volvía a la superficie de su conciencia el pensamiento que durante meses había tratado de ignorar: «Para hacer lo que quiero hacer, en realidad necesito algunas pollas».

Lanzó un silbido y la retorcida masa de cuerpos vibró al unísono y luego permaneció inmóvil. Ella saltó sobre sus pies. Los pechos se le zangoloteaban.

—¡Dulce chumino de Safo! —exclamó—. ¿Es esto lo mejor que podéis hacer? Para coreografía, podría encontrar todo un racimo de maricas. Lo que quiero es pasión, ¡maldita sea!

Estiró el brazo hacia atrás y cogió un látigo de cuero de cuatro metros con el que comenzó a azotar a las mujeres que yacían ante ella.

—¿Qué tengo que hacer para conseguir sacar algún *sentimiento* de aquí? —gritó, y agitó a su alrededor el grueso y horrible instrumento de cuero.

Pero los gritos que extrajo sólo eran gemidos de dolor, y el mero sadomasoquismo ya no le interesaba, pues se había hartado de él una tarde en que azotara a tres vírgenes hasta la insensibilidad en las apartadas tierras de una finca de Connecticut que una admiradora había puesto a su disposición. Arrojó el látigo con disgusto y se retiró a su estudio para reflexionar.

«No es culpa de ellas», pensó. «Hacen todo lo que pueden. Lo que pasa es que no hay sentido de finalidad.»

Encendió un porro y se recostó en su sillón de agua tapizado de piel de cebra. Hundida en un trance profundo, le vinieron a la mente muchos fragmentos de una visión que le obsesionaba poner en práctica. Se trataba de una idea tan compulsiva que hasta dudó si debía pensar en ella. Pero estaba sedienta de desafío, y en el término de una hora supo que debía hacerlo.

«No será fácil», reflexionó, «encontrar a los hombres que necesito para el trabajo. Los homosexuales son lo bastante libres para mi proyecto, pero en realidad no desean follar mujeres. Y para el proyecto tengo que reunir la energía masculina y la femenina. Los normales son tan apocados que a la mayoría ni siquiera podría hacerles una proposición honesta. ¿Quedan aún amantes? ¿Hombres los suficientemente dóciles como para aceptar órdenes de

una mujer por un momento y al momento siguiente arrojarla al suelo y darle por el culo? Necesito hombres con cuerpos firmes y corazones calientes, hombres con pichas duras y mentes claras, hombres con fuego en la sangre y mercurio en su ego. ¿Dónde los encontraré?»

Al día siguiente comenzó una búsqueda que la llevaría por todo el mundo durante casi dos años. Puso sus asuntos en orden y dejó detrás de sí un equipo básico que respondiera a su correo y mantuviera su dúplex de Park Avenue. Luego dio comienzo a su busca.

La técnica que empleó fue simple. Allí donde veía un hombre que consideraba maduro para el reclutamiento, lo abordaba y, clara y directamente le decía:

—¿Te gustaría follar conmigo?

Si respondía con excesiva rapidez o se le veía confuso, lo abandonaba al instante. No tenía en cuenta a ningún hombre que no pudiera asimilar su aproximación de inmediato, tomarse un momento para respirar y observarla, y mirarla a los ojos, apreciar su cuerpo y finalmente responder desde el corazón mismo de un impulso real.

A los que pasaban la primera selección los llevaba a su habitación en el hotel y dejaba que la follaran. Y mientras el hombre hacía lo suyo, ella registraba impresiones de su ser entero. Si, al final del primer coito, Butch seguía pensando que el hombre tenía posibilidades, ponía en práctica su programa y le ofrecería casa y comida para que trabajara para ella. Después de haber contratado a su primer ayudante, el juego se hizo más sutil, naturalmente, pues los candidatos siguientes no sólo debían enfrentarse con una mujer que les preguntaba algo que probablemente ninguna otra les había preguntado —al menos nunca tan honesta y abiertamente—, sino también con el hombre que ella tenía al lado.

Al cabo de cuatro meses había encontrado a cuatro hombres.

El plan comenzó a ponerse interesante a medida que un espíritu de camaradería se apoderaba del grupo. Era la primera vez que Butch viajaba y veía Norteamérica y le asombraba comprobar que una gran parte de los estados todavía no estaba contaminada por la urbanización. En Santa Fe recogió a un sordomudo, y llevó a su

equipo a un lugar retirado en las colinas de los alrededores.

Esa noche, Butch se sorprendió a sí misma acostada boca arriba, desnuda, curvada sobre un catre, mientras los hombres jugaban al poker y bebían café alrededor del fuego. Cada tanto, uno de los hombres se interrumpía para follarla. A ella, por su parte, le era agradable gozar del aire fresco de la noche y contemplar las estrellas, dejar vagar la mente, ver interrumpido su ensueño únicamente por la suave penetración de una polla, o por sentir una boca en uno de los pechos o una mano bajo las nalgas.

Ellos, por su parte, gozaban de una suerte de amistad ya casi desconocida entre los hombres. Libres de preocupaciones económicas, podían permitirse el relajamiento. Con una mujer a la que podían follar cuantas veces lo desearan, estaban libres también de tensión sexual. Y puesto que todos compartían a la misma mujer en las mismas condiciones, no había motivos de celos, de tal manera que el lazo entre ellos se estrechó sin obstáculos. Y fue precisamente la fuerza del vínculo lo que sirvió de base a Butch para la realización de su visión.

Al cabo de un año había reunido a diecisiete hombres y volvió a la ciudad. El poder de su círculo era enorme y ella estaba dispuesta a poner a prueba el nuevo nivel de operaciones. Regresó a finales de agosto, un mes antes del comienzo de la temporada de Nueva York, y empezó de inmediato sus preparativos.

En primer lugar, la vestimenta. Los hombres iban vestidos todos igual, con falda corta de piel, pendiente de oro en la oreja derecha y brazalete de jade en la muñeca izquierda. Butch dirigió esotéricos ejercicios psicoanalíticos y danzas para coordinar sus reflejos y afirmar su sentido de unidad. Les dio charlas para precisar el objetivo. Durante este período tuvieron prohibido el sexo, de modo que se acumulara el apetito. Y, cuando estuvieron completamente a punto, Butch les llevó una víctima para practicar, una debutante de diecinueve años, flaca, de pelo castaño rojizo, con unos pocos coitos por toda experiencia y un entusiasmo literario por el amor lésbico. Butch la recogió en una de las sesiones de toma de conciencia que habían reemplazado a los bares como terreno de ligue, la raptó durante toda la noche y la preparó para la experiencia de dejarse tener por una banda de hombres. A medias hipnotizada, a medias deseando vivir una fantasía que apenas había sido capaz de admitir

para sí misma, la chica convino en cooperar.

«Es una vergüenza tener que destrozarla», pensó Butch, «pero entre los hombres debe forjarse una unidad sin fisuras, y sólo un asesinato ritual logrará tal finalidad. Además, una vez que ella haya entrado totalmente, le será imposible seguir viviendo en el mundo.»

La noche en cuestión, después de que la chica fuera follada por quincuagésima tercera vez, se quebró su último resto de resistencia a la locura y durante las cinco horas siguientes chilló locamente rogando más y más.

—¡Folladme, folladme, folladme! —gritaba una y otra vez, un centenar de veces, un millar de veces, cien millares de veces, con la piel de la inhibición completamente rasgada y el pozo de su inextinguible sexualidad emanando sus aguas incesantemente.

Por último, Butch la despachó limpiamente —una única bala en el parietal—, evitándole el tormento que mantenía a sus entrañas en el éxtasis, en la inquietud eterna de la carne.

—Éste es el poder que vamos a aprovechar —dijo Butch a los hombres que miraban el cadáver con ojos muy abiertos—. Sólo hemos comenzado a soltar la limitada fuerza de la energía sexual. Cuando podamos controlar esa fuerza y utilizar la energía del orgasmo, dispondremos de un arma que reducirá todos los arsenales atómicos de la Tierra a la condición de meros juguetes. Y luego impondremos la paz en el mundo. Pero antes tenemos que liberarnos del cuerpo.

Butch llamó a su ejército de reserva de mujeres y escogió una cantidad que igualara a la de los hombres. Pasó otro mes de intensa preparación, y después estuvo lista para su primer ensayo: la formación de un ciclotrón sexual.

Las mujeres se arrodillaron todas en círculo con los culos en alto y hacia fuera, mientras que los hombres estaban agazapados detrás de ellas, con las pichas en las aberturas de los coños. Butch yacía en el centro, con la cabeza apuntando hacia el norte. A su señal, los hombres penetraron al mismo tiempo a las mujeres y comenzaron a follar con movimientos lentos y regulares. Las mujeres se cogían por las manos en todo el círculo, y lo mismo hacían los hombres, de modo que desde arriba el conjunto daba la impresión de una medusa que latiera en los bordes. Y como cerebro del superorganismo estaba Butch Medusa, haciendo pasar por su cuerpo

todas las vibraciones. El ritmo aumentaba a medida que comenzaba a surgir una conciencia de grupo. Todos eran conscientes del estado de todos los demás.

Poco a poco, el control se desplazó de los individuos al grupo como un todo. Emergió un poder mayor que aquel al que pudiera aspirar ninguna persona por sí sola. Comenzó a tomar cuerpo de modo autónomo, reduciendo a hombres y mujeres a unidades de un conglomerado. La unidad se consiguió mediante la obediencia a los dictados de la superalma.

El orgasmo se aproximaba, un único orgasmo que abarcaba los cuerpos de todos los que componían el círculo. Así unidos los hombres por los brazos, las mujeres por las manos, unos y otras por la polla y el coño, los ojos todos en el cuerpo del centro, todas las mentes vacías de pensamientos, y Butch reuniendo toda la energía en una única conciencia continua, se corrieron todos al mismo tiempo. Y, en ese instante, Butch fue iluminada por una luz azul y se levantó dos metros del suelo. Levitó durante ocho minutos y luego bajó lentamente hasta la alfombra.

Durante ese tiempo, en toda la ciudad, se calmó la hostilidad en cada ser humano. Los policías dejaron de tener los dedos permanentemente en el gatillo, maridos y mujeres dejaron de pelearse, los taxistas dejaron de maldecir sin parar. No se cometió un solo acto violento. Todo el mundo se vio envuelto en una nube de euforia, y durante semanas los científicos pensaron que la causa había sido una histeria electrónica en masa. Muchos encontraron motivos para reafirmar su fe en Dios. Hubo quienes sostuvieron que había extraterrestres que estaban influyendo sobre la Tierra.

El grupo estaba entusiasmado con el éxito, pero Butch lo calmó.

—No podemos ir demasiado rápido —advirtió—. Demasiada alegría de golpe destruiría el entramado de cualquier civilización del mundo. La gente volvería a su simple estado animal. Los gobiernos se hundirían. Y las devastaciones que siguieran acarrearían la muerte de millones. Dejémosles acostumbrarse poco a poco a la felicidad. Mientras, podemos aumentar nuestras filas. Un día estaremos en condiciones de mantener indefinidamente el efecto, y entonces podremos abrir todas las llaves y follar a la especie para que sobreviva.

El plan tal vez hubiera funcionado bien, pero sucedió algo

imprevisto. Butch Medusa se enamoró. Encontró a un hombre que la inundó de todos los sentimientos tontos pero irresistibles que llevan a los adolescentes a sus arrebatos románticos. La parte racional de Butch comprendió que ceder a sus emociones destruiría quizá la última oportunidad que tenía la humanidad de evitar llegar al borde mismo de la ruina total. Pero se encontró desprotegida ante la tentación de rendirse.

—Eso es lo que he conseguido por jugar con todas esas pollas —se dijo con amargura—. Nunca me hubiera sucedido de haber seguido siendo lesbiana. Es lo que obtuve por tratar de hacer el bien.

Él no era de esa clase de hombres que toleraban su desenfrenada promiscuidad, de modo que ella abandonó su comunidad. Se trasladó a Long Island, donde él trabajaba como profesor de sociología en el Stony Brook College. Tuvo tres hijos y se pasó la vida en guerra consigo misma, odiando el hecho de que realmente disfrutara con su nueva situación. Nunca habló de su pasado, ni siquiera cuando las mujeres de su club de bridge comenzaron a hablar de sexo y a dejar al desnudo sus fantasías y sus infidelidades. Todo el mundo pensó que Butch era una esposa modelo, y en verdad lo era.

La gente del dúplex de Park Avenue, sin el poder unificador de la visión de Butch, degeneró pronto en una desordenada multitud orgiástica de bajo nivel. Los vecinos empezaron a quejarse y, una noche, la policía hizo una redada. A todos se les imputó conducta indecente, pronunciaron sentencia en suspenso, y se les expulsó de la ciudad. El cuerpo de la joven muerta de un tiro había sido sacado clandestinamente y enterrado en Staten Island, de modo que nunca fue hallado. La raza humana continuó su errático andar trastabillante hacia el olvido.

El enema

Sólo su cuerpo estaba atado; ella todavía podía mover la cabeza y mirar la habitación a su alrededor.

Era de tres metros de alto por tres metros de ancho y tres de largo. Estaba construida íntegramente de azulejos. Había un orificio en el techo que permitía pasar el aire y un orificio en el suelo que dejaba drenar el agua. De una pared sobresalía un grifo y, sobre éste, un estante con diversos instrumentos.

Estaba encadenada a una mesa de piedra lisa, extremadamente inmovilizada. Tenía las muñecas esposadas a sus lados, una barra de hierro la cruzaba sobre la cintura, y los pies estaban fuertemente fijados a estribos alzados, de modo que las piernas quedaban levantadas y abiertas. Respiró profundamente y cerró los ojos.

La puerta —una gruesa hoja de madera con listones a cada lado, a prueba de sonido— se abrió lentamente. El doctor entró. Era uno de los terapeutas más importantes del mundo; había escrito un libro titulado *El tartamudeo secundario,* en el cual remitía todas las neurosis a la represión de la timidez que siente la gente cuando se pee. Cerró la puerta detrás de él y sonrió cálidamente a la mujer.

—Bien, señorita Schneider —dijo con una voz resonante—, me alegro de verla.

Ella miró hacia arriba y jadeó. El hombre llevaba botas altas hasta las caderas, un largo impermeable y guantes de goma. Una máscara negra le cubría el rostro. A la mujer se le había dicho que él quería permanecer en el anonimato, pero no se le había ocurrido que ocultaría otra cosa que su nombre. El asistente social de la clínica en la que había solicitado una psicoterapia le había explicado que podía participar en un programa experimental gratuitamente y que, además de solucionar sus problemas, colaboraría con el progreso de la ciencia en sus esfuerzos por eliminar todas las enfermedades mentales. Le habían dicho que

debía mantener en secreto el tratamiento y que ella no sabría quién la atendería, a fin de proteger al terapeuta de posibles pleitos. La señorita Schneider había tenido sus dudas, pero se hallaba en una desesperada necesidad de ayuda y, como no podía pagarse un tratamiento, aceptó.

El médico fue hacia la mesa.

—Antes de comenzar… —dijo, con voz profunda y tranquilizadora—, estoy seguro de que tiene usted algo que preguntar. Pero primero quisiera decirle algo acerca de lo que estamos haciendo.

La mujer cambió de posición y él la miró a través de las estrechas ranuras de su disfraz. Tenía treinta y nueve años, trabajaba como maestra de escuela elemental y nunca había estado casada. Tenía un cuerpo delgado y sus carnes eran todavía firmes. Piernas comunes que florecían en nalgas arqueadas, y unos senos pequeños que ponían su toque de gracia en la parte superior del pecho. El vello púbico era escaso y los labios exteriores del coño se plegaban el uno contra el otro como manos juntas en actitud de plegaria.

—Para decirlo más claramente —prosiguió—, mi trabajo no es una desviación respecto a los descubrimiento psicoanalíticos de Sigmund Freud, sino sus más recientes desarrollos. ¿Ha oído hablar de Freud? Los analistas ortodoxos me pondrían en la picota si supieran lo que estoy haciendo, pero en gran medida porque tienen miedo de enfrentarse a las conclusiones lógicas de sus propias teorías. Por esta razón no debo decir nada acerca de mi trabajo hasta que pueda probar que mi técnica es eficaz.

La mujer abrió la boca para hablar, pero él la interrumpió antes de que pudiera decir una sola palabra.

—Aunque recojo la obra de todos los hombres y mujeres que me han precedido, mi enfoque es original, una síntesis totalmente nueva. Y más allá de la corrección teórica está el hecho de que mi técnica es *absoluta.* —La voz adoptó una extraña vibración y sonó a hueco debajo de la máscara—. Ya ve usted cuál ha sido el problema. Todas las grandes inteligencias han entendido lo que era la neurosis y han formulado sus teorías, pero nadie ha podido dar con una cura que opere eficazmente en todos los casos. Ésta será precisamente mi contribución inmortal. El descubrimiento de la

cura infalible para todas las perturbaciones psicopáticas.

Comenzó a caminar pero, como la habitación era tan pequeña y la mesa ocupaba el espacio central, se vio forzado a hacerlo en círculos alrededor del cuerpo de la mujer. Ella trató de seguirlo con los ojos mientras él se paseaba.

—El descubrimiento de mi técnica, como el de la penicilina, fue accidental. Todos los elementos estaban presentes; lo único que hice fue reunirlos. Recuerdo muy bien aquella tarde. Acababa de leer el pasaje de *La función del orgasmo* donde Reich describe su intuición básica acerca del masoquismo. Él encontró que lo que realmente busca el masoquista es la sensación de estallar, de hacer que su energía fluya a través de su yo acorazado. El masoquista no goza con el dolor, sino que en el dolor espera encontrar una liberación.

»Pensaba en esto cuando abrí el correo y me encontré un folleto de la Eulenspiegel Society, una organización formada por sádicos y masoquistas que se dedican a eliminar prejuicios acerca de su condición. Me sorprendió la manera permanente en que la vida lucha para expresarse de modo positivo, incluso cuando pasa a través de cosas que han de parecer terribles aberraciones.

»Precisamente entonces sentí la primera onda peristáltica que indica una evacuación intestinal. Fui al servicio y cerré la puerta tras de mí. Sin embargo, mientras giraba el pomo, me di cuenta de que no había ninguna otra persona en la casa. Me quedé atónito. Mi vergüenza por una actividad biológica tan básica era tan profunda que me arrastraba a la absurdísima conducta de cerrar la puerta contra la censura de la sociedad incluso cuando no estaba presente ningún otro miembro de esa sociedad. Me senté y mis ojos se movieron ociosamente recorriendo la pared que tenía enfrente hasta detenerse en el irrigador de mi mujer, que colgaba de un gancho. No sé cómo describir ese momento. Oí cantar coros y la habitación se llenó de luz. Todo se agolpó en una verdad *in crescendo*.

El hombre dejó de caminar y cogió fuertemente uno de los tobillos de la mujer.

—¿Lo ve? —dijo con voz temblorosa de emoción—. ¿Empieza a tener sentido ahora?

La mujer pensó que estaba loco de atar. Hizo lo que suele hacer la gente cuando la domina el miedo: acudió al pasado reciente para apelar a los últimos momentos de normalidad que pudiera recordar.

La clínica era una institución muy respetada, de modo que, cuando la enfermera le había pedido que se quitara la ropa y la había atado a la mesa, ella tenía todavía una sensación de estar en contacto con el mundo cotidiano, aun cuando los elementos ambientales fueran extraños. La señorita Schneider tenía plena confianza en las organizaciones públicas, y se valió de esto para contrarrestar el impacto de su percepción: la de estar desamparada en una habitación cerrada y con un maníaco que observaba su cuerpo desnudo.

—Me parece que no quiero continuar con esto —dijo en un lamento.

—¡Ajá! —exclamó el hombre—. ¡Ésa es la cuestión! Muy pocos lo hacen. Los demás terapeutas, sin excepción, han fracasado simplemente porque en el momento de mayor resistencia el terapeuta permite que el paciente se marche. Yo cambiaré todo esto. Mi visión lo exige. Hay que salvar a la gente a pesar de sí misma. Éste es todo el problema de las neurosis. Y nada, excepto mi técnica, tiene ninguna posibilidad de curar la neurosis y, en última instancia, de salvar el mundo. Ninguna otra cosa incluye todos los elementos necesarios. Al reproducir las represiones infantiles, se permite que surja ese sentido de desbloqueo, de modo que dejará usted de huir de la vida y se pondrá en contacto con su necesidad y su dolor. Eso le permitirá sacar a la luz por completo su abanico expresivo, y sondear en el centro mismo de su naturaleza sexual. Atacará su inhibición más profundamente instalada, la que, a partir de la piedra fundamental de nuestra civilización, impregna el mundo entero: la educación temprana en el lavabo.

La mujer comenzó a protestar diciendo que nada de eso parecía tener ninguna conexión con los problemas relativamente poco complicados con los que había tenido que enfrentarse, pero él pareció leer en su mente.

—Usted siente su desgracia de una manera, pero las causas están fuera del alcance de su comprensión. Verá. Se peleará usted conmigo porque le mostraré su verdadero yo. Chillará, odiará, llorará, deseará, se rendirá y ganará. Tendrá una experiencia total y, por primera vez en su vida, se sentirá viva. Nada ni nadie impedirá que usted alcance esa meta, y, menos que nadie, usted misma. No le dejaré que se impida usted alcanzar la salud. Forzaré

a la neurosis a que salga de usted.

Estiró el brazo hasta el estante que tenía detrás y cogió una manguera larga con boquilla de plástico.

—Señorita Schneider —dijo—, tiene usted el honor de ser la primera paciente en probar el tratamiento más revolucionario en la historia de la psicología: La Terapia por Enema.

La mujer sollozó abiertamente. No podía creer que hubiera dejado las cosas ir tan lejos, que no se hubiera detenido al ver la habitación, o cuando la enfermera la ató a la mesa.

—No quiero —gritó al doctor.

—Por supuesto que no —dijo con picardía mientras unía la manguera a la espita de la pared—. Al menos, superficialmente, no quiere. Pero su parte más profunda, la que en un primer momento la llevó a buscar ayuda, está clamando por esa ayuda, y la tendrá.

Puso la boquilla a la altura de la mesa. Le untó con los dedos un poco de vaselina que cogió de un frasco que estaba en el estante y la aplicó delicadamente en el ano de la mujer.

—No —se quejó ella, ya casi completamente fuera de control.

—Ya verá, ya verá —canturreó él.

Colocó la boquilla entre las nalgas apretadas y empujó suavemente hasta meterla por completo en el cuerpo de la mujer, quien trató de zafarse, pero no pudo. Los muslos se le hincharon, tensos. El doctor dio un paso atrás y miró su maniobra.

—No importa lo que suceda —dijo—, sólo recuerde una cosa: esto no puede hacerle a usted daño físico alguno. Su peor enemigo está bien atado a la mesa. Es posible que se sienta enloquecer durante un rato, pero es la única manera de alcanzar la verdadera salud. No puede haber reconstitución sin regresión, ése es mi lema.

Estiró el brazo a sus espaldas y, tomándose unos segundos para apreciar la importancia histórica del momento, abrió la espita y el chorro de agua comenzó a manar en el culo de la señorita Schneider.

Durante casi veinte minutos estuvo llenándose. Cuando el fluido caliente entró en su cuerpo, comenzó a aullar. Una y otra vez llegó a un punto en que pensó que ya no podía recibir más líquido y rogó al doctor que parara, pero él permanecía inconmovible.

—Está todo bien calculado —dijo.

El dolor la envolvía en ondas y daba paso a un tipo especial de

placer, una suerte de hormigueante liberación. Trató de echar el cuerpo hacia atrás para quitarse la boquilla, pero no pudo moverse ni un centímetro. El médico tuvo una erección mientras la observaba agitarse sin cesar, el coño lascivamente palpitante sobre la boquilla fálica, pero mantuvo la disciplina profesional; la rígida polla pasaba inadvertida bajo el pesado impermeable.

Mantuvo una estoica compostura. Incluso cuando la mujer pareció hallarse al borde del colapso, a punto de desmayarse o directamente de morirse, nunca perdió él la confianza necesaria en su tratamiento. Ella parecía una película que fuera exhibida por un proyector furioso, el cuerpo amenazaba con estallar mientras producía miles y miles de recuerdos, sentimientos y pensamientos reprimidos y bloqueados en sus células musculares y cerebrales. Era como si un análisis de siete años pasara a la velocidad del sonido y con total abreacción. Su esqueleto se sacudió como un avión de prueba en un túnel de viento. Llegó a un estado de tan completa expansión energética que se le pusieron los pelos de punta, levantados unos sesenta centímetros del cuero cabelludo.

Finalmente, él cerró el grifo. El agua había comenzado a desbordar alrededor de la boquilla y supo que la mujer estaba a tope. Cuando la mujer sintió que el chorro de agua se detenía, tuvo un momento de alivio, pero con asombrosa suavidad él quitó la boquilla, la colgó de un soporte y, con tanta limpieza como si se tratara de una botella de vino, puso en el culo de la paciente un tapón de corcho.

—¡Oh, Dios mió! —se lamentó ella.

—Nos quedaremos así un ratito —dijo él—. La primera fase ha concluido, y usted ha sobrevivido al trauma inicial. Ahora comienza el verdadero trabajo, pues ya no será capaz de ocultarse detrás de su delirio y su histeria. En este tratamiento, todas las máscaras de defensa deben ser arrancadas y usted debe enfrentarse a su situación real. Hemos de seguir hasta que sea usted literalmente incapaz de sostener su experiencia, y su mente se haga añicos tratando de racionalizar todo esto. Entonces el inconsciente habrá quedado liberado y los cambios estructurales básicos podrán instalarse en su carácter.

Las cinco horas siguientes fueron caóticas. La mujer se afiebró y luego, abruptamente, tuvo un chispazo de lucidez. Se durmió y soñó

con gran profusión. Balbuceaba en voz alta. Trataba una y otra vez de arrojar el corcho y expeler el fluido, pero todo fue inútil. Por un rato se estremeció con ráfagas de erotismo, y en determinado momento comenzó a menear las caderas y gemir hasta que tuvo un orgasmo.

Ocasionalmente, el doctor agregaba más agua para reemplazar la que había sido absorbida a través del colon. Algunos de los sonidos que se escapaban de su garganta llevaban mezclado el corazón mismo de Satanás, pero el terapeuta se mantuvo inconmovible.

—Tengo que ayudarla a ver claro en todo esto —se dijo a sí mismo. Toda una vida de trabajo culminaba en ese experimento, y no sólo estaba en juego su reputación, sino también la más profunda definición de sí mismo. Odiaba la neurosis de la misma manera que un santo odia el pecado. Su esperanza de salvar al mundo de la destrucción era lo bastante fuerte como para imponer los límites de su mente racional, pero en su interior, un centro más primitivo lo aguijoneaba.

«El enema», pensó, «nuestra única esperanza es el enema.»

Él la observaba en espera de la señal que indicara que el tratamiento había tocado a su fin. No sabía qué forma adoptaría, pero tenía una inquebrantable confianza en que la mujer superaría su enorme angustia y tendría luego una vida llena de libertad. Durante todo el tiempo en que parecía estar inmersa en un sufrimiento insoportable, se estaban produciendo cambios radicales dentro de ella, y lo único que podía hacer el terapeuta era esperar.

Finalmente, una profunda sacudida la recorrió. Había llegado al término de la metamorfosis. El alma había quedado limpia y reducida a su núcleo básico. Estaba absolutamente desnuda. Toda una vida de opresión se había desprendido y flotaba en su interior. Sus tensiones caracteriales se habían disuelto y no había porción de su mente que le fuera ya desconocida.

—Lo he conseguido —susurró el doctor—. He obtenido en unas horas lo que los terapeutas necesitan años para hacer. Está curada. Lo veo.

En ese instante, la mujer lanzó un lamento indistinguible del llanto de un bebé que acaba de nacer.

—Amor —dijo la mujer—, quiero amor.

Los ojos del doctor estaban empañados en lágrimas. La mujer había conectado con el núcleo de su ser y había renacido. El método del doctor quedaba justificado. Respiró profundamente y con un gesto muy amplio quitó el tapón.

Ella evacuó durante una eternidad. El agua salía de su cuerpo chorro tras chorro. La mujer vibraba con la liberación de toda su enfermedad, de toda la mierda literal y metafórica que había estado guardando dentro de sí. El fluido marrón salpicó las paredes y el suelo, chorreó por el impermeable del terapeuta, se escurrió por el desagüe.

—Libre —gritó él—, está usted libre —y volvió a abrir el grifo, está vez para que la manguera dejara caer un chorro sobre el cuerpo de la mujer mientras él le abría cerrojos y le desataba cadenas. La mujer saltó de la mesa, latiendo con el río de vida nueva que la inundaba, con la energía cósmica que volvía a formar parte de su herencia. El doctor bajó la manguera y la mujer quedó de pie ante él, con la cara radiante de felicidad y un aura azul que brillaba alrededor de su cabeza.

—No sé qué decir —dijo ella— todo es… diferente ahora.

—Comprendo —contestó él.

—No entiendo por qué tenía tanto miedo. No sólo sobre la mesa, sino durante toda la vida. Miedo de todos y de todo. ¿Por qué? ¡Incluso tenía miedo de cruzar la calle!

La mujer se vistió y ambos conversaron en el despacho del doctor durante un rato. Cuando se quitó la máscara, resultó ser un hombre de aspecto agradable y apenas algo más de unos cincuenta años.

—Vuelva mañana —dijo él—. Quiero pasarle unos tests psicológicos y registrar su relato de la experiencia. Presentaré esto al mundo.

Cuando la mujer se hubo marchado, mientras se sentaba en silenciosa alegría por su logro, oyó un chillido por la ventana, seguido de un tumulto de voces. Mientras cruzaba valientemente la calle, la mujer había sido atropellada por un autobús y había muerto al instante. Salió corriendo. Cuando llegó junto al cadáver de la mujer, empezó a sentir un pequeño tic en el borde de la boca.

—Todo es más complicado de lo que uno piensa —murmuró mientras volvía a la clínica. Una vez allí se sentó ante su escritorio y

comenzó a garabatear furiosamente en su cuaderno de notas.

Yago de ayer

No podían recordar cómo ni dónde se habían encontrado; suponían que había sido en una fiesta. Pero de pronto se hicieron amigos, y desde el primer momento compartieron una intimidad y una confianza que se hizo más honda que ninguna otra que conocieran, incluidas sus respectivas parejas.

Experimentaban ese raro y precioso regalo de la comunión total. Podían estar horas sentados, con las manos cogidas, hablando o sin cruzar palabra, en la plena sintonía mutua de una comunicación que iba de las palabras al silencio y nuevamente a las palabras sin interrupción del flujo de significación. Inconscientes de sí mismos, a menudo adoptaban posturas clásicas, y era fácil encontrar al uno perdido en los ojos de la otra, los dedos entrelazados, suspirando profundamente.

Albert era un poeta aprisionado en un tedio sin ilusiones. La mujer y dos hijos eran, en relación con su preocupación principal, algo así como una referencia mental secundaria, como una nota a pie de página. Trabajaba para mantener a su familia y simulaba comunicarse, pero, únicamente cuando se quedaba solo, un rayo de luz transformaba en escenario su escritorio y él, con un lápiz de afilada punta que en su mano parecía un halcón en vuelo y a punto de atacar, se encorvaba para protegerse del desafiante fulgor de la cuartilla blanca; sólo entonces se sentía entero.

Hasta que se encontró con Margaret.

—Tú eres para mí tan real como la poesía —le dijo, y ella lloró con la alegría del reconocimiento.

Con los años llegaron a ser un consuelo el uno para el otro en tiempos de crisis y un motivo de regocijo en tiempos de plenitud. Al principio intentaron integrar su singular vínculo en sus respectivos contextos sociales, pero los celos comenzaron a irritar tanto al marido de ella como a la mujer de él, aun cuando, como contacto

sexual, no habían conocido ni siquiera un beso.

—Casi preferiría que te acostaras con ella —le dijo su mujer—. Así dejarías de idealizarla y de imaginarte que es tan diferente de mí.

A Margaret la abandonó su marido, de modo que Albert comenzó a visitarla en su piso con regularidad y a mentir luego a su mujer acerca de dónde había estado.

—Qué raro… —le dijo un día a Margaret—, eres como mi hermana y sin embargo tengo que esconderme para verte.

Al comienzo hablaron principalmente del matrimonio de Margaret, de su sufrimiento. Albert, escuchando, guiando, cuidando de ella, fue un gigantesco sostén. Y, apoyándose en él, Margaret fue capaz de efectuar la difícil transición que va desde conocerse a sí misma sólo a través de su reflejo en otro a tener una sensación de identidad como mujer sola.

Y mientras ocurría esto, naturalmente, ella comenzó a sentir de nuevo la necesidad de un hombre, pero esta vez prometiéndose a sí misma que no se permitiría ser vulnerable, sino que tomaría a modo de complemento lo que un hombre tuviera para ofrecerle y se lo devolvería de la mejor manera que pudiera. Para los aspectos más profundos, tenía a Albert.

Con este ánimo, sus encuentros con hombres comenzaron a adoptar un giro extraño, pues iba descubriendo que estaba sedienta de que la maltrataran. Su marido había sabido ser mental y emocionalmente cruel con ella, y fue en realidad su disgusto consigo misma por haber caído en esa trampa lo que apresuró su separación; pero no podía encontrar la misma clase de castigo con los hombres que eran esencialmente ligues de una noche. Se produjo un cambio, al principio sutil, pero que luego fue acelerándose rápidamente y adoptando formas claramente definidas, hasta que Margaret reconoció en sí misma el vehemente deseo de dolor físico.

No quiso contárselo a Albert por miedo a darle repugnancia, pero una noche ya no pudo contenerse más.

—Me parece que soy una masoquista —dijo.

—Siempre lo has sido —contestó él—. Ya hemos hablado de esto.

—Ahora es diferente —insistió Margaret—. Antes se trataba de

algo pasivo e inconsciente, pero ahora soy una masoquista activa. Lo pido abiertamente.

Contó a Albert lo que había sucedido la noche anterior. Estaba sentada en su casa, tejiendo y escuchando música, cuando una enorme inquietud se apoderó de ella. Le temblaron las piernas y se encontró con que el corazón le palpitaba a toda velocidad. Salió a la callé como una zombi, y se dirigió directamente al bar más cercano. No pasó mucho tiempo antes de que un hombre se sentara junto a ella, un estibador entrecano a mitad de la cuarentena, que parecía haber estado bebiendo sin parar los últimos treinta años. Su mero aspecto horroroso la hizo estremecerse de perverso deseo y, aunque el hombre no era capaz de formular y articular de modo cerebral los matices de la situación, su inteligencia animal comprendió al instante lo que estaba ocurriendo.

La cogió por el brazo y la llevó afuera, en medio de la noche. En ese momento Margaret se estremeció anticipadamente y apenas pudo mantenerse en pie. Recordaría vagamente su errancia por el barrio oscuro y cómo subió medio arrastrada un tramo de escaleras hasta llegar a la habitación de aquel hombre. Éste la arrojó sobre la cama y se puso junto a ella. Por unos instantes fue pura violencia; toda la frustración de su vida se volcó en la mujer que voluntariamente se había entregado para ser usada. La abofeteó, la manoseó, hizo con ella un manojo y la meneó hacia atrás y hacia delante como un saco de harina semivacío. Margaret no recordaba los detalles, tan sólo que sabía que aquel hombre podía matarla y que a ella no le importaba otra cosa que la brutal energía que emanaba de él.

—Eso es lo que recuerdo más claramente —dijo a Albert—; que yo sorbía la energía del hombre, y que hubiera hecho cualquier cosa por esa energía, incluso dejarle que me pegara.

—¿Qué pasó después? —preguntó Albert con voz calmada y amable, aspecto sereno y actitud de total compasión y plena aceptación.

—Me arrancó la ropa —continuó Margaret—. Lo que siguió fue sexo salvaje. Tenía una polla como la porra de un policía y la usaba como tal, para golpearme. Él no sabía qué hacer al principio, y siguió sacudiéndome de una docena de maneras diferentes, follándome por la boca, el coño, el culo. Todo el tiempo me pegaba

y me llamaba con los nombres más soeces. Y yo… pues gozaba tanto que me daba miedo. No hacía más que gritar: “Sí, sí, esto es lo que quiero, esto es lo que siempre he querido”. —Margaret hizo una pausa—. Cuando él se corrió, le hundí las uñas más de un centímetro en la piel y ni siquiera lo sintió. Después, ambos estábamos algo turbados y, cuando yo me iba, él dijo: “Haré como si hubiera sido un sueño, porque nunca volverá a sucederme lo mismo, y no quiero empezar a desearlo, porque tú no querrás estar conmigo otra vez. Eres así, lo harás mil veces con hombres diferentes antes de terminar con esto”. Y yo sabía que tenía razón —continuó—. Él estaba tan mudo, tan dulce y tan triste que me excité, me puse de rodillas y le hice una larga y lenta pilonada.

»Y me gustó mucho. Verme en aquel apartamento vulgar chupando la picha de un extraño después de haber sido prácticamente destrozada por él… —Miró hacia arriba—. ¿Qué piensas, Albert? ¿Estoy enferma?

Él le acarició el pelo, le sostuvo la cabeza entre las manos y la miró profundamente a los ojos, de expresión acuosa.

—Sólo he tenido un criterio en mi vida —dijo Albert—. Cualquier cosa que pueda considerarse como poesía se justifica por sí misma. Si lo ves como algo horrible, entonces se vuelve horrible. Si puedes cantar su belleza, entonces no es más que belleza. Tu alma es el alma de la poesía. Si recuerdas esto, eres libre de hacer cosas que horrorizarían a los tímidos y a los seres vulgares. —Luego sonrió, y agregó—: Pero nada de esto debiera hacerte olvidar que alguna vez podrías encontrarte con alguien cuyas frustraciones fueran más profundas que las de tu estibador, y bien podrías terminar atada a una cama mientras algún maníaco te tatuara el cuerpo con una navaja. O, lo que es menos dramático, pero más probable, que ese mismo hombre pierda el sentido de la proporción, te aseste un puñetazo en la boca y te haga saltar una docena de dientes. —Albert frunció el entrecejo, encendió un cigarrillo y prosiguió—: Pero el verdadero peligro es más insidioso. El cuerpo se construye una tolerancia para toda suerte de sensaciones, y si coges este camino comenzarás a necesitar comportamientos cada vez más violentos para alcanzar los mismos niveles de estimulación. Es como la heroína o cualquier otra droga.

Margaret tenía la cabeza contra el pecho de Albert y lloraba en

silencio.

—Eres una persona tan encantadora y un amigo tan, tan querido… —dijo—. Te ocupas tanto de mí, y sin embargo me dejas absoluta libertad. Tú nunca censuras ni acusas.

—¿Cómo podría ser de otra manera? —replicó Albert.

Las posibilidades más extravagantes no llegaron a ocurrir, pero la última, sí. Margaret no cayó en manos de un loco ni recibió ninguna herida o daño serio, pero entró en una escalada de actividad sadomasoquista. Lo mismo que muchos otros en este endiablado juego, aprendió el valor de la coreografía y la pericia. Llegó a preferir a un hombre que supiera usar un látigo con discreción y habilidad a alguien que, presa de la cólera, golpeara a ciegas.

Con el tiempo se introdujo en gran cantidad de círculos formales e informales compuestos por gente que compartía gustos similares. Fue iniciada en formas más delicadas de tortura, incluso el hábil uso de la cera caliente, la colocación adecuada de agujas, la barra colgante y las pinzas de pezones. En una ocasión pasó un fin de semana como esclava de toda una casa, objeto de uso y abuso por parte de casi veinte hombres y mujeres durante tres días. Y, en progresión lógica, desarrolló un gusto por lo que, en ese mundillo, se llamaba juegos de agua.

—Es extraordinario, Albert —dijo—. Allí estaba yo, con las manos atadas a la espalda, follada por tres hombres al mismo tiempo, arrodillada ante un cuarto. Éste me decía que abriera la boca y yo pensé que quería que le chupara la picha. Pero cuando la recibí, no estaba dura. Yo tenía la parte superior de la cara cubierta por una máscara de cuero, de modo que no sabía qué sucedía. Luego, esa increíble sensación, un chorro de líquido caliente en la lengua. Todavía no sabía qué era, y el gusto me conmovió. Un gusto fantástico, picante, dulce, amargo y salado, todo a la vez. Entonces lo supe. ¡Estaba meando en mi boca! Y eso me enloqueció. Me estiré y metí toda la polla dentro y lo dejé que meara en la garganta. Y durante todo el tiempo me temblaban las rodillas y estaba casi en el clímax de la excitación.

Lo miró preguntándose si esa atrocidad lo perturbaría. Contárselo le hacía bien, pues así podía ella vivir sus episodios en otro nivel, pero de tanto en tanto le asaltaba el miedo de perder su

amistad. Sin embargo, él se limitó a asentir con la cabeza y a decir:

—A menos que la persona tenga alguna enfermedad, la orina es perfectamente inocua. No puede hacerte daño. En realidad, probablemente sea más segura que el agua potable de la ciudad.

—¿Has hecho alguna vez algo así? —preguntó Margaret.

—Me temo que mis gustos sexuales han sido asfixiantemente vulgares —respondió Albert.

Así continuaron durante más de un año. Una noche, él llegó con aspecto abatido. Ella trató de levantarle el ánimo con vino e historias de su actividad de la semana, pero él parecía cada vez más triste. Finalmente, explotó:

—Susan me dejó. Se ha llevado a los niños.

Por primera vez en su larga relación, fue ella quien más escuchó. Y después de largas, largas horas de confesión en que él reveló una debilidad y un sensibilidad para el dolor de las que no había dado ninguna muestra hasta ese momento, a las cuatro de la mañana, agotado, preguntó:

—¿Te importa si me quedo aquí uno o dos días? Todavía no quiero enfrentarme con ese piso vacío.

Los dos días se convirtieron en cuatro, y los cuatro en una semana. Finalmente, se marchó. Era como si no quisiera irse, y, sin embargo, se sentía extremadamente incómodo si se quedaba por más tiempo. El corazón de Margaret se fue con él. Después de tantos años, ella tenía una oportunidad de ayudarle, de proporcionar alivio a su mal.

Pero no la llamó durante varias semanas, y ella no pudo contactar telefónicamente con él. Por último, fue a su piso y lo encontró borracho y desaliñado. La casa estaba hecha un desastre. Lo hizo ducharse y afeitarse, limpió la casa y le preparó una comida pantagruélica. Luego se sentó en el sofá y habló. Era la primera vez que lo veía sin su mujer, y la diferencia era notable.

Durante un profundo silencio, ocurrió algo totalmente imprevisto. Él, como tantas otras veces, la cogió contra sí, pero esta vez los brazos la apretaron hasta que Margaret alzó el rostro y se quedó mirando hacia arriba. Entonces los labios de Albert cubrieron los de ella en un beso que transmitía una inequívoca necesidad.

Margaret sintió que algo se fundía muy profundamente en ella. La libertad trascendental que había descubierto en su cuerpo se

mezclaba con el hambre y la sed de su corazón, y en un instante estuvo totalmente rendida ante él, con el fuego de esa mezcla única de deseo físico, necesidad emocional y afinidad intelectual a la que se da el nombre de amor.

Instantáneamente fueron uno solo, y con ausencia total de pensamientos se arrojaron a un acto amoroso total, potenciado por tantos años de espera y de construcción. Y, sí, la forma estaba íntegramente construida, su amistad era absoluta, ella podía entregarse, entregarse furiosamente con el abandono que había sentido en su cuerpo con otros y la plenitud que había sentido en su corazón con Albert. Ahora eran un solo ser, y parecía como si toda la vida hubiese sido una preparación para este momento.

A la mañana siguiente decidieron vivir juntos y se trasladaron a un nuevo barrio, pues deseaban hacer tabla rasa de sus respectivos pasados. Encontraron un piso y tuvieron una gloriosa luna de miel de unas tres semanas. Y sin notar en qué momento ocurría, pasaron a estar mutuamente injertados, de tal modo que, a partir de entonces, no podían ya separarse sin sufrir un terrible desgarramiento y una dolorosa ruptura. En un sentido informal y real, estaban casados.

Una noche se hallaban sentados en el sofá leyendo cuando ella sintió una vibración extraña en la habitación. Levantó la vista de su libro y encontró a Albert observándola, con el rostro ligeramente contraído.

Con espantosa premonición, Margaret preguntó:

—¿Qué ocurre, cariño?

Albert, la voz dura, los ojos estrechos, respondió:

—Sólo pensaba en aquel estibador del que me hablaste.

Por un momento, Margaret no pudo entender de qué le hablaba. Luego cayó en la cuenta. El estibador con el que había estado poco después de que su marido la abandonara.

—Pensaba en todas las cosas que hiciste con él —prosiguió, con voz delgada y febril—; en que le dejaste follarte por el culo, en que le chupaste la polla.

Y con un temor lento, pero que aumentaba de un instante a otro, se percató de que toda la organización mental de Albert se vinculaba con unos celos y una ira lacerantes, una posesividad penetrante e implacable, despiadada y rigurosa. Ella deseó que se

tratara de un estado momentáneo, pero con una mirada comprendió que sólo tenía ante su vista la punta del iceberg. Pues no sólo recordaba él aquella noche, sino que había clasificado en la memoria todos los incidentes que ella le había contado. Él conocía todas las acciones, todos los sentimientos, todos los lamentos que habían sido suyos durante los últimos ocho años. El control de Albert era absoluto.

—Pero fue antes… —comenzó a decir ella.

Lo que sucedía estaba más allá de toda lógica o de toda razón. Una histeria fría y viscosa le oprimió el vientre y el miedo brilló en sus ojos como una rata atrapada en un sótano inundado. Los días de sufrimiento físico habían terminado, y Margaret volvía una vez más a la otra clase de castigo, al asesinato emocional y mental. Su yo independiente empezó a hundirse cuando se encontró a sí misma nuevamente a merced de su propia vulnerabilidad. Sintió un repentino impulso de huir, pero estaba indefensa contra la corriente básica de su condicionamiento.

Su amigo se había convertido en su marido, y quería vengarse.

pequeño ano y lo lubricó ligeramente. Sin un gesto de más, bajó su corpachón hasta el chico y empujó la polla hasta meterla en la raja contraída.

El chico se sintió atravesado por una flecha de dolor. Jadeó para respirar. Pero inmediatamente después del dolor sobrevino una ráfaga de dulce ardor, una sensación de ternura que le llenó los ojos de lágrimas. Gruñendo y bufando, el camionero folló al muchacho durante un largo rato, colocándolo en una docena de posiciones diferentes, maniobrando con facilidad el cuerpecito, utilizando sus brazos vigorosos para disponer las flacas extremidades en las posturas más abiertas, y luego estallando con todo el poder y fuerza posibles.

Cuando el chico caía de hinojos sobre el brazo del sofá con las nalgas levantadas y las piernas suspendidas, el camionero, agachado detrás de él, a medias elevado sobre los dedos de los pies, los talones presionados contra un aparador para hacer palanca, se corrió. Cuando el orgasmo lo sacudió con furia, el hombre penetró despiadadamente en los intestinos del muchacho y lo levantó unos quince centímetros en el aire.

No mucho después de eso, Carl abandonó su casa. Ya había comenzado a comprender que el mundo semiconsciente del hogar y la escuela era una fachada restrictiva y artificial impuesta a las cosas verdaderas de la vida. Estaba desarrollando una sabiduría que trascendía los métodos de conocimiento convencional y ya no pudo seguir simulando que poseía la ingenuidad y la inmadurez que se esperaban de su edad.

Se marchó a San Francisco, donde descubrió los baños. Debido a su juventud, a su buen aspecto y a su inquebrantable voluntad de complacer, pronto se convirtió en uno de los preferidos de un círculo de homosexuales. Una noche fue descubierto por un millonario, un hombre hastiado que le ofreció alojarlo con otros hombres que vivían en el harén que había construido en sus intentos de estimular su saciado apetito. Carl aceptó y al cabo de poco tiempo se convirtió en una superestrella.

Pero nada de esto pareció alterar su básica humildad y su desenfadado deseo de proporcionar placer sexual a los demás. A los diecisiete años era un virtuoso en el arte del comportamiento sexual pasivo, y tenía una gran habilidad en todos los matices de la

entrega. Su patrón se sintió cada vez más orgulloso, y luego, celoso de su pupilo, le prohibió que tuviera contacto con nadie, salvo con él.

Poco después dejó la casa, y mientras iba por una autopista aceptó viajar con un motociclista de aspecto brutal, quien lo llevó a su campamento, donde varias docenas de motociclistas holgazaneaban en gruñona laxitud. El muchacho les fue arrojado como se arroja la carne a los leones en un zoológico, y durante varios días sirvió como un esclavo a todos sus caprichos, satisfaciendo la ruda necesidad de estimulación de todos ellos.

El cuarto día, tras haber sido follado por doce hombres uno detrás de otro, se hallaba echado sobre un montón de sacos de dormir. Allí fue iniciado en la forma a la que inconscientemente había tendido durante toda la vida. El jefe de la banda, arrodillado detrás de él, puso el puño cerrado entre las nalgas de Cari. El muchacho jadeó y luego se relajó, mientras la enorme mano cerrada presionaba vigorosamente contra el ano. Lentamente se abrió paso y penetró en la caliente abertura. El universo parecía estallar en la cabeza de Carl a medida que el hombre que tenía detrás empujaba y metía toda la mano, la muñeca, y luego el antebrazo hasta el codo. A esta altura se detuvo y, con un movimiento deliberado, flexionó todo el brazo, llenando por completo el canal pulsátil con su dura y abultada musculatura.

Carl sonrió, embelesado. Tras una década de servicio, sentía por fin que alguien le procuraba satisfacción.

Continuó pasando de una aventura a otra hasta que una mañana se sintió envuelto por una cierta aura de misterio. Caminaba por la calle y, al mirar las caras de la gente con la que se cruzaba, vio que estaban todos dormidos. Se dio cuenta de que, a través de su peculiar metamorfosis, se había convertido en un ser humano notablemente superior. Gracias a haber vivido en el reino del exceso, en el que los demás tenían demasiado miedo para aventurarse, había alcanzado una profundidad de conciencia que lo apartaba del rebaño de la humanidad.

No era una persona intrínsecamente cerebral y, dado que su educación formal había acabado temprano, no acertó a expresar con precisión esa intuición. Pero mientras el brillante sol occidental chispeaba en sus ojos, estalló en su cerebro algo así como una

revelación religiosa. Si es verdad que una persona que domina una cosa cualquiera ha dominado la vida en su totalidad, él era un hombre plenamente realizado, pues se había convertido en un emperador de la perversión.

A partir de entonces, se paseó por el país como un fantasma. Los hombres lo encontraban y contaban a sus amigos que habían tenido una aparición de sorprendente belleza, que te chupaba la polla y se dejaba follar y daba un placer mucho más profundo que el mero placer sexual; que, en última instancia, apaciguaba el alma. Y si se le preguntaba qué quería a cambio, decía simplemente: «Fóllame con el puño, por favor», y entraba en trance mientras la mano cerrada penetraba más y más en sus entrañas.

Hay una foto de él, la única de que disponemos, en la cual se lo ve suspendido de una viga de madera. Se halla sobre dos hombres, cada uno de los cuales tiene un brazo enterrado hasta el codo en su culo. Los ojos del muchacho están cerrados, de modo que es imposible decir qué piensa. El rostro se halla en reposo y su cuerpo en un estado de completo relajamiento. Un monje budista exclamó cierta vez, al mirar la escena: «Ése es un hombre que ha alcanzado el Nirvana».

Lo encontraron muerto, a los veinticuatro años de edad, envuelto en un colchón en un barranco de las afueras de Los Ángeles. Nadie supo nunca su nombre ni de dónde había venido, de modo que fue enterrado en una fosa común. Su vida fue una total y desinteresada entrega de sí mismo a los demás, y nunca se supo que hubiera querido algo para él, salvo ese feliz estado de éxtasis que alcanzaba cada vez que era amorosamente follado con el puño.

Algunos de los miembros de la iglesia de homosexuales de Troy Perry iniciaron un movimiento autorizado para que se lo proclamara su primer santo.

El reino del orgasmo

La austera libertad que descubrió en la masturbación le apagó por completo el deseo de relacionarse con otros. Se sentía libre dentro de una extraña prisión, una prisión en la que le era dado hacer, decir o sentir lo que quisiera en cualquier momento en que el impulso la asaltara, pero con una condición: estar sola.

El que durante toda la vida adulta se fuera inclinando hacia ese estado es algo que sólo puede comprenderse retrospectivamente. En la década siguiente a la pérdida de la virginidad, lo que ocurrió cuando tenía diecisiete años, había pasado por un período de tal promiscuidad que parecía que jamás conseguiría gente suficiente para satisfacer su necesidad. Le era imposible recordar cuántos hombres, mujeres, niños, animales y consoladores había tenido en su interior, cuántos litros de esperma había tragado, qué acciones perversas no había intentado o explorado.

Entonces, una noche, mientras se retorcía sobre una alfombra ante un fuego crepitante, su cuerpo convertido en un mar hirviente de sombras rojas, sus dedos arañándose el coño, tras horas de ser follada, fustigada, meada, obligada a humillarse, vibró en su interior una delicada cuerda y abrió los ojos para preguntarse por qué había gastado tanta energía en lo que de pronto le parecía un melodrama absurdo. Con despiadada honestidad despojó a la verdad de las apariencias que la camuflaban, y se formuló la única pregunta válida en el terreno del erotismo: *¿por qué involucrar a los demás?*

Se aisló para pensar la respuesta y llegó a una conclusión asombrosa: «Los demás proveen tan sólo energía adicional para incrementar el alcance y la intensidad del orgasmo», razonó, «o bien uniéndose al coito mismo, o bien observando, o bien suministrando estimulaciones necesarias en momentos cruciales en forma de bofetadas, caricias o palabras». También se percató de otras

funciones, como proporcionar compañía, apoyo o enseñanza, pero las descartó por pertenecer a personas que todavía no han alcanzado ningún grado de autonomía personal.

«El orgasmo es la experiencia privada más esencialmente íntima», continuó, «y la noción de que debemos compartirla con otros es la corrupción final de lo que queda de civilización. Únicamente se debería follar para tener hijos. Todo lo demás es mero capricho.»

Consecuentemente, se encerró. Se hacía llevar la comida, se hizo retirar el teléfono y se dedicó a explorar un dominio en que muchos entran con sentimientos de culpa y de derrota, pero en el que ella ingresó con una sensación de triunfo y de culminación.

Preparó una habitación para el ritual, selló la ventana, pintó de negro toda la superficie y sacó todos los muebles salvo un colchón que cubrió con una sábana de satén. Una vez que se cerraba la puerta, no había luz ni sonido que pudieran alcanzarla. Se lanzó de inmediato al espacio interior, el dominio propio de la contemplación.

Como consecuencia inmediata de su decisión, una inmensa paz cayó sobre ella. El primer elemento que descartó fue la necesidad de actuar. De golpe comprendió con toda claridad que casi toda su conducta iba dirigida inconscientemente a cierto público real o introyectado; que, lejos de ser libre, había sido una actriz cautiva obligada a representar una multitud de papeles para sus padres, sus amantes, sus amigos, sus enemigos e incluso para los extraños de la calle. De golpe, toda su actitud cambió y se sintió inundada de un profundo relajamiento. Ya sin ningún interés por lo que los demás, incluida ella misma, pensaran de ella, se cortó el cordón umbilical que la había unido al decoro, aun cuando chillara en desenfrenada liberación mientras corría desnuda por un cuarto lleno de hombres. Comprendió que aquellas acciones, que le habían parecido de la mayor desinhibición, no eran nada más que la prueba estridente de su inhibición. Sola, se había vuelto verdaderamente salvaje, y en ese salvajismo había encontrado una calma profunda.

Y cuando se entregó a la masturbación, se le abrieron unas perspectivas insondables. No constreñida al compromiso de tener que acomodarse a las expectativas de nadie más, floreció en la plenitud de su ser. Descubrió una conexión entre su clítoris y su

tercer ojo. Mientras se frotaba incesantemente el extremo de aquel instrumento inferior de puro placer erótico, se desplegaba el mundo de la realidad psíquica. Pudo percibir entonces el pasado y el futuro mirando con gran profundidad el presente. Después de un tiempo fue capaz de trascender el tiempo relativo e internarse en el sentido de lo eterno. Una vez gritó de terror cuando, desde una región cuya existencia no había podido imaginar, accedió a la última realidad, la verdad única que abarcaba todas las imágenes parciales. El Tiempo Absoluto la cogió entre sus mandíbulas y rió cuando ella bailó al borde mismo de sus relucientes colmillos.

Recuperó la memoria. Salieron a la superficie escenas y sentimientos de la infancia, por tanto tiempo sepultados, y por primera vez en su existencia fue capaz de ver la vida como un único gesto, una tela tejida con un sólo propósito. El cuerpo encontró sus expresiones más significativas. Cuando revivía la energía del cono, la espina dorsal se sacudía, la cabeza giraba de un lado a otro, la lengua lamía el aire, las piernas temblaban y pateaban, las nalgas perdían la tensión. Tres, cuatro, cinco espasmos le sacudieron el cuerpo entero, pero en vez de tener un cuerpo pesado sobre el suyo, o una mano importuna explorándola, experimentaba la bendición de la ligereza y la soledad; se incorporó y danzó alegremente, tristemente, hermosamente, todo para sí misma, en negro alquitrán, gozando de que nadie pudiera ver, o hubiera visto jamás, la persona real en que se estaba convirtiendo.

Destruyó todos los espejos del piso, de modo que no pudiera distraerse con su propia imagen; había llegado a considerar la percepción como un impedimento para la visión. Se estaba transformando en alguien más allá de todos los criterios humanos, en una criatura de belleza feroz y enmarañada. Perdió su buena apariencia convencional y se hizo sublime, al modo en que un árbol retorcido por el azote del viento y del aire salado adquiere un aspecto terrible en los acantilados que caen en picado sobre el océano.

Ocasionalmente, esa porción de su mente que había sido socialmente condicionada se despertó para condenarla o atormentarla. «Te estás volviendo loca», le decía, «ya no tienes amigos, ni familia; no sales nunca, ni nunca ves a nadie. Esto no es natural, es patológico.» Y cuando ella aplastó al superego con un

desdén nacido de la soledad, éste cambió de táctica y utilizó el arma final del arsenal de quienes son capaces de arrebatar de su realidad personal a cualquiera.

«Has perdido la capacidad de amar», dijo, «eres egoísta, no te interesas por el prójimo.»

No pasó mucho tiempo antes de que comprendiera que el pensamiento era el verdadero enemigo, lo que la separaba de sí misma. Durante sus estancias en la habitación negra, tras un largo, larguísimo período de no hacer nada, simplemente estar, para pasar luego, gradualmente, a la conciencia de su propio cuerpo, recomenzó el exquisito ritual de la masturbación. Sin el obstáculo de las exigencias de los demás, se elevó una y otra vez a las alturas del éxtasis sexual que sólo unos pocos conocen, precisamente los pocos que han tenido el valor de admitir que el sexo es hermano de la muerte y que, por tanto, sólo se puede conocer en soledad. Los orgasmos que experimentó sobrepasaron las mezquinas sacudidas que dan quienes aún necesitan soporte para el placer, del mismo modo en que el vuelo de las águilas trasciende los espásticos aleteos de los gorriones. Y, tras volver de las cumbres, lo primero que arrojaba un balde de agua fría sobre su espíritu era siempre el lenguaje, la limitación del pensamiento.

En su diario se lee lo siguiente:

«El espacio al que llamo mi *yo* era claro. No había en mí escisión ni confusión. Era una entidad única, una cosa. Distinta de todo lo que me rodeaba y sin embargo parte de todo ello, carecía por completo de identidad. Realmente no sabía cómo explicarlo, pues la experiencia era más honda que el lenguaje. No sé cuánto tiempo duró aquello, pues el tiempo carecía de interés.

»Luego, algo se despertó. Sentí como si estuviera perdiendo un precioso equilibrio, un equilibrio vital. Y, al hilo de esta sensación, aparecieron las palabras.

»Fluyeron en mi mente como los anuncios atados a los dirigibles que surcan los cielos en las tardes de verano. Observé, y por unos segundos sólo eran un fenómeno más, el latido de mi corazón indiferenciado del curso de mi sangre, de los ritmos de mi respiración. Las palabras no tenían un peso especial. No eran más que un aspecto del todo.

»Pero entonces comenzó a producirse una extraña y horrible

transformación, y las palabras empezaron a hacerse más fuertes, de tono más alto. Era como si no se contentaran con ser parte de mi ser y exigieran dominarme. Me sentí fastidiada y concentré la atención para averiguar qué querían. Y en ese instante de centro cambiante advertí que mi "yo" había vuelto. Se presentaba de pronto una plataforma de observación a cierta distancia del proceso observado.

»Como una persona atrapada en la red de una sofocante pesadilla, luché. Pero mientras yo luchaba las palabras se multiplicaban. Se volcaban en mi conciencia desde mil fuentes, resonando, crepitando, suspirando, gritando. Ristras de oraciones se entrecruzaban y formaban dibujos fantásticos que constituían el material de las imágenes.

»Y a partir de ese torbellino, esa concentración de energía de explosiva verborrea, nacieron escenas, rostros de criaturas reales e imaginarias, habitantes de la memoria y deseos que representaban intrincados dramas en los que yo era invariablemente una heroína o una víctima. Me vi arrastrada a una vorágine de abstracción, y llevada entre jadeos al mundo simbólico, el fantasmagórico reino de los conceptos.

»Otra vez estaba pensando».

Cuando se aproximó a un estado de inteligencia en bruto —una muda sensibilidad hacia el hecho de la existencia—, cayó de ella la racionalización como la piel muerta cae de una serpiente en época de muda. Emergió purificada de toda la incrustada capa de cultura que se le había adherido al alma desde el primer momento en que se convirtiera en semilla que crecía en el vientre de la madre.

El día en que cumplió treinta años, había logrado una autonomía insaciable. Cuando se encerró en su habitación para masturbarse, se sentía tan llena de sí misma que parecía no haber fuerza exterior que pudiera afectarla jamás. Pero cuando se inclinó para cubrirse el coño con la mano, el espacio que la rodeaba se tiñó lentamente de una luz dorada.

Contempló el fenómeno con mudo asombro. Frente al colchón, un débil resplandor tomó la forma de una cortina de agujas de plata y finalmente hizo su aparición un hombre alto y delgado de piel verde y pelo largo y rizado, ojos rojos que perforaban los de ella, la suculenta picha pulsando suavemente. Su sorpresa fue total. No se excitó, sino que continuó echada donde estaba, las piernas abiertas,

los pechos colgantes sobre el tórax, la boca húmeda y abierta, los dedos ensanchando la grieta entre los muslos.

—Muy bonito —dijo el hombre.

Ella pestañeó.

—¿Quién eres? —preguntó. Eran las primeras palabras que dirigía a alguien en casi tres años.

Él sonrió.

—Me han llamado de muchas maneras, no todas precisamente amables. Se me ha conocido como Zeus, como Jehová, como Baal, como Thor. Soy el que soy, y esas cosas, y he asumido mil formas. Pero hoy en día la mayoría de la gente me designa con el nombre de DIOS.

—¿Dios? —susurró ella—. Yo pensaba que no había Dios.

—Mucha gente ha negado mi existencia —dijo en tono burlón—, incluso en mi propia cara. Forma parte de la perversidad general de los seres humanos.

—Pero ¿qué haces tú aquí?

—Me has atraído —respondió él—. Como tu especie cae cada vez más en el conformismo y la mediocridad, cada vez tengo menos ocasiones de visitar la Tierra. En realidad, vengo tan poco que corre el rumor de que he muerto. En otros tiempos acostumbraba a estar mucho aquí. Era la época en que había en el globo gente fabulosa. Y tú eres la primera que en mucho tiempo consigue ese tipo de cualidad fabulosa.

—Pero ¿qué interés puedes tener en mí? —dijo ella, que, tras aprender a descartar la compañía de la gente por ser algo trivial, se sorprendió de que Dios buscara semejantes cosas.

—¿Qué interés? El de follar contigo —contestó Dios y rió con profunda y tronante voz de barítono—. ¿Qué otro, si no?

Ella se incorporó y se apoyó sobre un codo.

—¿Follar lo que tú mismo has creado? Eso no tiene sentido.

—¡Oh, yo no he creado nada! —dijo Dios, al tiempo que se agachaba hasta el suelo y se sentaba en el borde del colchón—. Simplemente estoy aquí, como el resto de vosotros. La única diferencia es que vosotros nacéis y morís, mientras que yo soy inmortal. —Se rascó la cabeza y agregó—: Es verdaderamente muy extraño. Me explicaré: yo me desperté sencillamente un día y me encontré con que era Dios. No podía recordar qué había pasado

antes de que yo naciera, no sabía de dónde venía y sin embargo sí sabía que sería así para siempre. He visto aparecer y desaparecer universos, nacer y morir mundos. Tengo una edad que está más allá de tu comprensión, y sin embargo estoy siempre fresco, siempre nuevo. Soy la síntesis de todas las contradicciones. Yo… —Volvió a sonreír y se interrumpió—. Pero —prosiguió luego— tú has oído sobradamente cómo me describen vuestros profetas y vuestros poetas. No hace falta que te lo repita.

Ella se sentó.

—Pero, si todo eso es verdad, ¿por qué quieres algo tan limitado como es follar?

Él se inclinó hacia adelante y le acarició un pecho.

—Bueno, para mí todo es limitado. Para asumirme tengo que escoger entre limitaciones. Y en la perspectiva desde la que veo las cosas, una limitación no es diferente de otra. Por ejemplo, ahora mismo vengo de contemplar la explosión de una galaxia entera, un acontecimiento que se ha estado preparando durante setenta y nueve cuatrillones de años. Ocupó un espacio que tu mente no podría siquiera comenzar a abarcar. Y eso fue interesante. Pero luego me pregunté qué hacer a continuación y pensé: «Hace bastante tiempo que no voy a la Tierra; podría ir a ver si hay por allí en estos días alguien con quien valga la pena follar». Examiné el planeta y, a primera vista, quedé desilusionado. No vi nada más que una plétora de sensualistas tan superficiales que la polla se me marchitó. ¿Por qué? Porque los sexos propiamente dichos están a punto de la total alienación recíproca. Pero por unos segundos miré a mi alrededor y entonces te vi. Y aquí estoy. Aunque, en cierto modo, puesto que estoy en todas partes, he estado aquí todo el tiempo.

—¿Y me deseas *a mí?* —preguntó ella, comenzando a impresionarse con la enormidad del personaje que tenía delante. Se puso una mano en el pelo y agregó—: Debo de tener un aspecto horrible.

Él rió otra vez.

—Tu lapsus de vanidad es encantador —dijo—, pero no hubiera venido si tú no hubieras trascendido los criterios vulgares para juzgar las cosas. No me intereso por nadie hasta que esa persona, hombre o mujer, haya superado la ilusión de los niveles de grupo y

se haya abierto, con duro esfuerzo, un sendero propio a través de todas las tediosas variaciones del acto sexual público, incluso aquellas cuya realización requiere fantasía. Quiero un alma que haya luchado para traspasar los límites del entendimiento común y pueda apreciar lo único. —Bajó la cabeza y miró entre los muslos de la mujer—. Cuando folies conmigo podrás experimentar todo lo que sientes cuando estás sola, todo. Y yo te infundiré ese estado con un poder tan inmenso como jamás hubieras podido soñar con tus débiles facultades humanas. Con tu mente puedes aprehender la estructura del universo; con la mía, puedes ver en el corazón del vacío del que surge toda existencia.

—¿Y qué obtienes de eso? —preguntó ella.

—Un culo —dijo Dios—. Mis gustos son simples.

Ella se apretó las rodillas contra el pecho y se abrazó las piernas.

—No estoy segura de querer —le dijo—, aun cuando seas Dios. He trabajado mucho para llegar adonde ahora estoy. ¿Por qué habría de follar contigo? Estoy feliz con las dimensiones que ya conozco.

Él frunció los labios y respondió:

—Puedo compensarte muy bien.

—Veamos, ¿qué clase de follador puedes ser tú? Tienes la forma de un hombre. Y eso que llevas entre las piernas no es más que una polla.

—No pretendo tener ninguna habilidad especial —replicó—. Pero puedo ofrecerte algo más.

—¿Quieres decir que deseas *pagarme?*

—Puedo ofrecerte el Cielo.

—¡El Cielo! ¿Quieres decir que también hay realmente un Cielo?

—¡Oh, nada parecido a lo que te han enseñado en la catequesis! Es un poco más elegante que eso. Se asemeja más a un club privado, para mis amigos especiales. —Ella lo miró con suspicacia y cambió de posición—. En verdad tienes un bonito culo —agregó él, y continuó, con un brusco cambio de tono—. En fin, sea cual fuere el Dios que me ha hecho Dios, parece haber definido claramente mis poderes. No puedo crear nada nuevo, pero puedo cambiar la naturaleza de lo que ya existe; puedo hacer cosas con lo que ya está aquí. —Aguardó un largo rato en silencio y luego, en un susurro, dijo—: Puedo hacerte *inmortal.*

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Inmortal? —repitió—. ¿Quieres decir… vivir… para siempre?

—Así es —respondió él con expresión jactanciosa. Se encorvó y habló con rapidez—. La verdad es que la Tierra es el único sitio de toda la creación donde se folla. Siendo así, aunque no se trata de la actividad más espectacular, su rareza le otorga un cierto valor. He garantizado la merced de la vida eterna a varios millares de individuos en vuestra historia, y, si tú aceptas mi ofrecimiento, te llevaré a un planeta que compartirás con ellos. Una vez allí, podrás gozar de la compañía de los mayores folladores que en el mundo han sido, o bien de toda la privacidad que desees. Y cuando yo me encuentre por allí, una vez cada varios millones de años, te haré una visita.

—De modo que me convertiré en tu amante.

—Llámalo como quieras —dijo; la miró a los ojos, sostuvo la mirada de la mujer y prosiguió con voz fría—. La alternativa, si te niegas, es agotar tus días de vida y acabar, como todos los demás, en la tumba. —Esta última palabra hizo correr escalofríos por la columna vertebral de la mujer, y él terminó—: ¿Qué pierdes con decir que sí, y qué puedes ganar diciendo que no?

Ella aguardó un momento y respondió:

—Mi integridad. Una puta es una puta, aun cuando sea puta de Dios. —Dejó escapar una profunda exhalación de los pulmones y agregó—: Es lo mismo que la escena del árbol en el paraíso. ¿Dónde está Satán?

Dios rió:

—¿No lo sabes? También yo soy Satán. Esta vez no me he molestado en separar los papeles.

—¿Es el único juego que conoces? —dijo ella, ligeramente disgustada.

—Para la humanidad, es el único juego disponible —respondió él—. Si eres fiel a ti misma, te negarás a follar, y morirás para siempre. Pero si te vendes, obtendrás el paraíso como recompensa.

Ella volvió a echarse de espaldas. Todo su ser estaba lleno de la perspectiva de lograr el único sueño que había obsesionado a la especie desde que tuvo por primera vez conciencia de la muerte: la esperanza de la inmortalidad. Lo sopesó nuevamente en comparación con todos los valores terrestres que había llegado a

estimar. Las manos de Dios le acariciaban las espinillas mientras ella reflexionaba sobre el problema. Y, sin darse plenamente cuenta de lo que sucedía, se hundió en una laxitud que era el preludio de la capitulación.

La mente de la mujer nadaba ociosamente en sus propios pensamientos. La sencilla expresión «para siempre» sonó como un gong en su psique. Y finalmente, sucumbió. La tentación fue demasiado fuerte, la oferta demasiado compulsiva.

—Está bien —dijo—, tú ganas. —Abrió los muslos y el estómago se le hinchó con una inspiración profunda—. Puedes follarme —le dijo.

Dios se adelantó hasta hallarse entre las piernas de la mujer. El coño húmedo lo miraba, las caderas comenzaban a rotar. Pero cuando él se aproximó, ella puso las manos sobre los hombros de él y lo retuvo por un segundo. Lo miró a los ojos.

—Pero no me dejes embarazada —dijo. Y luego recibió en su seno la inmensa y dura picha de Dios, abriendo así las puertas a la vida eterna.

Una colección de huesos
(Ensayos sobre la experiencia erótica)

Había una vez, en la antigua India, una mujer que se había marchado de la casa de su marido, y que caminaba por un sendero que conducía a la aldea donde vivían sus padres. Vio a un anciano, un sabio, sentado junto al camino, y, atolondrada, le sonrió seductoramente. El hombre la miró y después de ver sus dientes relampagueantes, comprendió que lo que tenía delante era un esqueleto, cuya carne no revestía más importancia que la ropa que viste al cuerpo.

Media hora después pasó por ese mismo sitio el marido. Se detuvo ante el sabio y preguntó: «¿Has visto pasar a una mujer en esa dirección?».

El sabio respondió: «Si lo que pasó por aquí era un hombre o una mujer es algo que ignoro. Pero, en todo caso, sí que una colección de huesos marcha por este camino».

Cuentos budistas

Los verdaderos metafísicos se encuentran entre los libertinos, no en otro sitio.

E. M. Cioran

Nota del autor

Desde que escribí «El manifiesto metasexual», he intentado, en mi propia vida, extirpar los arraigados prejuicios lingüísticos basados en la ausencia de la necesaria distinción entre sexo y metasexo. Esto ha resultado ser extremadamente difícil, y mis simpatías se extienden a aquellos que, después de leer este ensayo, tratan de programar una nueva semántica en sus formas de palabra-pensamiento.

Por un momento acaricié la idea de volver a todos mis escritos anteriores y sustituir por el término «metasexo» los usos inapropiados de «sexo». Pero esto hubiera sido una falsificación de registro que habría oscurecido las líneas maestras del desarrollo de mi evolución erótica, así como una torpeza estilística, de modo que he dejado los textos originales tal como estaban.

Los ensayos pueden parecer contradictorios entre sí, pero esto se debe a que he vivido cada aspecto erótico hasta su conclusión y he expresado esa conclusión en términos bastantes absolutos. Además, las obras muestran más los esfuerzos por formular una idea que la pulida presentación de un concepto establecido. Abrigo la esperanza de que el valor del pensamiento compense sobradamente la crudeza de la expresión.

En las descripciones eróticas de estos ensayos no hay ninguna exageración. La noción de un estado que trasciende la dualidad erótica se funda en la experiencia, no en la especulación.

La *bodhi* es el cuerpo

Tal vez la trampa más común que rodea a la noción de «iluminación» resida en considerarla como un estado divorciado de la experiencia de la vida cotidiana, como si fuera algún tipo de logro metafísico más allá de la existencia terrena. La gente intenta «alcanzarla» de la misma manera en que podría correr tras un autobús.

La iluminación puede definirse simplemente como un estado de conciencia ahistórico al que da forma la matriz histórica en la que surge, sin tener otro significado que la estructura genética del individuo que vive en ese estado. Así, el entendimiento de una persona de hace tres mil años es, a la vez, igual y distinto al de alguien que vive hoy en día.

Sin embargo, hay algo que se ha mantenido constante a través de las edades: el hecho de que la iluminación haya sido casi exclusivamente un juego masculino. A las mujeres, en el mejor de los casos, se las ha considerado irrelevantes y, en el peor, desastrosas, en la búsqueda de la verdad. En épocas menos hipócritas, este juicio fue abiertamente afirmado por los sacerdotes de las principales religiones; hoy, la noción se ha hecho subterránea, pero justamente por ello es aún más perjudicial.

La comprensión de este problema, como casi todas mis visiones más penetrantes, me vino a la mente mientras follaba. No viene a cuento describir lo que ella y yo hicimos, los sentimientos que fluyeron, las pasiones que informaron nuestra conducta. Lo que tiene lugar entre un hombre y una mujer cuando vuelven al origen es mucho más profundo que el lenguaje. Follamos e hicimos el amor; hicimos ambas cosas, pasando de una actividad en que dos individuos actúan el uno sobre el otro, a un movimiento de una sola entidad que no distingue entre sus partes. La noche era una realidad con el aspecto de un sueño, y zumbaba con esa única vibración de

unión en que lo subjetivo y lo objetivo se interpenetran como el azul y el rojo del Yin y el Yang.

El éxtasis violeta de aquellas horas me penetró con toda la significación de una impresión infantil. Cuando yacía en los brazos de la mujer —su cuerpo, una ondulante densidad de ovillos de lana —, los olores, los sonidos y las texturas de nuestra danza conjuraron un reino de conciencia en el que las cadenas del tiempo se rompían.

Con aparente incongruencia, se presentó entonces en mi conciencia un versículo de un libro antiguo: «Cuando uno esté preparado, aparecerá el maestro».

Yo pasaba por un período durante el cual había estado realizando un cierto tipo de tarea con el empleo del método de Gurdjieff de autoobservación, prestando atención a los aspectos físicos de mi ser: postura, gesto, expresiones faciales, el sonido de mi voz, movimientos. Sin hacer ningún esfuerzo por cambiar en una dirección determinada, me adhería simplemente a la disciplina, y el trabajo había comenzado a dar sus frutos. Empezaba a ver clarificadas muchas facetas de mi existencia, y se abrían puertas a los estados que se consideran más elevados. Las preguntas que me habían estado torturando salieron a plena luz, y los hábitos que me debilitaban cayeron. No hubo decisiones; el proceso de autoobservación hizo evidentes todas las cosas. Cuando tomé conciencia de mí mismo, las obras del universo se dieron a conocer.

Al mismo tiempo, me preguntaba a veces si algún «maestro» haría algún día su aparición para cogerme de la mano y llevarme a reinos de conocimiento vedados a la gente común. Pero hasta que no pasé aquella noche con Julia, no se presentó claramente y en todas sus dimensiones el prejuicio básico que constituye el fundamento mismo de tantas escuelas de iluminación. En el concepto de sabiduría esotérica había algo que me había preocupado durante mucho tiempo: en su continuo apuntar a una condición alejada de la vida cotidiana, la mayor parte de la literatura supuestamente espiritual había relegado a las mujeres a la categoría de estorbo. Aunque no se lo enunciara con tantas palabras, se daba por cierto que ninguna mujer podría nunca ser una maestra, o, si alguna lo era, sería porque actuaba con la capacidad del papel masculino.

Cuando nos tomamos con los brazos, las piernas y los ojos, y me

sentí inundado de una estimulante agudeza mental, comprendí que, en ese preciso momento, ella me estaba dando lecciones sobre la vida más profundas que las que yo hubiera encontrado antes en ningún maestro. Desde el terror a la felicidad, todas las modalidades del ser triunfaron entre nosotros. Ella me proporcionaba el complemento sin el cual todo conocimiento verbal es un vano parloteo. Aunque vagamente había esperado a algún expatriado indio barbudo y ataviado con una túnica, las verdades que tan ávidamente buscaba me presionaban entonces estrechamente en la forma de una boca contra mi boca y de un vórtice de energía que me llamaba al seno del cálido y húmedo centro de su cuerpo. Cantando y sudando la prodigiosa canción del sexo, nos unimos en la plena intimidad de un contacto que era la materialización viva de nuestra realidad primaria de seres humanos.

«Todo esto», pensé, «a través del contacto con una mujer. Todo esto, a través del vehículo del sexo.»

En un sentido importante, mi vida había sido una lucha para entenderme con las mujeres, comenzando, naturalmente, por mi madre. Al hacer tal cosa, estaba —aun sin enunciarlo como tal— definiendo lo que significaba ser un hombre. Había pasado muchos años en las ilimitadas extensiones de la homosexualidad, y a pesar de los tesoros que allí encontrara, veía que aquel estilo de vida, si lo seguía de modo exclusivo, terminaría siendo estéril, al menos para mí. Por sí mismo no producía los jugos que yo necesitaba para sostenerme.

Con las mujeres practiqué una prudente prosmicuidad, y aun cuando he vivido con una mujer durante un cierto tiempo, no pude apreciarla como otra cosa que como un incidente secundario en mi vida. Estaba infectado por la idea de que algún día encontraría un maestro, un hombre, que me mostraría el camino. Me llevó muchos años de trabajo y la ayuda de una terapeuta darme cuenta de que *el hombre que buscaba era yo mismo.*

Lo mismo que muchos otros individuos de mi generación, exploré el armario del pensamiento oriental en busca de respuestas y encontré el mismo espectro de que disponía en Occidente, aunque recubierto con otra terminología. Iba desde la sabiduría popular a las oscuras mistificaciones y, eventualmente, como en el budismo ch’an, a una verdad penetrante. Pero, por grande que fuera el valor

de estos aforismos e instrucciones, ninguna de aquellos cientos y miles de palabras me ayudó a llenar el auténtico vacío de mi psique. La mayor ayuda que recibí del este fue la seguridad de que yo no era el único que se enfrentaba a los espinosos problemas de la vida intentando contactar con la vibración de la conciencia universal. El gran daño fue la perpetuación de la noción de que la iluminación es un estado que excluye, o ignora, la relación continuada con mujeres.

El siguiente relato ejemplifica esta actitud tal vez en su aspecto más suave. Un maestro zen y su discípulo, paseando, llegaron a un río en cuya orilla había una mujer que no quería mojarse la ropa al cruzarlo. El maestro la tomó en sus brazos y la cruzó. Él y el discípulo siguieron andando varios kilómetros, hasta que, finalmente, este último estalló:

—Es contrario a todas nuestras enseñanzas tener algo que ver con mujeres, y sin embargo la has levantado en tus brazos.

El maestro resopló y respondió.

—Yo la dejé en la otra orilla del río, pero tú, por lo que se ve, la has llevado en la mente todo el camino.

Este relato se emplea para señalar el proceso en cuya trampa nos arroja el pensamiento conceptual, y como tal es un relato saludable. Uno se siente demasiado inclinado a admirar al viejo monje por su mayor «humanidad». Pero se plantean diversos interrogantes, tales como: ¿qué clase de enseñanza es esa que trata a las mujeres como a una especie de leprosas psíquicas que hay que evitar a toda costa?, y ¿qué clase de sociedad es esa en la cual una mujer llega a verse a sí misma tan inepta y frágil que no puede cruzar un río por sí misma?

Aquí entramos en una cuestión más engañosa: la de saber si hay en la naturaleza de la mujer algo intrínsecamente pernicioso para la paz espiritual de un hombre. Dios sabe que todo hombre que ha mantenido relaciones con una mujer, y ha tenido problemas con ella, se ha sentido tentado de poner fin a su compañía para siempre y encerrarse en un convento como alternativa viable. Pero si el precio de la paz espiritual es que la mitad de la especie quede excluida de toda comunicación social significativa, entonces debemos poner en duda todo el llamado estado superior de conciencia al que sólo puede accederse en estas condiciones.

Dejando a un lado la opinión de los nihilistas sexuales, según la cual los hombres y las mujeres son intrínseca y mutuamente perjudiciales para su respectivo bienestar, la causa de la división entre macho y hembra debe buscarse en las actitudes condicionadas con que se encara el problema. Por supuesto, hay momentos en que el hombre debe estar solo, y momentos en que debe estar en compañía exclusiva de otros hombres. Pero es patológico llevar ese cíclico proceso psicológico al nivel de una condición permanente y plausible, y luego reforzarla con argumentos ideológicos.

En Occidente, comenzando por la misoginia paulina, la voz oficial del cristianismo consideraba a las mujeres como algo apenas superior a los esclavos, y el sexo con que tientan a los hombres como la obra más astuta del diablo. Para compensar esto, la Iglesia elevó a María a la condición de supervirgen e hizo de ella algo igualmente irreal. Los papas han bendecido ejércitos con agua bendita y los han enviado alegremente al matadero, para luego promulgar leyes que condenan las caricias eróticas de los adolescentes. No sé por qué esperaba yo algo mejor de Oriente. La estupidez no es propiedad exclusiva de ningún hemisferio, nación o credo. En esta zona, lo mismo que en cualquier muestra de una parte de la humanidad, son también unos pocos los que han alcanzado la totalidad, y el resto avanza a trancas y barrancas en diferentes fases de sonambulismo y utilizan racionalizaciones más o menos satisfactorias para ocultar sus miedos básicos.

Los hombres iluminados pueden escoger, cada uno por razones propias, alejarse de la compañía de mujeres. En nuestro tiempo, me viene a la mente Thomas Merton. Otros, criaturas igualmente realizadas, tal vez no. Alan Watts es un ejemplo. Cuando la solución particular de un hombre vigoroso se convierte en regla de vida para otros es cuando se produce el daño. Conocí a una mujer que era capaz de una liberación orgásmica total. No tenía ningún problema respecto al sofisma de si los orgasmos eran clitóricos o vaginales. Cuando se corría, se corría por entero, desde los dedos de los pies hasta el cerebro, agitándose, estallando, fundiéndose, ardiendo, llegando a la plenitud del clímax. Comenzó a estudiar con un maestro de hatha yoga, un hombre dulce que había fundado un instituto y había atraído el interés de varios millares de jóvenes americanos privados de derechos de ciudadanía. Era indiscutible su

dominio de la *asana,* y sincero su deseo de ayudar a la humanidad. Sin embargo, insinuaba una atmósfera de tan etérea espiritualidad que sus discípulos consideraron que renunciar al sexo era señal de progreso hacia alguna meta mística. La mujer, posiblemente cegada por el espeso incienso que inundaba el instituto, perdió de vista el hecho de que el yoga es primordialmente un método para la conservación del vigor corporal, la claridad mental y la capacidad de amar del corazón. Ella rechazó el sexo y comenzó a invertir cada vez más tiempo en un estado, semejante al trance, que identificaba como la calma cósmica. Medio año después se hallaba extremadamente desanimada y, a pesar de la regularidad de sus hábitos de reciente formación, había dejado caer el *élan vital,* la chispa de vitalidad que es el signo de la persona sexualmente despierta. Con la negación del poder revivificador del orgasmo, su cuerpo ya no vibraba de energía. Perdió el gusto por la vida y se convirtió en una autómata.

Con esto no me propongo denunciar al yoga, sino la imposición de una pobre visión del mundo a un conjunto de ejercicios. Tampoco el celibato es necesariamente algo malo. Hay circunstancias en las que el celibato es el orden natural de las cosas. Por ejemplo, una persona que pierde al compañero o la compañera, puede no estar en condiciones de follar durante un tiempo prolongado. Esto es mera biopsicología. O una persona puede hastiarse debido al exceso de estimulación y sentir la necesidad de pasar un cierto tiempo en barbecho. Una persona puede también llegar a un punto en el que el sexo deje de operar a través de los canales genitales. Y, naturalmente, con la edad y la sabiduría, o con la sola sabiduría, puede darse un gradual refinamiento de los usos de la energía sexual.

Todos son procesos orgánicos. Sin embargo, afirmar que dejar de follar le acercará a uno a Dios o a la iluminación es, sin sombra de duda, la defensa patológica de una persona con la sexualidad enferma y que tiende a la más grandiosa racionalización para defender tal perversión.

Yo volví a mi propia experiencia para encontrar qué era lo verdadero para mí. Yo sabía que follar, con una mujer a la que se quiere y fundirse en el orgasmo dentro de ella encierra en sí todo lo que la vida tiene de hermoso. En realidad, descubrí que, a menos

que todo el resto de mi vida estuviera en orden, no me hallaría en libertad de vivir tal experiencia. El orgasmo es *el* proceso de exaltación de la vida. Desde esta función fisiológica de descarga de tensión y tonificación del organismo, hasta su función biológica de mejorar la calidad de los hijos que nazcan y su función espiritual de ponerle a uno en contacto con formas superiores de energía, contiene todas las claves que cualquiera pudiera desear. El sexo es una actividad completa que reúne todos los fragmentos en una totalidad, que opera como la comunicación más sutil e inmediata entre un ser humano y otro. Actúa con toda contundencia para afirmar el pulso de la vida; en sus contracciones y expansiones, *es* el pulso mismo de la vida. Y me preguntaba: ¿cómo es posible que alguien pueda considerarlo como otra cosa que un factor decisivo en los intentos de una persona por vivir plenamente?

No me llevó mucho tiempo comprender que tal actitud surge de la falta de entendimiento de los maestros y los llamados hombres sagrados con las mujeres. Análogamente, tampoco han logrado elaborar su miedo, su confusión, su renuncia, su necesidad, su deseo, su secreta adoración a las mujeres. Con un cambio que marcó nuestra historia, separaron los sexos en su nuevo contexto e hicieron de su iluminación un territorio exclusivo para los hombres, de la misma manera en que la Iglesia Católica ha decretado que ninguna mujer es lo bastante digna para sostener en sus dedos la hostia consagrada. Las mujeres que trataron de violentar las puertas terminaron siendo grotescas, como santa Teresa, con sus ardientes visiones de ángeles que le atravesaban los intestinos con lanzas encendidas, y Madame Blavatski, quien pudo pensar, maldecir y manejar su entorno mejor que cualquier hombre, y tuvo fama teosófica por encima de las cabezas de los hombres que ardían en deseos de sentir en sus nalgas metafísicas el látigo psíquico de aquélla. Pero esas mujeres sólo pusieron de relieve lo que animaba las enseñanzas sagradas, la única sentencia que tal vez nunca se pronunció, pero que yace en el corazón mismo de todos los grandes sistemas religiosos, a saber: que de las mujeres no se puede aprender nada verdaderamente útil con vistas a la iluminación, y que todo contacto sexual con las mujeres constituye, en el mejor de los casos, una distracción del proceso de búsqueda de la verdad.

Aunque jamás se enfrentó directamente al problema, fue

Wilhelm Reich quien, de entre los hombres, penetró con mayor vigor en esta obcecación. Tal vez no sea justo evocar a este hombre complejo y trágicamente heroico con unas pocas palabras. Lo único que honestamente puedo hacer aquí es instar a leer su libro. Este autor observó que cuando la energía vital que fluye en nosotros se bloquea, se distorsiona o se «acoraza» como consecuencia de haberse educado en una civilización determinada, la liberación orgásmica total resulta imposible. Por lo que sé, es el único que ha diferenciado entre mera eyaculación para el varón, o estimulación clitórica/vaginal para la mujer, y el pleno ímpetu del orgasmo completo. En una situación de impotencia orgásmica, la persona exhibirá uno de estos estados caracterológicos: fascismo o misticismo. O bien habrá un debilitamiento del sentido de sí mismo, en el que la persona pierda toda conciencia de límite; o bien se producirá un endurecimiento, en el que la rigidez de los límites se convierta en el aspecto central de su estilo de vida. No hace falta demasiada sofisticación para advertir que éstas son en realidad las modalidades dominantes de la vida social en el mundo actual. Los gobernantes y las instituciones oficiales son casi totalmente fascistas en su mecánico interés en imponer el orden conformista a todos los seres humanos, mientras las masas erran tambaleantes en un oscurantismo tan sólo aliviado por vagos anhelos místicos y por su esperanza de salvación por encima de todo.

Extrapolando esta visión al tema que nos ocupa, basta con señalar que lo que se ha negado a las mujeres es el reconocimiento de que son maestras de la vida *en sus cuerpos.* Muy pocas de las mujeres que he conocido tenían esta conciencia de su propia eficacia biológica. La enfermedad de la humanidad ha sido otorgar excesiva importancia al pensamiento discursivo, en detrimento de los procesos vitales en sentido amplio. A las mujeres, quienes instintivamente comprenden las graves limitaciones del pensamiento conceptual, no sólo se las ha relegado a segundo plano, sino que se las ha forzado a negar su percepción inmediata de la verdadera jerarquía de valores. Cuando una mujer dice con tristeza y en tono de reproche: «Sólo me quieres por mi cuerpo, ¿no es cierto?», ni ella ni el hombre al que se dirige suelen tener la más remota sospecha de la profundidad de la intuición que esta pregunta contiene.

Pues lo que el hombre quiere es *sentir su propio cuerpo,* y con tropismo prácticamente automático se acerca a una mujer para sentir su palpable realidad en el abrazo a una persona, la mujer, que está plenamente viva interiormente. Las mujeres que han alcanzado esta conciencia constituyen el corazón mismo de la fase actual de la perpetua lucha de las mujeres por la liberación. Pero estas mismas mujeres se niegan luego a servir de nodrizas psicofísicas, a ponerse a disposición de los hombres que aún se permiten ser transmutados en robots.

Lo que los hombres necesitan ahora mismo, más que ninguna otra cosa, es capacidad para conectar con sus propios sentimientos. Y los únicos hombres que, como grupo autoidentificado, están en libertad para sentir son los homosexuales. Hay un argumento muy poderoso a favor de la idea de que la homosexualidad debería ser la forma sexual general del futuro, y las uniones heterosexuales la minoría, pero aun cuando así fuera, es improbable que la intransigencia histórica lo permita. La mayoría —los heterosexuales que gobiernan la maquinaria de la civilización— estarán probablemente cada vez más alienados de su sensibilidad animal (los hombres, en proceso de convertirse en autómatas de plástico, y las mujeres penosamente detrás de ellos) y producirán un mundo de gris uniformidad o bien una próxima guerra, que será un inmenso cataclismo.

En este momento de la historia, conocerse a sí mismo como cuerpo es más importante que leer las palabras de todos los sabios que en el mundo han sido. El juego de la iluminación, tal como se juega clásicamente, ha degenerado en una masturbación patética, sólo apta para hombres que aún buscan a su padre perdido y temen aceptar la sexualidad de su madre. Es una ironía que el yoga sea hoy una moda tan superficial, pues su significado es «unir», en el sentido de «unión». Pero la unión más naturalmente a nuestro alcance —el apareamiento en el acto sexual— está perdiendo su función curativa. Negar ese abrazo, o convertirlo en un mero pasatiempo sensual, o incluso basarlo en ideas de conquista, equivale a matar toda verdadera oportunidad de comprender sobre qué trata la vida. Pues si en nuestro tiempo un hombre y una mujer no pueden vivir el sexo sino como símbolo, sobre nosotros se cierne la locura absoluta.

La verdad es ésta: cuando se coge un puñado de tierra, esta suciedad *es* la materia de la existencia. La existencia no es una idea. Es el aire que respiramos, el alimento que comemos, el sol que nos calienta. Sólo las imaginaciones enfermizas de quienes son incapaces de una liberación orgásmica producen fantasías de una realidad distinta de la que estalla y murmura dentro de nosotros mismos y sin nuestra intervención, constantemente, en todos los planos y niveles, sin fin. La realidad se conoce a través de la tremolante conciencia del ahora inmediato que incluye todo lo que ha sido y todo lo que será. Todas las alusiones a cosas que de alguna manera son «otras» —otras dimensiones, otros seres, dioses y diosas— se refieren a manifestaciones que, si tienen alguna existencia, ésta no es independiente de nosotros mismos. Buscar la salvación huyendo a otro estado psíquico es como intentar escapar del océano cambiando de balsa. Todo lo que existe, existe dentro de la matriz de la creación total. La gran maravilla del universo no es que sea lo que es, sino QUE SEA. Las cosas que se presentan a nuestros sentidos, incluyendo el sentido mental, pueden ser bellas o feas, complicadas o sencillas, tremendas o triviales. Y, en la medida en que somos científicos, podemos pasar el tiempo pensando cómo se relacionan las distintas configuraciones energéticas de nuestro cuerpo. Pero el comprometerse así, tratando de negociar un fantasmagórico laberinto psíquico en perjuicio de la capacidad de asombro y a tal punto de distraernos de las preguntas reales, tales como «¿tiene todo el mundo lo suficiente para comer?», es confundir el universo con el yo. Tan enfermizo es ocuparse en buscar la iluminación por ese camino, que acabamos por no ver el brillo de amor en los ojos de una persona que tenemos sólo a uno o dos metros de distancia.

La distinción entre Existencia y Ser está clara. Y en la medida en que nuestros cuerpos no son permanentes, debemos evitar fijarnos a ellos y confundir la manifestación momentánea con la realidad total. Sin embargo, no hay realidad fuera del cuerpo. El cuerpo es la manera en que un aspecto del Ser se conoce a sí mismo a través de la Existencia. Conocer el cuerpo es conocer todo lo que no es posible conocer jamás, así como también lo que nunca podremos conocer.

Todo proceso de ilustración que degrada la realidad del cuerpo a

través del rechazo del sexo es un proceso perverso. Ningún maestro que no advierta y no admita en su enseñanza la naturaleza de las mujeres, en tanto que cuerpos, es un charlatán neurótico. Si Adán y Eva no hubieran encontrado una manera de estar juntos, la especie no habría sobrevivido.

La noción de que las mujeres y el sexo han sido excluidos del área de búsqueda de la verdad puede parecer una exageración, pero téngase en cuenta el prejuicio común que a la mayoría nos impide preguntarnos si Buda continuó follando después de su *satori.* La leyenda quiere que tras su iluminación, la mujer se hizo monja. ¿Y qué pasa con Jesús? ¿Qué gigantesca insensibilidad lleva implícito el supuesto de que no tenía nada que aprender en brazos de María Magdalena? ¿Follaba Meher Baba? ¿Follaba Krishnamurti? Estas preguntas parecen blasfemas. Sin embargo, ¿lo serían si no estuviéramos tan condicionados para creer que la santidad y la sabiduría son incompatibles con la sexualidad, que un hombre iluminado ya no tiene contacto íntimo con el cuerpo de una mujer?

En el acto de follar, una mujer puede dar a un hombre lecciones sobre la vida que éste no puede encontrar en ningún libro ni en la jerga de ninguna secta. Sólo hace falta que sepa leerlas y que ella sea consciente de las mismas. Un hombre que no puede aprender de una mujer —de una mujer desnuda, vibrantemente viva, con toda la pasión de vivir—, ha dejado de ser humano, con independencia de lo elevado de su estatus o de lo desarrollado de su retórica.

Esa noche, con Julia, sentí esa realización con la sensación de una vuelta a mí mismo. Allí, en la polla y en el coño, en el calor y las caricias, en el movimiento y la quietud, en el sonido y en el silencio, en los poderosos momentos en que el varón y la mujer se unen para formar un solo ser, es donde reside la clave de nuestra búsqueda de significado.

Los camiones

Las once de la noche de un viernes a principios de octubre en Greenwich Street. El distrito fabril. Las aceras están desiertas, el aire es espeso, contaminado. Cerca, el río Hudson discurre en túrgidas corrientes, arrastrando su diaria ración de basuras y de desecho industrial hasta la bahía de Nueva York.

Camino rápidamente, la mirada fija hacia delante, listo para saltar a la calzada al primer amago de ataque y correr para salvar la vida. La supervivencia en la ciudad es análoga a la supervivencia en la jungla: la existencia de enemigos naturales es igualmente real. La probabilidad de que alguien que desee mi dinero o mi vida se encuentre al acecho en un zaguán o detrás de un coche no es tan escasa como para poder descuidarse.

Me da rabia no poder dar un pacífico paseo nocturno sin llenarme los pulmones de veneno y sentir la amenaza de la violencia. Maldigo la civilización que me aburre: dos mil años de codicia, fanatismo, fealdad y alienación respecto al fundamento del ser, que terminan por volver a ensuciar el nido propio y convertir la tierra verde en una espantosa exhibición de horrores.

Ante mí veo a un grupo de cinco hombres repantigados contra un coche. Mi pulso se acelera y se pone en marcha la producción refleja de adrenalina. Es sorprendente estar tan condicionado a esperar la violencia que esto es lo primero que pienso en tales circunstancias. Me doy cuenta de que un ataque abierto podría incluso ser bienvenido tras la diaria reiteración de sorda hostilidad que produce el vivir en la pobreza y el hacinamiento, que es la situación cotidiana de todos, salvo de una preciosa minoría de la «ciudad imperio».

Mi cálculo realista es que, cuando pase, me arrojarán apenas algo más que una barrera de duras miradas. Más bien daño psíquico, pero, a medida que me aproximo y me miran, uno de ellos

sonríe. Vacilo, aminoro la velocidad y los miro a los ojos. Su mirada es suave, relajada. No hay asesinato en su corazón, sino una invitación a la ternura.

De inmediato advierto la verdad. Son homosexuales. ¡Estoy salvado!

En ese momento, el aspecto radical del modo de vida gay se presentó íntegramente en mi conciencia por primera vez. Frente a todo el daño que comparten con el resto de la sociedad, que se manifiesta en diversas formas de miedo, confusión y reacción exagerada, en toda mi vida no he presenciado en un homosexual un solo ejemplo de agresión física no provocada. Recordé que, cuando era joven, a un muchacho que no quería pelear se le llamaba marica, y que esa misma perversión de valores, allí donde los violentos son honrados y los pacíficos son objeto de burla, continuó a través de todos los estratos de la sociedad supuestamente adulta.

Me interné en el círculo de hombres tal como lo hubiera hecho un perro, acercándome de modo tentativo, olfateando culos y genitales con las sensibles narices de la psique. Si un perro encuentra a otro perro y se establece un sentido de comunidad, enseguida comienzan a retozar. En caso contrario, se separan sin una sola mirada hacia atrás. En tanto que monos, no estamos demasiado alejados de un programa biológico tan directo, excepto porque nuestra civilización nos ha robado la oportunidad de percibirnos mutuamente de modo tan directo.

Aquí no fue así. Uno de los hombres me preguntó la hora. Yo pedí un cigarrillo. Intercambiamos unas cuantas bromas. Todos miramos abiertamente los cuerpos de los demás. Y repentinamente fui absorbido. Sin habernos cruzado más de una palabra, sin racionalizaciones, me convertí simplemente en parte del círculo, de modo que a continuación fuimos seis hombres perezosamente aparcados en la acera.

Aunque no fue consciente de ello en el momento, el grupo era un vórtice de energía. Los hombres no hacían otra cosa que *estar ahí.* Y al cabo de un rato, sus vibraciones se fundieron hasta formar una laxa corriente por la que cualquiera que pasara podía sentirse fácilmente atraído y agregar su propia energía a la escena. Gozábamos sencillamente del hecho de nuestra existencia y de prestarnos mutuo reconocimiento de presencia. No había ninguna

necesidad de intercambiar nombres, historias personales ni opiniones. La Gestalt encontraba su propio pulso, y ésa era la realidad pertinente. Pues no había adónde ir, nada que hacer, y no teníamos por qué tener una razón para vivir. Estábamos vivos sobre la Tierra, tallábamos la fabulosa cualidad de lo mundano, compartíamos sugerencias de eternidad.

Detrás de nosotros, a unos diez metros, habían aparcado cuatro camiones en un enorme terreno baldío, rodeado, en dos de sus lados, por altos muros de ladrillos, y en el tercero, por puertas metálicas acanaladas que durante el día se abrían a un almacén. Estaba muy oscuro y no pude percibir ningún detalle. Pero de vez en cuando surgiría un hombre de detrás del camión y se alejaría, o alguien pasaría por la calle y se incorporaría, casi como para llenar el hueco que se acababa de crear. Evidentemente, algo estaba sucediendo; me aparté del círculo con tanta facilidad como había entrado en él y fui a mirar.

En el corral de hormigón, que cubría unos doce por cuatro metros y medio, había unos cincuenta hombres. A lo que más se parecía aquella escena era a un pequeño rebaño de novillos. En ningún sitio había señal alguna de movimiento; todo el mundo estaba simplemente de pie. Una vez más, me maravillé de no sentir ninguna aprensión por atravesar aquella oscuridad en una calle peligrosa y en medio de un grupo de hombres extraños.

El meollo estaba en un rincón y la mayoría de los hombres formaban varios círculos concéntricos más o menos laxos en torno a una actividad que yo no podía distinguir. En el interior del amontonamiento de cuerpos, en el centro, había una cierta agitación. Los hombres se dirigían hacia la periferia y volvían hacia el centro, como al azar. Cuatro o cinco hombres se hallaban en el extremo opuesto del terreno, aguardando a que sucediera algo en su entorno.

Me abrí paso a través de la pared de cuerpos hasta que llegué al foco de toda la energía. Allí vi a un hombre bajo, delgado y fuerte, de unos veinticinco años, con pelo negro ensortijado y patillas muy pobladas, arrodillado ante un rubio gigantón con cuerpo de nadador olímpico y cara de miembro de las Juventudes Hitlerianas. El joven dios miraba a la distancia sin pestañear, el rostro parecía una máscara de grave compostura, mientras el hombre que tenía delante

trabajaba febrilmente, chupándole la picha en erección, que metía y sacaba de su boca.

En sí mismo, el sexo no es *sexy*. Una vez que está uno en contacto de piel a piel, una vez que ha tenido lugar el pacto secreto de silenciosa penetración y dos seres están totalmente entregados en la poderosa simplicidad del acto, todos los pensamientos relativos al sexo desaparecen ante la cosa misma. Esa es la condición del sexo, lugar de intensa privacidad, aun cuando se muestre en público. Quedé absorto ante el espectáculo. Explicarlo en términos de exhibicionismo y voyeurismo sería simplificar en exceso el fenómeno al punto de destruir la asombrosa riqueza de armónicos y de sobretonos que se producían. El ambiente en ese instante era tal que me costó respirar. Lo que estaba ocurriendo era algo más fuerte que la pilonada. Se estaban violando tabúes importantes y fuertemente parapetados. Se estaban quebrantando leyes. Lo que la sociedad aborrece con estridencia se estaba perpetrando allí, y la vibración consecuente era volátil.

No había excitación ni ansiedad. Los hombres estaban de pie, muy calmos. Sin embargo, cada uno se centraba hábilmente en el equilibrio anímico. Observaban aquella pilonada, pero sin ninguna lascivia. Por el contrario, el sentido era el de cierto tipo de liberación, un desembarazarse de grillos y esposas. El hecho de que esto ocurriera *en la calle* se imponía a cualquier otra consideración y señalaba los factores que a todos nos impiden las expresiones espontáneas de afecto sexual: nuestras propias inhibiciones condicionadas, censura social y rigor legal.

Desde este punto de vista, lo que estaba sucediendo detrás de los camiones era precisamente un claro fragmento de mecanismo conductual sin liderazgo. Nadie que tenga una inhibición sexual cualquiera comprende que las variables cruciales del sexo, lo mismo que las del viaje, son la compañía y el escenario. Si uno se pone en una situación en la que el deseo puede florecer y convertirse en abierto intercambio, entonces, dada la vibración adecuada entre las partes implicadas, si uno es bendecido por una agitación erótica y encuentra reciprocidad, ha de ser posible entrar directamente en ello.

Ahí, cincuenta hombres se reunían sin ninguna otra razón que la de ver si alguno o todos, de una u otra manera, compartían un

momento de rendición sexual. Y arrostraban los demonios de la represión con la suficiente apertura como para chupar una picha en público. El espíritu de aquel encuentro tenía una exaltación que yo jamás había conocido. Aun cuando es probable que haya sido el único al que le interesaba la política de la cosa en sí misma. Repito que en aquella cripta a cielo abierto había tanta revolución real como en cualquier otra actividad que tuviera lugar entre las fuerzas de la vida sobre la Tierra. Lo que en aquel momento sucedía trascendía la noción de homosexualidad.

El hombre que tenía a mi lado medía un metro ochenta, era negro, redondo y sensual. Era fácil y extremadamente difícil hacer lo que yo tenía ganas de hacer en aquel momento. Pues, dadas todas mis idas y venidas metafísicas, la idea de ponerme de rodillas y satisfacer tan abiertamente mi deseo me hacía vacilar. Comprobé mis respuestas y llegué a la conclusión de que, en caso de haber estado solo con el hombre, no habría titubeado en chuparle la picha que ya comenzaba a abultarle el tejano. Sentí la conocida presión en el pecho, los ligeros tirones en las comisuras. Yo se la había chupado a muchos hombres, en camas, en zaguanes, en baños. No necesitaba saber nada más acerca del acto mismo, ni acerca de mi impulso a realizarlo. Sólo me queda un gusto, como cuando saboreo *croissants* calientes con mantequilla en Sutter's. Es probable que haya conocido todas las variaciones del acto. Entonces, ¿por qué allí? ¿Por qué en ese momento?

Pienso que tanto por mostrarme la cuestión por mí mismo como por hacerlo a modo de una gratificación sensual. No podría estar en paz conmigo mismo si no hacía lo que sentía que tenía el deber de hacer a fin de llevar la situación hasta sus máximas profundidades. Y puesto que había un centenar de ojos observando, comencé el ritual atemporal de arrodillarme lenta y conscientemente, dejando que los maxilares se abrieran, dejando que los labios se llenaran y la lengua se soltara, y aguardando el placer del hombre que tenía ante mí de pie, allí arriba.

Mientras ejecutaba la danza cuyos detalles los escritores homosexuales han conocido y descrito infinidad de veces a lo largo de los siglos, entré en un espacio de ensueño. La pilonada no se reducía a lo mecánico, sino que abarcaba la periferia. Después de todo, tenía un público relativamente amplio y atento; no me

preocupaba que no se me apreciara. Estaba claro que en ese momento era yo el foco de energía, y no necesitaba esforzarme. Se suponía que el hombre cuya polla tenía yo en la boca era dueño de sus decisiones. Si lo que yo hacía dejaba de interesarle, podía retirarse sin mala conciencia por parte de nadie.

En esa verdadera disociación tuvo origen una interesante intuición de mi parte: la de que, en general, la excitación es una afectación, el producto de la energía sexual que choca contra resistencias internas y externas más o menos estéticas, pero siempre negativas. El acto sexual ideal no tiene fricción y, en consecuencia, no tiene calor; es una forma pura y vibrante de la energía. Así, pues, con perfecta sangre fría tracé el derrotero de su orgasmo a través de las facultades táctiles de mis labios, mi lengua y mi boca. Cuando se corrió, mi única sensación fue de placer, y su esperma fue delicioso.

Mi única experiencia homosexual completa en la adolescencia la había tenido con Ralph. Habíamos ido a Randall's Island a jugar a «una vez cada uno», juego en el cual cada uno de nosotros debía montar y mantenerse sobre el otro durante sesenta segundos. Le eché el ojo a Ralph durante una lucha en círculo de los chicos más jóvenes que él dirigía; nosotros teníamos trece años y él dieciséis, y presidía nuestras tonterías con fingido aburrimiento, simulando una atención sólo motivada por la necesidad antropológica. Pero cuando me pidió que fuera a la isla con él en bicicleta, supe que me había escogido como «suyo» y me sentí ruborizado por el halago.

Naturalmente, el código del medio insistía en que yo mantuviera una postura hosca, o en su defecto me considerarían «sospechoso». Es curioso que la sociedad en su conjunto considere pecaminoso el goce honesto de un intercambio absolutamente hermoso entre hombres y que, en su lugar, se instaure un modelo de hipocresía. Sin embargo, tal es la cultura en la que vivimos. De todos nosotros, sólo Joey era valiente, y cuando su madre estaba en el trabajo invitaba al grupo a ponernos de pie alrededor de la cama y a masturbarnos sobre él mientras él se manipulaba y llegaba a un frenético clímax con un grueso palo de escoba. La simple necesidad del coito, prohibida por su cultura, lo forzaba a tan grotescas actitudes. A menudo me pregunto qué habrá sido de él (si hoy lo viera, no lo reconocería) y le rindo tardío homenaje.

Ralph y yo simulamos luchar hasta que resultó completamente

obvio que lo que queríamos era, él, follarme, y yo, que me follara. Entonces nos decidimos a echar por la borda las formalidades que nos exigían el mismo tiempo para ambos participantes en ambas direcciones. Él se acostó de espaldas y yo me puse en cuclillas encima de él, preguntándome si alguien observaba y podía ver que en realidad no estábamos luchando, hasta que me quitó de encima, sacó la polla y derramó el semen en la hierba. Luego —y este cuadro me ha quedado indeleblemente fijado en la memoria— se limpió la punta de la polla contra un árbol, acción que yo encontré, y aún encuentro, absolutamente asombrosa.

Sin hablarnos ni intercambiar mirada alguna, volvimos con muda excitación al poblado y nos dirigimos al sótano donde teníamos la sede de nuestro club. Las vibraciones eran espesas. Hasta ese momento, incluso nuestras indiscreciones habían permanecido dentro de los límites éticos, pero lo que sugería nuestro estado de ánimo nos introdujo en un territorio muy peligroso. Para un tembloroso adolescente nacido y criado en un neofeudalismo italiano, las implicaciones de mi deseo eran inmensas. Lo que estábamos a punto de hacer era *peor que el pecado*, era *asqueroso.*

Sin embargo, el flaco y turbado adolescente que era yo a la sazón no pudo encontrar un motivo en su cuerpo, en su corazón o en su cabeza para rechazar lo que con tanta fuerza le llamaba. Era, en su forma más cruda, la cuestión de la libertad sexual. Ambos éramos demasiado incultos para conocer la palabra homosexual. Nuestro conocimiento del sexo era rudimentario y, en cierto sentido, bastante saludable. La verga entra en el agujero: era todo lo que sabíamos. Y ahora, después de décadas de libertinaje sexual, descubro que, después de todo, hay poco más que eso. La riqueza descansa en la profundidad de la experiencia y en la conciencia del momento, no en floreos fisiológicos.

En el sótano no había nadie más. Mi respiración se hizo chata. Lo que queríamos no era susceptible de justificación por ninguna de las enseñanzas de nuestros sacerdotes, padres y maestros. Si lo hacíamos, tenía que ser un acto totalmente secreto, pues el castigo sería igualmente grave si nos cogían. Y no lo sería porque así lo quisiéramos nosotros, sino porque así se nos daba, un acto de liberación, un impulso a la libertad de expresión.

Murmuramos unas palabras —ni siquiera las recuerdo—, y nos fuimos sin pensarlo a un rincón oscuro en el fondo del sótano, donde se guardaba el carbón. Las ratas corrían en la oscuridad. Podía sentir el poder de mi deseo y la vergüenza que encerraba. Me bajé los pantalones y me agaché, poniendo las manos contra la pared. Hasta el día de hoy recuerdo la textura del yeso húmedo que se desmenuzaba. Cerré los ojos sin saber qué sucedería, qué sentiría. Se me aflojaron las rodillas.

Y luego la presión entre las nalgas. Una sensación de deslizamiento, un calor hormigueante, plenitud. Algo estalló en mi mente y sentí dolor. Si cualquiera de los dos se hubiese sentido más cómodo, habríamos esperado un momento hasta que yo me estirara para acomodarlo y proseguir luego. Pero me contraje, entré en pánico y me salí. Ninguno se movió. Pude sentir su deseo mezclado de turbación. Pasó un momento.

—Quiero follarte otra vez —susurró.

El corazón me dio un vuelco. A menudo, al revivir aquel momento, me imagino girándome y murmurando: «Sí», con los brazos alrededor de Ralph. Pero entonces yo no era capaz, ni por asomo, de actuar con semejante espontaneidad. Su polla volvió a penetrarme y, sin darme casi tiempo a adaptarme a su presencia, Ralph se corrió y la sacó de inmediato.

Más tarde volví a verlo, con el deseo de hacerlo de nuevo, pero él se mostraba distante y de mal humor. Sin duda había experimentado el disgusto que quienes nos hemos criado en el catolicismo asociamos al orgasmo, tras tantos años de prédica acerca de lo pecaminoso y dañino que es el sexo, una afrenta a Dios, y cómo incluso tocarse podía condenarlo a uno al fuego eterno del infierno. Me apartó de un empujón y me dijo que no volviera a molestarlo nunca más. Él era mayor, más grande, más fuerte. Yo me sentía confuso y herido. Durante años, mis fantasías masturbatorias fueron intentos de recuperar ese momento y elevarlo a la fruición.

El hombre que estaba detrás de los camiones me acarició la cabeza con toda la mano, como se hace con un perro amigo; luego se levantó la cremallera y se marchó. Me puse en pie y me encontré con que todas las miradas se habían apartado de mí. O bien era un gesto de enorme delicadeza, o bien un instantáneo y masivo ataque de indiferencia por lo que pudiera hacer después.

Durante el resto del tiempo en que permanecí ahí, unos cinco o diez minutos, no hubo más «sexo». Ocasionalmente, algún hombre se frotó contra otro, alguno fue hacia los genitales de alguien, se produjo alguna caricia. Y yo pensé en el círculo Subud, en el que nadie hace nada hasta que se siente el «espíritu». Sólo que, en este caso, lo que más a menudo se hace es un simple contacto físico, un contacto de hombre a hombre. A esta gente no le interesaba meramente el sexo, sino la libertad de estar en un espacio donde el sexo podía tener lugar al margen del juego social innecesariamente elaborado.

Soy consciente de la opinión que lamenta la tristeza de los hombres que tienen que amontonarse en cuevas de piedra empapadas de orina para tener un breve contacto. Pero probablemente esta perspectiva se ha exagerado hasta el tedio. Ya es hora de ver incluso la más pequeña, la aparentemente más despiadada de las acciones bajo una nueva luz, la luz de los seres humanos que llegarán a tales extremos para mantener *algún contacto*. Hemos alcanzado el estado de represión en esta sociedad, y tenemos miedo de tocar o ser tocados, ahogamos nuestras necesidades y nos asfixiamos en nuestras inhibiciones.

La libertad sexual no es un movimiento político, ni una idea, ni un nuevo modo de vida, ni una organización. Es la sensibilidad, minuto a minuto, de las fluctuaciones del estado sexual. Y cualquier individuo lo bastante humano como para desafiar los tabúes establecidos, las influencias represivas de toda la sociedad, incluso la de los propios amigos, así como el auténtico peligro de la policía, ha de comprender que la desesperación que rodea al sexo se debe a la época en que vivimos, y que no es inherente al acto en sí mismo. Uno se pregunta con cuánta frecuencia habrá que repetir esto hasta que advierte que es posible quedar atrapado en la culpa, a la manera en que un drogadicto llega a gozar de la penetración de la aguja con total independencia de la materia que con ella se inyecta en el brazo.

Volví a la calle con una sensación de gran elevación y solidez. La vibración que dejaba tras de mí tenía toda la energía de un grupo de hombres que entonaran el Om. La naturaleza del pequeño grupo ante el coche no había cambiado, aunque algunos de los individuos eran diferentes. Pensé en la diferencia entre estos hombres y

aquellos cuya rígida hiperheterosexualidad culmina en la miseria de un mundo, y consideré desde una nueva perspectiva el acto de chupar una picha.

Precisamente de rodillas es como oramos.

Bisexualidad, terapia y revolución

Estos pensamientos cristalizaron durante un lapso de cuatro horas de follo-meditación en los baños de St. Mark, sitio que visito una o dos veces por semana en busca de vapor y zambullidas frías, sexo, conversación honesta y una especie de reflexión que difícilmente encuentro en otros ambientes. Prefiero los de St. Mark a los baños más nuevos y de moda, en parte por nostalgia y en parte por su designación histórica como lugar de nacimiento de James Fenimore Cooper, cuyo espíritu puebla la habitación de vapores, pero también porque, como dijo una vez un amigo, tengo «inclinación por lo degradado».

Fui a las ocho de la tarde con una única necesidad: que me follaran. Pocas cosas me interesaban fuera de acostarme boca abajo sobre un catre, abrirme por completo de piernas y brazos con una almohada bajo los muslos, las nalgas levantadas, desnudas y en completa exhibición, y ser penetrado por una cantidad de hombres de uno a veinte, hombres a los que quizá ni siquiera vería la cara. No abandonaría antes de haberme saciado. Pero no era el único hombre con semejante programa en mente. Me duché, fui a mi habitación, me apliqué una generosa cantidad de vaselina en el ano, me arrojé en la cama crujiente y dejé la puerta abierta. Entonces me pregunté si sería una buena noche para sementales.

Unos minutos después entró Lou, uno de los clientes. Cerró la puerta detrás de él y el clima de la habitación cambió de inmediato. Lou es un hombre gordo y afable, próximo a los cincuenta años y chapado a la antigua, uno de esos hombres que llaman «maricas» a los homosexuales, en un tono que no se escucha desde los tiempos de escuela. Pero yo no tengo prejuicios, sobre todo cuando mi interés central es la polla. Además, no hay razón alguna para que los encuentros homosexuales deban prescindir de todos los elementos de perversidad. No estoy completamente seguro de que

los militantes gay, en su papel históricamente necesario de transformar la conciencia de los homosexuales, no hayan insinuado una salutabilidad idealizada en la homofilia mística. En cuanto a mí, todavía tengo un buen diente para cierta clase de depravaciones.

—Voy a violarte —dijo Lou, lanzándose a un monólogo de macho.

Como he descubierto que cuando adopto un papel francamente pasivo vale más dejar que el compañero activo establezca el tono de la relación, me plegué a su fantasía y me imaginé a mí mismo como una niña asaltada por un fornido obrero de la construcción. Sabía bastante acerca de Lou y de ese tipo de mentalidad en general como para darme cuenta de que su placer dependía de una interacción más compleja que la simple violación. Para él era necesario imaginar que al principio yo protestaba y luego, dominado por su brutal masculinidad, me entregaba a mi pesar. Que yo me odiaba por gozar con lo que él me estaba haciendo.

Me ató las muñecas, con una cadena, a la cabecera de metal de la cama y me ligó los pies con unas correas. Durante unos minutos me contempló lleno de satisfacción. Levanté las nalgas y él me pegó una vez, muy fuerte. La sensación de ardor, junto con las imágenes instantáneas que ello provocaba, rebotaron en los corredores de espejos de mi mente y me proporcionaron una rica y deliciosa amalgama de sensaciones. En buena medida, nos habíamos vuelto extraños uno al otro, pues ambos estábamos inmersos en un escenario privado que sólo incidentalmente se complementaba con el del otro.

—Voy a hundirte la polla en el culo —susurró— y a meterte una ampolla en la nariz.

«Bien», pensé.

Si él hubiera dicho estas palabras en un tono meramente fáctico, se las había podido calificar de descriptivas, pero había en su voz un retintín de acusación. Al mismo tiempo indicaba que lo que sucedería un instante después era algo sucio y repugnante, y que yo era un puerco por desearlo. Todo yo me volví una puta, un agujero abierto que imploraba la penetración. Me retorcí sobre las sábanas y puse rígidas las nalgas. Era interesante desempeñar ese papel de perverso. Yo sabía que si mis acciones se igualaban a su fantasía,

me follaría con gran fuerza, y ser follado, recordaréis, era esa noche mi única meta.

No sé cuántos individuos, hombres o mujeres, han experimentado el deseo tan nítida, tan simplemente. Toda la matriz social psicológica dentro de la cual se producía el acto de follar carecía de importancia; lo que me atraía era el acto en sí mismo. Me esforcé en levantar las nalgas todo cuanto pude y me sorprendí al oír que de mis labios se escapaba un gemido de deseo.

Entonces me asaltó la siguiente pregunta: ¿a quién me entrego? Aparentemente, me estaba entregando a él, pero una segunda mirada descubría que en realidad me estaba brindando a mí mismo. Me estaba dando yo mismo a mi propia expresión. El que todo eso apareciera como una imitación de la imagen clásica de una mujer lasciva era bastante pintoresco, pero incidental en términos de significado. En medio de mi reflexión, se montó sobre mí, tras bajarse los pantalones hasta las rodillas y sin preocuparse por quitarse los zapatos y los calcetines. Agregado a los demás elementos, tengo ahora la imagen de un hombre medio desvestido que yacía pesadamente sobre el cuerpo desnudo que tenía debajo. Yo era entonces gloriosamente putón.

Él levantó la pelvis, deslizó la picha entre mis muslos y dirigió la punta a mi ano. Sin advertencia previa, me la clavó con toda rudeza; yo gemí y me tembló todo el cuerpo como si me hubieran empalado en un gancho. No me dio tiempo a relajar el esfínter, sino que comenzó a bombear de inmediato con extremada energía. El placer y el dolor disputaban su habitual batalla, y durante medio minuto, tal vez, aparté la atención de mis sentimientos y volví al análisis de las sensaciones que experimentaba entre las nalgas. Durante ese lapso dejé de ser un ente de pura voluptuosidad en el momento de ser follado, para convertirme en un psicólogo que trabajaba en su laboratorio de placer, registrando impresiones, catalogando, estructurando.

Esto tenía el efecto subsidiario de dejar suficiente espacio a la distracción para que se me relajaran los músculos, y observé que el placer y el dolor perdían todas sus connotaciones y se convertían pura y simplemente en señales conceptuales a lo largo de todo el espectro de sensaciones indiferenciadas. Alcanzado mi objetivo en este terreno de la investigación, dejé de lado mis anotaciones y

volví a una modalidad de apreciación no crítica de lo que estaba sucediendo.

Lo que a Lou le faltaba en sutileza, le sobraba en fuerza. Sentí sus muslos frotándose contra la parte posterior de mis piernas, sus brazos fuertemente apretados alrededor de mi pecho, su picha dura e imperativa embistiendo los tiernos tejidos de mi remedo de coño. Me hundí en un estado ajeno a la mente, que rechazaba todo control, toda responsabilidad, y experimentaba el ocioso goce de la esclavitud voluntaria. No necesitaba hacer nada más que dejar que me usara como una almohada para su cabalgata. Lo único que le preocupaba era que yo actuase como víctima, y eso me daba la libertad para experimentar mis sentimientos en privado. Me pregunté cuántas mujeres pierden tanto tiempo acusando a un hombre de lo que *no* hace, en lugar de aprender a gozar de lo que es realmente capaz de hacer.

Su charla era mortalmente anodina. Una y otra vez repetía:

—Te gusta, ¿no es cierto?

Al comienzo yo oía la bravata, la necesidad que el macho tiene de afirmarse. Pero después de un rato pude detectar el plañidero dejo de inseguridad que zumbaba por debajo. Es un tópico el que en la medida en que una persona fuerza el tono de una escena, en esa misma medida se siente insegura de sí misma respecto de esa escena. Me di cuenta de que la respiración de Lou era poco profunda, de que se mantenía rígido contra mí. Momentáneamente desesperé de estar en brazos de amante tan tieso, pero buceé por debajo para encontrar una pizca de compasión. Muy a menudo, en el pasado, cuando luchaba conmigo mismo en el abrazo de una mujer, me encontré con el desprecio. Y comparé esto con las veces en que una mujer seguía brindándose a pesar de mis miedos y mis torpezas, y cuánto me preocupaba por el simple calor humano implícito en ello.

Al percatarme de que no tenía sentido condenar, empujé hacia atrás las nalgas y las presioné contra él, con lo que la polla me dividió prácticamente en dos y yo descargué el peso de mi carne en aquel insistente palo. Sólo quienes hayan experimentado esa sensación particular sabrán cuán maravillosa es. Meneé las caderas, contraje las nalgas y empujé el ano hacia afuera. Ésta era la segunda parte del guión: la víctima de la violación encuentra su

propio deseo y comienza a responder.

A esa altura destapó la ampolla de nitrato de amil y me la puso en las narices. Comenzaron así los sesenta segundos de zumbido, la ampliación del contacto, el vertiginoso descenso al desamparo sensibilizado.

—¡Oh, follada! ¡Tú, putita! ¡Tú, coño! —dijo y llegó al clímax dentro de mí, con una sacudida de todo su torso en un único espasmo orgásmico. No hubo nada del flujo de sentimientos que se funden en pequeñas ondulaciones, característicos del orgasmo de un hombre relajado. Fue una corrida tímida, una eyaculación solitaria y cargada de culpa. La acepté y luego me hundí en la cama.

Se puso rápidamente de pie, se limpió la picha con el borde de la sábana, se subió los pantalones y me desató. No cambiamos una sola palabra más. Cuando se hubo marchado, me giré boca arriba, palpitante, y reflexioné sobre lo que acababa de suceder en relación con lo que me ocurrió con dos mujeres que habían servido como puntos focales de mi existencia durante el año y medio anterior. La energía que por mí corría había ido primero y ante todo al cerebro.

Maureen tenía veinticuatro años, era extremadamente sensual y poseía una gran agudeza analítica. Podía estar horas acostada y dejándose acariciar y lamer. Su modo de follar tenía dos variantes: superficial, dirigido al orgasmo, y profundo, sin orgasmo. El setenta por ciento de nuestra actividad sexual correspondía al segundo tipo, en el que ella se acostaba de espaldas, apuntaba las piernas al cielo, se cogía los tobillos con las manos y dejaba laxo el coño y me permitía golpear, acariciar, chapalear, sacudir, penetrar y en general hacer todo lo que deseaba con ese órgano abierto. En tales momentos, su experiencia era tan intensa que no pronunciaba un solo sonido. Cuando, por otra parte, quería tener un orgasmo, se acostaba con las piernas muy juntas, los ojos cerrados, la frente arrugada, mientras yo me movía sin cesar, hacia dentro y hacia fuera, con pausas en determinados puntos de control cíclico, variando la altura, el ángulo y la intensidad. Su ascenso al clímax era tan evidente como un gráfico de fiebre, y conservaba el control absoluto sobre su excitación, manteniendo el hilo hasta el último momento, cuando con profundos gemidos y sacudidas, alcanzaba una suerte de convulsión fisiológica. Nunca mezclaba ambas modalidades.

Elaine era su contrapartida. Treinta y cinco años, amablemente cínica, se preocupaba poco por los preliminares y se complacía en ir directamente al acoplamiento de la picha y el coño. Una vez dentro de ella, una corriente nos conectaba, y yo no tenía nada que hacer, salvo seguir sus directivas. Ninguno de nosotros se movía mucho exteriormente; todo el flujo era interno. Podíamos estar casi quietos y sentir que la ola gigantesca se apoderaba de nosotros y sólo teníamos que permanecer sensibles a sus rizos, como los surfistas, para dejar que nos llevara al clímax. Con ella alcancé muchos orgasmos afectivos antes de eyacular y, en general, cuando tal cosa ocurría, ella se había corrido cinco o seis veces. La follada era extrañamente cerebral sin ser intelectual, animal sin ser brutal.

La historia que tuve con ellas pasó por tres fases: primero viví con Elaine, luego con Maureen y después otra vez con Elaine mientras seguía viendo a Maureen. Pensé que esto último sería lo ideal, pero descubrí que mantener ambas relaciones requería una gran energía, sobre todo porque ninguna de ellas quería tener nada que ver con la otra. Maureen pertenecía a un grupo de liberación femenina y se pasaba el tiempo hablando de sus «hermanas» y de la necesidad que las mujeres tienen de ayudarse mutuamente. Pero cuando le pedí que llamara a Elaine, de modo que pudiera cerrarse el circuito del triángulo y aliviarme de la carga de llevar dos vidas distintas, respondió con hostilidad y celos. Yo me sentía desgarrado entre ambas mujeres, cada una de las cuales decía ocuparse de mí, pero ninguna de ellas tenía ningún interés en traducir ese afecto en un esfuerzo para hacer más llevadera la división que sentía en mi interior. Fue, simplemente, otro ejemplo de cómo se involucra la gente en la jerga de las organizaciones políticas, digiere la retórica y, sin embargo, cuando llega la hora de aplicar su ideología a los problemas cotidianos —esto es, después de todo, a la única vida que tenemos—, vuelven a los modelos atávicos. Su intransigencia me forzó a un papel odioso, pues tuve que expresar preferencia y optar.

Entró en mi habitación el siguiente hombre. Era un negro, suave, alto, de ojos luminosos y labios profundos. La picha tenía casi veinte centímetros de largo. Llegó hasta mí de frente y me cubrió la boca con la suya. Yo me abrí a él fácilmente, con la sensación de que su aproximación era una aproximación de ternura. Un hermoso contraste con lo que acababa de suceder. Semejante

claroscuro sólo es posible en los baños. Me complugó comprobar que era capaz de acomodar tan fácilmente una polla tan grande, y me divirtió pensar en que las tácticas de poder de Lou hubieran servido a un fin útil al margen de su valor intrínseco.

—¡Es tan bueno, tan bueno! —dijo mi nuevo amante—. ¡Tienes el chumino tan abierto, tan amplio, esto es tan bueno!

Y de verdad lo era. Me levanté hacia él y estiré las piernas para recibirlo más profundamente. Le dejé que me tuviera totalmente, sin reservas. Incluso cuando empujó la sensible glándula prostática, lo hizo con suavidad, y supe que no quería lastimarme, de modo que pude permitirle incluso esa intimidad, cuyas sensaciones me provocaron un profundo gemido. Froté la nariz contra su garganta y pasé las manos por sus hombros fuertes, por su fina espalda y por sus firmes nalgas. Éste era el coito que había venido a buscar, y me sentí afortunado por encontrarlo tan pronto.

La pregunta que se planteó entonces fue la siguiente: ¿qué motivos tenía yo para dejar mi piso a última hora del día, recorrer el desierto de la Calle 8 y trepar la salobre escalera de los viejos baños de St. Mark para que un extraño me abriera las nalgas con su erección anónima?

Varias respuestas se presentaron en rápida sucesión: ¿estaba resolviendo algún trauma infantil, estaba siguiendo el llamado de la obsesión, estaba ávido de sensaciones, estaba equilibrando el Yin de la vida con una mujer con el Yang suficiente como para no quedar fuera de la perspectiva sexual? Dirigí la atención al foco central del acto: la polla deslizándose hacia dentro y hacia fuera del culo. Aquellos que no han tenido la experiencia de ser follados por el culo sólo dispondrán de palabras para orientarse, y aquellos que sí la han tenido quizá no hayan hecho introspección mientras tal cosa sucedía. En cualquier caso, la dificultad para describir la cosa es inmensa, pues estimula áreas asociativas del cerebro que llevan una ola terriblemente compleja e intensamente personal de recuerdos e intuiciones.

Hay una quemante dulzura (que recuerda los enemas que mi madre acostumbraba a ponerme), una sensación de plenitud (que recuerda la primera vez que me follaron, a los quince años, en un sótano, y cuando su picha me penetró yo no pude respirar), una ternura muy honda dentro de mí (que recuerda las mañanas en que,

acostado en la cama, pensaba en la escena de la película *Tom Sawyer* en que un muchacho salva a otro de morir ahogado y luego ambos se echan sobre un banco, húmedos, exhaustos, cada uno reclinado en los brazos del otro), una sensación de fundirse y de fluir (la abrumadora sensación de alivio cuando, urgido por la diarrea, uno corre al servicio y llega a tiempo para dejar que el fluido marrón caiga en el inodoro).

Mis nalgas anidaban en los huecos de sus muslos, nuestras piernas pateaban y se entrecruzaban y, sobre todo, estaba allí la entrega de mí mismo, el ofrecimiento de mi culo al altar del coito. Las fantasías y las imágenes, con las cuales Lou me había poseído como a una sucia adolescente, me mostraban ahora como una mujer austera en los brazos de su hombre. Me sentí posesivo con mi amante en ese momento, y lo absorbí en mi interior. Era mi cuerpo el que le daba placer, era mi cuerpo el que lo sostenía. Y, a través de él, adquirí una identidad como amante.

Me folló hasta que se corrió, y su orgasmo fue lleno y ondulante, un pulsátil disparo en mi carne, un temblor y un goteo en mis intestinos. Y, cuando terminó, se quedó sobre mí un largo tiempo mientras su respiración volvía a la normalidad. Era un *hombre* sobre mí, y yo era un *hombre.* Y, sin embargo, todo mi sentido de identidad clamaba que yo era una mujer. Compartimos un cigarrillo y la urticante conciencia de que probablemente no volveríamos a encontrarnos, pues había una tácita comprensión de que ninguno de nosotros perseguiría un intento de repetición. En los baños, la condición de fugacidad, a veces tan sutil como el matiz de una acuarela japonesa, impregna todos los encuentros y les instila las sugerencias de la tragedia humana.

Tal vez debí haber abandonado todo y regresar a casa. Sin embargo, no me sorprendió el que, a pesar de haber logrado lo que había ido a buscar, no terminara allí la historia. Ya no *necesitaba* que me follaran; ahora *deseaba* que me follaran. Y eso introdujo un elemento nuevo en mi condición.

Aquel a quien folian por el culo, ¿es sólo él el que quiere más? ¿Hubiera sido más imperiosa una mujer a quien se hubiera follado por el coño, que es el órgano específicamente desarrollado para esa actividad? ¿Cuántas veces había yacido yo en los brazos de una mujer, tras varias horas follando, con la sensación de que todavía se

agitaba debajo de mí, de que los fuegos de su pasión sólo comenzaban a arder cuando yo tenía ya la picha fláccida después de dos o tres eyaculaciones? En general estaban muy condicionadas y sofocaban su frustración, sobre todo debido a mi gran actuación, más allá de toda expectativa racional. No me estoy refiriendo a la satisfacción emocional, sino a la completa conclusión fisiológica, y a un deseo psíquico de mayores éxtasis. ¿Es precisamente en ese momento cuando, por así decirlo, debe producirse el próximo cambio y se debe pasar con ella a la cima siguiente?

Durante la hora siguiente vinieron seis hombres y cada uno me folló de acuerdo con sus méritos. Las experiencias fueron desde lo insignificante a lo profundo. Llegó un momento en que mis perímetros se fundieron y me convertí en pura carne maleable. Durante ese tiempo usé máscaras, tanto en las posturas físicas como en mis actitudes interiores. Y supe que entraba en una honda corriente de energía cuando empecé a sentir ráfagas de líquido frío en la columna vertebral, lo cual era el signo más seguro de que se estaban fundiendo mis tensiones musculares más profundas.

Sin embargo, los tejidos tiernos del ano comenzaron a protestar y, una vez más, el dolor se impuso al placer. Esto desencadenó una nueva serie de imágenes. Ahora era yo la eterna víctima que sufría la gratificación de los otros, un Cristo erótico que se sacrificaba para satisfacer la única necesidad de los hombres hambrientos que pasaban por mi habitación. Entré en el espacio del sagrado degenerado, el reino de Genet, y me había transmutado en la persona cuya mera desintegración y degradación libera la energía que hace falta para levantar a otros. La escena adquirió dimensiones de depravación, como un sandwich sadomasoquista de mantequilla de cacahuete y mermelada, y cada nueva y más dolorosa penetración de polla daba lugar a nociones de santidad. Lo perverso y lo sublime se hallaban en las gargantas de uno y otro, y cuando dejé escapar gruñidos de energía animal, cuando levanté el culo cada vez más alto hasta llegar a ponerme de rodillas para ofrecer el redondo y vulnerable trasero al saqueo de la polla, me sentía tan bendito como cualquier creyente que recibe una hostia consagrada en la lengua. Sólo que en vez del aburrido galimatías de un soñoliento sacerdote, tenía yo la canción de mi propia conciencia para transformar mis deseos carnales en hosannas de oración, mi

carne en espíritu.

Pero aquí se inmiscuyeron las palabras de mi terapeuta. Se trata de una bioenergista de la escuela de Lowen y Pierrakos, aunque su herramienta básica es la sensibilización hacia la condición del otro, a través de las reverberaciones que ella recibe en sí misma. Habíamos estado tratando el tema del dolor, utilizando la observación según la cual yo parecía poseer algún tipo de llave psíquica de contacto que, en elevados niveles de interacción, conduce directamente a la autodestrucción. «Una tendencia a la negatividad», lo llamaba ella, y, una vez bautizada, pude comprobar con gran claridad cómo operaba. El modo de trabajar de ella no implicaba tanto interés en las raíces históricas del drama cuanto en la estructura real inmediata y en su funcionamiento, y no profundizábamos mucho en los acontecimientos que hubieran podido ser causa de mis problemas actuales. Era obvio que el masoquismo podía traducirse en términos psicológicos como una necesidad de ser castigado, una expiación de la culpa, una compulsión de repetición, etcétera. Pero nada de eso me ayudaría a localizar, en mi presente estructura psicofisiológica, la naturaleza y la localización de mi llave. En consecuencia, se dirigió directamente a la musculatura, a la respiración y a los sentimientos.

Mientras el hombre que tenía encima me montaba, yo me preguntaba si podría llegar a saber algo acerca de por qué parecía inclinarme a la zona dolorosa del espectro. Concentré la atención en el dolor que me asaltaba el culo. Me pregunté qué hacía para dañarme. Me descubrí contrayendo el esfínter. ¿Qué pasaría si lo aflojaba? Inmediatamente surgiría la necesidad de cagar. La polla se convirtió en un cagarro. ¿Podría expulsarlo? Empujé. La polla retrocedió. Me relajé. La polla volvió a salir. Fue como cargar un rifle.

De inmediato me sorprendí al descubrir mi patológico temor a dejar que alguien me viera cagar. «¡Ah, Freud!», pensé, «¡aún estás con nosotros!» Toda la cuestión del modo en que, en nuestra cultura, las funciones corporales están divididas en compartimentos estancos me golpeó con toda su fuerza. Y de pronto comprendí que probablemente lo único que unía a todo el espectro político, de derecha a izquierda, era una fobia a las heces, que producía en todos una estrecha retención anal. Yo había redescubierto el más

bajo denominador común de la civilización norteamericana.

Recordé la primera vez en que me follaron: el hombre que tenía debajo en aquella ocasión me había pedido que le cagara en la boca. Me chocó a tal punto que enfermé. Con los años, sin embargo, especialmente desde que llegué a entenderme con mi propia necesidad de que me hicieran tal cosa, comprendí que los coprofílicos, aunque padecen de una autoestima abismalmente baja, tal vez sean las únicas personas con suficiente valor para enfrentarse, con total profundidad, al tabú primitivo que nos une a todos y que, una vez roto, se revela como apenas algo más que una función de comunicación y de curiosidad. Fue uno de los primeros atisbos de la formulación a la que llegué posteriormente: que lo que se llama perversión es el mapa más útil para comprender la verdadera naturaleza del fascismo y *el medio más poderoso para desbloquear su dominio sobre nosotros.*

Creo firmemente, con Reich, que los aspectos militares y políticos del fascismo son la manifestación supraestructural de la rigidez de la formación del carácter de los individuos que viven en un estado fascista, es decir, que lo constituyen. El enemigo está dentro de nuestro cuerpo. Esto no implica negar la brutalidad económica del estado corporativo y los efectos de éste en la perpetuación del crimen que es civilizar a los bebés. Sólo pretendo afirmar que la persona que asalta un banco debe estar en condiciones de comer mierda. Pues, si todo el complejo capitalista/imperialista de industria, militares, educación y gobierno en que consisten nuestros oficiales Estados Unidos de Norteamérica fuera barrido por masas de radicales, a menos que tales radicales se hubieran liberado previamente de su coraza interior, serían absolutamente incapaces de dar nacimiento a ningún tipo de sociedad no represora. Pues también ellos serían reprimidos, y los individuos reprimidos no pueden convivir en libertad.

La vaselina se fundió por el calor de la fricción, las heces salieron del agujero y corrieron por mis nalgas, por mis muslos. La habitación se llenó de un olor agrio. Abrí las piernas, me permití cagar libremente.

—¡Oh, pequeño bebé! —dijo el hombre que tenía encima—. ¡Hazlo, hazlo!

Su picha se irguió como un gran pájaro en riña, arremetiendo

desde todos los ángulos, hundiéndose con facilidad, levantándose suavemente. La pelvis se batió sobre goznes aceitados a medida que la energía recorría al hombre, y yo me instalé en su placer, ya sin temor de lo que pudiera salir de mi cuerpo. Me regodeaba en su alegría. No importaba quién fuese, ni cuáles fueran su nombre y su historia personal. Era un hombre, era un humano, era yo. Lo importante era la elaboración del proceso, no las personalidades implicadas. Me pregunté qué pasaría por su mente, si también él se hallaba al borde de una gran realización, o si su cerebro se había convertido en un centro de signos informales en ebullición.

Un calor profundo y sedante se extendió por mis intestinos, como si me hubieran dado un masaje relajante en el colon. ¿Había dado finalmente el imperativo de follar —me pregunté—, a partir de los intestinos, una orden de la inteligencia orgánica que mi mente condicionada tenía entonces que racionalizar lo mejor que pudiera? Cualquier cosa que pudiera pensar acerca de lo que hacía se reducía a algo completamente insignificante ante el efecto liberador de lo que efectivamente estaba haciendo. Mi cuerpo hablaba, exigía lo que necesitaba.

Esto me devolvió a otros aspectos de la terapia bioenergética en la que me hallaba implicado, una terapia en la que la que se exploraba la función del vómito. A veces bebía vasos de agua caliente salada y me metía un dedo en la garganta hasta vomitar, con la idea de liberar la tensión del estómago y el pecho y volver a las épocas en que se me alimentaba por la fuerza, ya fuera de comida, ya de educación, ya de «amor materno». No iba aquellas noches a los baños con el interés primordial de que me follaran, sino de chupar pichas, y a menudo me las metía en la garganta hasta sentir náuseas, y a veces vomitaba. La picha se convertía en teta y el semen era la leche que chupaba. La ambivalencia era clara en el acto contradictorio de chupar más, y luego devolvía porque tenía demasiado.

No se trata, dicho sea de paso, de un intento de simplificación, sino de una defensa de la comprensión de que el acto sexual, en todas sus formas, tiene muchas capas de motivación. Por ejemplo, únicamente cuando percibí y admití que la polla en mi boca era también un sustituto de la teta que había tenido en mi infancia, pude aceptar verdaderamente la polla como tal. Luego me dije a mí

mismo: «Muy bien, estoy chupando una polla para revivir los días de amamantamiento». Me sentía libre para preguntar: «Siendo así, ¿tengo todavía deseos de chupar una polla o no?». Pues comprender las raíces de un fenómeno no es necesariamente extraerlo de la totalidad de que forma parte. Ésta es la razón por la cual la terapia no «cura» la homosexualidad. Y éste es el error de la falsa afirmación de Janov de que las personas sanas no pueden ser homosexuales. Después de sondear las principales corrientes simbólicas y neuróticas del acto homosexual, y después de que la persona haya logrado una total plenitud, la opción de la homosexualidad se convierte en algo libre y consciente, en lugar de basarse en necesidades insatisfechas.

Chupar una picha, y tomarla por un pecho, un dedo, un tubo urinario, un pulverizador, y al mismo tiempo como el órgano sexual de otro ser humano, aceptar la experiencia en todos sus niveles, es una de las actividades que más verdadero placer estético y sensual provocan. Ser capaz de utilizar el acto como instrumento terapéutico es una dimensión añadida que en general no se tiene en cuenta.

Después de que se marchara el hombre que, de buen grado o no, había sido testigo de la liberación de mis inhibiciones fecales, fui al baño a limpiarme un poco, y descubrí que estaba sangrando. Se me había desgarrado algún tejido, y eso parecía poner fin a toda jodienda por esa noche. Regresé a mi habitación, volví a acostarme boca arriba y comencé a masajearme la picha. Lo hice de tal modo que, en la oscuridad, hubiera parecido una mujer tocándose el coño. He explorado, pero todavía no he entendido, este aspecto de mi comportamiento homosexual. En general, el acto es más satisfactorio cuando trabajo con la fantasía de ser una mujer, aunque cuando me encuentro en una relación más comprometida con un hombre, dejo de lado toda imaginación. En este caso, la imagen es como un microscopio, un mero instrumento con el cual examinar más detenidamente el tema.

Me llevó cierto tiempo distinguir entre el modelo macho/hembra y el modelo activo/pasivo. Con Maureen fui capaz, por primera vez, de ser a la vez pasivo y macho, acostado en total aceptación, mientras ella, en cuclillas encima de mí, montaba el coño sobre mi polla. Antes de eso, cuando follaba con una mujer,

siempre tenía que *hacer* algo, bombear la pelvis o acariciarle los pechos o pensar activamente. Era una delicia dejar todo por cuenta de ella, los ojos cerrados, la respiración regular, así como si estuviera dormitando, mientras ella trabajaba sobre mí hasta el frenesí. El coño se movía en una infinidad de modos, el culo se le zarandeaba, las caderas rotaban. Fue entonces cuando se hicieron claras mis cuatro imágenes funcionales básicas: macho activo, macho pasivo, hembra activa, hembra pasiva.

Así pude estar como una mujer en los baños, estimulándome la polla hasta la erección y emitiendo en todo momento vibraciones del deseo de ser agredido. La combinación parece irresistible. Hay algo en la visión de una mujer-con-una-erección que atrae por docenas a los hombres.

Esa noche comenzaron a entrar mientras yo ponía tiesa la polla, hacía girar la cabeza de un lado a otro, me pasaba la lengua por la boca abierta y pateaba en la cama. Con independencia de cualquier relación con cualquier otro, me sentía transportado con el poder de la expresión. Dejaba caer todos los gestos contenidos de una civilización represora, y me exaltaba permitiendo que mi cuerpo encontrara su propio lenguaje de placer. Me sentía bendecido por multitud de fantásticas revelaciones, extraídas de la mitología de la jungla. Estaba redescubriendo la diferencia entre expresión y comunicación y hallaba la liberación en la comunicación sin trabas, con total despreocupación por quién leyera los mensajes o cómo los interpretara.

Pensé en cómo se manifiesta el fascismo en las posturas y los movimientos de una persona, en cómo nos volvemos rígidos, tiesos, limitados. En cómo nos es negada la felicidad y la profundidad sin límites de la danza. Pasamos casi todas nuestras horas de vigilia yendo y viniendo como robots, confinados a un pobre puñado de expresiones, sobre todo la sonrisa superficial, el desagrado inconsciente y la cara insípida. Las sociedades primitivas, al comprender que esa civilización es intrínsecamente inhibidora, tenían válvulas de escape para las energías reprimidas. En nuestra adolescente Norteamérica, las únicas orgías de que gozamos son los partidos de fútbol y la reunión electrónica para observar cómo fálicos cohetes penetran en el útero de la luna. Razoné que si mi cultura no permitía orgías en la calle, si prohibía que los cuerpos

desnudos gozaran en la noche, yo tendría que celebrar una orgía de un hombre solo, e invitar a todos los que quisieran intervenir como espectadores o como participantes.

Perdí la cuenta de cuántos entraron en mi habitación. Algunos se sentían confusos y no sabían qué hacer consigo mismos en relación a mí. Se iban rápidamente tras unas vagas caricias. Los que veían que yo viajaba por mi cuenta y no me importaba lo que me hicieran, en poco tiempo tenían la polla puesta en mi boca y me dejaban chuparla y lamerla. Yo cogía lo que venía siempre que no interfiriera mi ritmo interior. Formas diferentes, tamaños diferentes, colores diferentes. Muchos llegaban al clímax y una y otra vez el resbaladizo jugo manaba sobre mi lengua, mis labios, mi garganta, hasta que terminaba bañado en esperma.

Con cada uno de ellos —y en un determinado momento dos hombres, arrodillados uno a cada lado, me llenaron la boca con sus respectivas pichas al mismo tiempo— llegaba yo casi al límite de la eyaculación, y dejaba que la energía de mi orgasmo inminente alimentara los movimientos de mi cuerpo y la excitación de mis labios y mi lengua. Cuanto más me acercaba a la eyaculación, más frenéticamente chupaba. Me retorcí las piernas, hice girar el torso. Era el resumen de todas las fantasías pornográficas realizadas.

Y luego comenzaron los sonidos, los balbuceantes sonidos de mi pecho. Al principio parecían gritos de excitación sexual, pero pronto me percaté de que se trataba de gemidos de desesperación, sollozos de tristeza. Eran los lamentos de una persona que llegaba a su fin. Se me ocurrió que estaba a punto de desbloquear un sentimiento que durante mucho tiempo me había ocultado a mí mismo y, cuando examiné mi espacio interior, se me llenaron los ojos de lágrimas y comencé a llorar. La pena me invadió y dejó al descubierto una legión de recuerdos, un ejército de intuiciones. Salieron a la luz porciones de mi yo con las que no había estado en contacto y completaron nuevas estructuras de comprensión. Era una pena contra la cual el dolor constituía una defensa, y vi que la pena era ella misma un deseo de todos los sueños no realizados de una vida entera. Anhelaba la verdad, la belleza y la unión que de niño había conocido instintivamente y que luego el insano condicionamiento de la diabólica civilización en la que hemos nacido apartó sistemática y brutalmente de mí. Todo el proceso de

deshumanización que es la clave del horroroso edificio de nuestro mundo cultivado, esta cultura que ha deificado la máquina y que adora el poder y la codicia, pasando por alto todo lo simple, noble y elegante de la vida. Todo el cuadro brilló con claridad y sollocé por la pérdida de la bondad, mientras la polla latía y expelía sus acres jugos en mi temblorosa boca.

«¿Soy un degenerado», pensé, «o es que tengo el valor de encontrar un modo de expresión allí donde otros simplemente sucumbirían, convirtiéndose en grises autómatas del sistema?»

Formulaba yo la noción de que la esencia de la revolución era precisamente ésta: la conciencia de que la civilización en que vivimos le ha robado a uno su humanidad, y el esfuerzo por abrirse paso, a través del condicionamiento, hacia ciertas plenitudes de expresión, con independencia de la forma que adopte, ya sea luchando en las barricadas, ya sea revolcándose en casas de orgía. Y, por encima de eso, veía que semejante proceso no podía aislarse de la terapia, o, más bien, del ambiente terapéutico que implica la visión y la vivencia de los modos en los que los males de la civilización se erigen en nuestra propia estructura caracterial.

Recordé los encuentros con los grupos llamados revolucionarios, y cómo mi desilusión respecto a ellos se basaba en un solo hecho: el de que todos habían comenzado como un impulso hacia la libertad de expresión y habían terminado como una forma más de conformismo. Y la razón de ello era siempre la misma, a saber: la incapacidad para aceptar que llevamos dentro de nosotros mismos las enfermedades de la cultura. Allí comienza la batalla para subvertir el viejo orden. Y en esta lucha, más tarde o más temprano, arribamos al reino del sexo y nos encontramos cara a cara con las Perversiones. Y ¿quién tiene el valor necesario para atravesar esas puertas en posesión de la inteligencia necesaria para comprender exactamente lo que es y lo que sucede en realidad?

Un último hombre llegó a la habitación, me miró y observó mis contorsiones para averiguar qué clase de persona era yo. Cerró la puerta y quedamos en una situación de intimidad. Me cogió entre sus brazos, me besó y canturreó en mi oído. Sus manos me acariciaron las nalgas y su polla penetró en mi culo sangrante. Me folló durante un tiempo muy largo y yo me pregunté qué significaba todo aquello, por qué, para gozar de este simple abrazo, tenía yo

que llegar al daño físico, la convulsión emocional y mortales acrobacias intelectuales.

Los diversos hilos del dilema se entretejieron en torno a una simple percepción, comenzando por la posibilidad de que, en última instancia, no fuéramos más que herramientas para la masturbación de otro, sea cual fuere la racionalización que empleemos. Recordé las ocasiones en que yacía lamiendo el coño de una mujer y mirándola para verla lamerse los labios y pasarse las manos por los pechos, atenta a sus propias sensaciones. Una mujer se rinde ante la belleza en la medida en que un hombre es lo suficientemente fuerte como para contenerse de tratar de conquistarla. Él debe seguir su propio arco de excitación, ser sensible a las respuestas de ella, y si todo va bien se verá obsequiado por la más exquisita de las experiencias, la inefable apertura de otra alma.

Luego, el hombre y yo conversamos y nos desvelamos algunos detalles de nuestra vida.

—Me llevó muchos años —dije— descubrir por qué dejaba que los hombres me follaran. Por encima de todas las palabras, en concurrencia con el apetito de dolor y de degradación, en el mismo nivel que toda simple combinación y permutación de pensamiento y sentimiento, hay una única verdad: *me gusta*.

Las sombras del frenético canto de Lou acudieron a mi mente. «Te gusta, ¿no es cierto?», era su acusación, reiterada una y otra vez. Y eso, una vez despejada toda la carga simbólica, era tan sencillo como esto. Yo había explorado el sexo a través de sus múltiples esteros, había visto todas sus implicaciones psicodinámicas y políticas y emergía con una única y pequeña comprensión: me gustaba.

¿Es esto algo tan espantoso como para que resulte tan difícil de desvelar? No lo parecía, pero ante la evidencia debo concluir que casi todas las personas y casi todas las cosas con las que me he encontrado en la vida han conspirado para negarme el derecho de gozar con el hecho de que me follaran por el culo. Tal vez, extrapolé, sea lo mismo en el caso de una mujer. ¿No sufre ella el mismo problema cuando es follada por el coño? ¿Tiene una mujer que luchar contra el condicionamiento consciente e inconsciente que la ha formado para que considerara la abertura entre sus piernas como algo irremediablemente sucio?

Salté de las palabras de mi terapeuta a la consecuencia de que nuestra esclavitud está encerrada en nuestros cuerpos y a la percepción de que toda represión histórica ha servido a un único fin: mantener al individuo humano alejado de hacer lo que *le place,* a tal punto de llegar a destruir realmente la capacidad de la gente para experimenta placer. Y, aunque nos hemos familiarizado con las formas evidentes de esta represión, tales como la desigualdad económica, la eliminación racista y el control policial abusivo, a menudo no advertimos que todo eso se construye en la personalidad humana desde el nacimiento, a través de los medios de comunicación de las religiones oficiales, los sistemas educativos, las estructuras gubernamentales y toda la parafernalia de la convención social, empezando por la familia nuclear.

Respiré hondo y aspiré todos los acres olores de la habitación: sudor, esperma, mierda, vaselina, tabaco. Me vino a la mente la obsesión norteamericana por la limpieza, y comprendí que nuestro fascismo nos está minando insidiosamente los sentidos. Los desodorantes, los aerosoles vaginales, los ventiladores y aparatos de aire acondicionado, los jabones amoniacales, todo conspira para destruir la importancia del olfato. El olfato, el sentido que más directamente percibe, debe mantenerse vivo, alerta, o, de lo contrario, el individuo se embota. Para que una persona o un pueblo sean libres, debe tener vibrantes sus sentidos. Destruir los sentidos es destruir la persona. La dictadura primitiva de los nazis era un juego de niños —comprendí—, en comparación con la sofisticada destrucción de la libertad por la industria norteamericana y su complaciente lacayo: Madison Avenue. Los verdaderos medios a través de los cuales percibimos el mundo son ahora mismo blanco de ataques. El fascismo tiene menos que ver con las pistolas que con la automatización.

El hombre se marchó, y me pregunté qué se había conseguido. Otra noche follando, otra tanda de intuiciones, otro despliegue de expresión. ¿Con qué fin? Yo había tenido la experiencia de una libertad momentánea, mi mente había penetrado a través de una nueva capa de mentiras. Pero en la nación y en el mundo entero la oscuridad era cada vez mayor. Lo mismo ha sucedido a lo largo de toda la historia conocida: los señores gobiernan y los esclavos responden. Y ambos están cogidos en las líneas mortales de sus

vidas vacías, en la rigidez de sus cuerpos insensibilizados. La principal diferencia reside en que en Estados Unidos, que ha robado sistemáticamente su riqueza al resto del mundo mientras destruía todo un continente en nombre del progreso, hasta los peones pueden tener automóviles. Empleamos recursos robados para fabricarnos los Chupa-Chups a fin de distraernos de la necesidad de comida real. Nos comprometemos cada vez que, por ejemplo, utilizamos una máquina de escribir para redactar una denuncia del sistema.

La existencia de gobierno, cualquier gobierno, es la prueba de que aquí la gente no es libre. El ser humano libre no busca a los otros para que le den respuestas sobre el significado de la vida ni necesita educación organizada, ni religión jerárquica. Al ser humano libre no se le cobran impuestos ni se le dice cuándo tiene que ir a la guerra. Los seres libres se reúnen para realizar una tarea, para sembrar un campo, para construir una casa, para hacer un hijo, para enfrentar a un enemigo, para compartir las elevadas vibraciones de la comunión. Toda relación que se prolonga una vez cumplido su propósito inicial es el terreno en el que florece el fascismo. Esto lo incluye todo, desde la Iglesia Católica y el Partido Comunista, a grupos radicales vicarios cuya primera realización es la construcción de una subcultura que imita al sistema de la sociedad que pretenden subvertir, a matrimonios que continúan como horribles conchas de un sueño anterior.

Fui nuevamente a las duchas, me lavé, volví a mi habitación y me vestí. Mientras me ponía la ropa, otro hombre me miró. Fue un momento sexualmente atractivo. Yo tenía los pantalones a mitad de pierna, con las nalgas aún en exposición. Era posible tener todavía otra ronda. Y luego fue como si mirara a un corredor sin fin. Podía quedarme allí y dejar que siguieran follándome hasta morir de hambre. ¿Por qué hacer eso? ¿Por qué no? Permanecí indeciso hasta que el hombre se cansó de mi postura estática y se marchó. De momento, habían hecho la elección por mí. Recogí mis efectos personales de la mesa y salí.

Era poco más de medianoche. En la calle, los camellos, los drogadictos, los rufianes, la gente que pasaba, los tenderos, los perros, los niños, las colillas, la basura, presentaban una visión única del estado de nuestra civilización. Estaba en la Edad de Kali,

la más baja en la historia de la especie. También era, recordé, la Era de Acuario, la oportunidad de un renacimiento global. ¿Hacia dónde se inclinaría el fiel de la balanza? ¿Hacia un mayor descenso en la esclavitud y definitiva destrucción, o hacia el despertar individual y el nacimiento de la expresión libre? Mientras volvía a casa miré a la gente que caminaba por la calle, y nadie parecía despierto. Todos estaban encerrados en una prisión privada llamada cuerpo acorazado. No tuve esperanzas de que una cantidad suficiente despertara a tiempo. No pude imaginarme a ninguno de aquellos individuos con capacidad para explorar las raíces de su condición, para llevar a cabo el duro trabajo imprescindible para que una manada de monos orientada a la destrucción se transformara en una comunidad de animales racionales que afirmen la vida.

Fui a casa y bebí whisky hasta que la inconsciencia se apoderó de mi cerebro.

Allende la bisexualidad

1
Lucinda y Gerard

Discurríamos por la antigua coreografía del deseo. No hacíamos nada que no se hubiese hecho en los milenios de historia registrada y en los centenares de milenios sin escritura antes de que nuestra especie comenzara a tomarse lo bastante en serio como para dejar testimonio de su locura. Los cambios de una configuración a la siguiente eran tan orgánicos que no tenía sentido trazar separación alguna entre una y otra posición. Aun moviéndonos como bailarines con los pasos anotados, todas nuestras acciones eran espontáneas.

Yo chupaba la polla de él mientras ella chupaba la mía… Él se metía mi picha en la boca mientras ella tragaba la suya… Ella me lamía la picha mientras él le pasaba la lengua por el coño… Ella recibía entre sus labios nuestras dos pichas al mismo tiempo…

El catálogo es largo y contiene la mayoría de las variantes posibles entre tres personas. El momento de mayor intensidad se produjo cuando él me follaba por detrás mientras yo la follaba de frente. Yo sentía que su coño me apretaba la picha mientras la picha de él se deslizaba entre mis nalgas. La sensación era como la de la culminación de un ácido.

Luego ella habló de la experiencia en términos exaltados y describió la poderosísima excitación de tener dos hombres volcando en ella su energía. Él dijo que había sido el momento más erótico de su vida. Para mí, era el puente sobre una profunda división interior. Ambos elementos de mi ser se fusionaron: madre y padre se unieron en mi conciencia como otrora se habían unido el óvulo y el esperma para crear esa conciencia.

Mi pelvis rotaba y las nalgas se flexionaron en respuesta a su entrada, y el concurrente cierre de circuito de mi polla llevó la

tensión en ascenso de la mujer hasta la iniciación de un orgasmo. Como a continuación yo seguí el ritmo de su tumultuosa erupción, él también alcanzó el clímax. Me vi arrastrado por el vórtice de coparticipación entre los tres, y cuando me corrí, las vibraciones eran las de todos nosotros.

Yo había participado en multitud de coitos de tres personas, pero o bien se trataba de follar a dos mujeres, o yo y otro hombre a una sola mujer, o entre tres hombres. Ésa era la primera vez que lograba una relación completa con un hombre y una mujer al mismo tiempo y por igual. El resultado fue una unión de perspectivas que introducía uno en otro los aspectos contradictorios de mi ser sin el confortante amortiguador de la confusión, y me obligaba a enfrentar la fragmentación del alma.

En el curso de la noche, también estuve solo con cada uno de ellos en diferentes momentos.

Ella y yo charlamos, susurrando, con las manos unidas, las frentes casi en contacto, mientras él iba a otro sitio de la casa para ser él mismo. Poco importaba lo que decíamos, las historias que contábamos. Lo que nos transportaba era la comunicación, la intimidad. Cuando follamos, fue por un suave deslizamiento de las palabras a los hechos, lo cual profundizó el vínculo entre nosotros.

Más tarde, con él, se produjo una intimidad parecida. Descubrí en mí una sensibilidad narcisista, y cuando él estuvo sobre mí, me volví pasivo, suave. No me preocupé casi de otra cosa que de flotar en un ensueño onanista, permitiendo a mi cuerpo descubrir sus propias y arcanas expresiones de entrega. Pudo utilizarme como quiso, por todo el tiempo que le plació permanecer en soledad. Cuando cerré los ojos y me estiré ociosamente, pensé cuán deliciosamente contrastaba eso con otros encuentros míos con hombres, en los que era ferozmente activo, y me ofrecí con la pelvis anhelante y salvajes gritos de necesidad.

Antes del amanecer, cuando los tres dormíamos, perdí todas las distinciones, acostado entre uno y otra. No parecía haber diferencia alguna en nuestros sexos. Yo no era un hombre, ni era tampoco una mujer, sino algo que incluía a uno y otra. Y como cualquier buena Gestalt, era mayor que la suma de mis partes.

2

Robert y Diane

Con la energía producida en la exploración, nos abrimos camino a través del caleidoscopio del Kama Sutra. Los disfraces de nuestras intuiciones y la importancia de nuestras revelaciones sólo eran distintos aspectos de una sola conciencia: la reverberación de una vibración cósmica a través del cuerpo humano.

Él la penetró suavemente por detrás, hinchándose entre sus nalgas, y yo entré en su coño desde delante. Durante un deslumbrante arco temporal pasamos por todos los sentimientos en esa posición. Yo tenía los brazos alrededor de los hombros de él, cuya boca presionaba la mía, mientras ella se contorsionaba entre nosotros, sujeta por nuestras pollas, a la vez tomándonos y entregándose a nosotros.

No seguimos ningún programa y, sin embargo, encontré un camino a través del vasto conjunto de complejos entrelazamientos. Recuerdo con gran vivacidad los labios de ella contra los míos, nuestro beso caliente de pasión, mientras la polla de él palpitaba a modo de una tercera lengua entre las nuestras.

Fui follado otra vez mientras follaba. Ella yacía debajo de mí en posición clásica, con las piernas abiertas formando un ángulo de treinta grados y las rodillas ligeramente levantadas, mientras yo nadaba cómodamente en la cavidad húmeda de su coño. De pronto, él se colocó sobre mí y con un tremendo escalofrío su picha se hundió entre mis nalgas y me penetró la carne. Mientras se movía en la privacidad de mi espacio sensitivo interno salió a la superficie la pregunta básica de la bisexualidad: ¿cómo ser un hombre para la mujer mientras se es una mujer para el hombre, y cómo ser un hombre para la mujer mientras se es un hombre para el hombre, y cómo ser una mujer para la mujer mientras se es una mujer para el hombre, y cómo ser una mujer para la mujer mientras se es un hombre para el hombre?

No podía manejar la multiplicidad de niveles sino por rendición, y en esto los papeles comienzan a separarse. Por el momento cada impulso de su picha se acompañaba de una pulsación de luz en sus ojos. Cada rotación de la pelvis de la mujer y cada suspiro de su pecho encajaban en el silencio de la mente del otro hombre y en la mía, que se interpenetraban y se convertían en una sola conciencia

para sostener la belleza de la mujer que teníamos entre nosotros. Nuestras manos se encontraron y en el temblor de los dedos no pude decir cuál era de él, cuál de ella y cuál mío, cuál era derecho y cuál izquierdo. Como artistas de circo, habíamos saltado de nuestras seguridades y nos encontrábamos a merced de la confianza y sentido del tiempo.

La abierta manifestación de mi bifurcación interna produjo la división en cada uno de ellos, y en un instante éramos seis. Los cambios eran rápidos y sorprendentes. En un momento éramos dos hombres y una mujer, y luego tres hombres, y otra vez tres mujeres que se convertían a su vez en dos mujeres y un hombre. Las realidades genitales jugaban al «tócame-tú» con los estados psíquicos. Las sutilezas se ramificaban. El hombre que había en mí no era sólo un puro macho que respondía como tal a una hembra, ni un macho homosexual que respondía como tal a otro macho, sino también un macho lesbiano que se desmayaba en exquisita ambigüedad entre las figuras de uno y otro lado.

Por último, nuestra respiración se sincronizaba. Nuestras inhalaciones y exhalaciones se hacían tan magníficas que cada inspiración tenía el poder de tres e incrementaba en nosotros la energía disponible hasta alcanzar una capacidad sobrehumana.

Hicimos algo que contribuyó más aún a alimentar la metamorfosis. Yo estaba acostado de espaldas y él me la chupaba mientras yo besaba a la mujer. Era como si estuviera dividido por la cintura. Mi parte inferior era masculina y mi parte superior era femenina. Yo la besaba como una mujer besa a una mujer y ella me acariciaba los pechos mientras él me chupaba como un hombre chupa a un hombre. De pronto, un cambio, y fui hombre de la cintura hacia arriba y mujer de la cintura hacia abajo. Ahora era un hombre que besaba a una mujer mientras sentía el suave fundirse de mi cuerpo de mujer en la boca de hombre de él.

Con una zumbante conexión, el hombre y la mujer internos comenzaron a moverse en mi interior, en una serie de ondas sinusoidales. Perdí mi *identidad* sexual y me transformé en una *entidad* sexual. Sin embargo, no había ninguna de esas pérdidas de sentido del yo que tan a menudo acompañan a este tipo de experiencias. En el plano físico, tuve la conciencia segura de mí mismo en tanto que animal genitalmente macho; supe mi nombre;

recordé la naturaleza de las cosas. La realidad era penetrante.

Luego, un sentido de urgencia, una aceleración de la fuerza de la vida, una pulsación más profunda. En el interior, macho y hembra se habían fundido; fuera, macho y hembra me presionaban. Nos acercamos gradualmente, comenzamos a emitir sonidos, lloramos ante el alcance del orgasmo que nos envolvía.

Durante el éxtasis siguiente, todos los centros de mi ser operaron independiente y armoniosamente. El cerebro instintivo me movió el cuerpo, del mismo modo en que el núcleo emotivo enviaba flechas de deseo a todo el sistema; levanté los brazos al cielo. El centro intelectual estaba captado por un estado de mudo y maravilloso asombro ante el hecho de la existencia, y las facultades superiores hilaban poderosos mandalas de significado.

A través de todo eso, mis ojos se abrieron y miraron, por encima de la brutal verdad, la habitación real en la que estaba acostado; vieron las sombras que, proyectadas por la vela próxima a la cama, revoloteaban en el cielo raso; y oí, procedentes del estéreo situado en el rincón opuesto de la habitación, a los Beatles que cantaban «In my life I loved you more».

3

El sexo es una vía de acceso al conocimiento. En mi caso, el yoga permitió el desarrollo de nuevas cualidades del yo. Como el alquimista que trabaja décadas enteras con una pócima y en el proceso tiene lugar a una transmutación de su esencia, así pasé toda mi vida consciente, desde los ocho años de edad, mezclando elementos en el crisol del sexo, seleccionando enormes cantidades de material para producir tan sólo unos gramos de sustancia pura. Yo había follado, activa o pasivamente, con más de quinientas mujeres diferentes y el doble de hombres, en circunstancias que iban desde breves jadeos en callejones y prostíbulos, a relaciones muy prolongadas. Había interpretado todos los guiones posibles. Y con lo repentino del cambio total, me convertí en una clase diferente de persona.

En el extremo opuesto de la bisexualidad percibía yo que todo lo que había sucedido antes no tenía otra finalidad que la de perfeccionar el instrumento, la mente-cuerpo que soy. Mis

aventuras habían servido a un único propósito: agotar los aspectos subjetivos del acto sexual. Las múltiples modalidades, hasta entonces desafíos, áreas de exploración, eran ahora mis instrumentos: homosexualidad, heterosexualidad, bisexualidad, abstrusos estados y prácticas psicosexuales, las llamadas perversiones, las múltiples máscaras del desplazamiento libidinal…, todas quedaban a mis órdenes para ser utilizadas al modo en que un director utiliza un elenco de personajes para dar cuerpo a una visión.

Como no terna palabra alguna para abarcar la totalidad de mi conciencia y función erótica, me pareció necesario acuñar una nueva. Así fue como formulé el concepto de METASEXUALIDAD.

4

La conciencia metasexual nace una vez operada la reconciliación de la dualidad interna macho-hembra. En términos rigurosos, sólo quienes han alcanzado este estado están en condiciones de comprenderlo. Pero así como la naturaleza de Buda es inherente a todo lo que tiene vida y la iluminación no es otra cosa que el despertar a lo que hemos sido siempre, así también la metasexualidad se manifiesta en todos los seres humanos, lo sepan o no. Pero ver esto implica al menos un esfuerzo intelectual: el de hacer la distinción entre metasexo y sexo en sí mismo.

El sexo es la actividad que tiene lugar entre un hombre y una mujer que folian para tener un hijo. El metasexo es todo lo demás. Esto se desarrolla con todo detalle en «El manifiesto metasexual», de modo que no lo repetiré aquí. En este ensayo quisiera sólo sugerir parte de lo que se descubre una vez realizada esta distinción decisiva. Pues, cuando dejan de aplicarse al metasexo las leyes del sexo, aquél se revela como un territorio rico e inexplorado.

El ejemplo más flagrante de confusión entre ambos vehículos se halla en el corazón mismo de toda civilización histórica —y un despertar al metasexo desafía frontalmente este principio—, y consiste en el prejuicio de que *dos* es el número *natural* para el encuentro erótico. Esto, obviamente, es válido para el reino sexual, pero resulta completamente erróneo desde el punto de vista metasexual. La afirmación de que *dos* permite la unión erótica más

perfecta es una concepción equivocada que hunde sus raíces en la primitiva conciencia bisexual.

Cuando se trasciende el dualismo macho-hembra, el erotismo se convierte en algo susceptible de una comprensión matemática más sutil. Para cada número hay una calidad única y diferente de conciencia, y ninguno es intrínsecamente superior a los otros.

Uno: el simple punto, metasexo sin dimensión. Es el reino de la masturbación, actividad muy mal comprendida, considerada en general como una aberración, pero que en realidad es un poderoso vehículo por derecho propio. Masturbarse hasta el orgasmo pleno (no la mera eyaculación o la sacudida clitórica, sino la plena liberación vegetativa) es un acto sublime y solitario que requiere capacidad de temor y de reverencia. Producir el propio orgasmo sin compañía de nadie, sin fantasías que enmascaren la facticidad del acto, requiere grandes recursos interiores.

Uno tiene ciertos matices, pues una persona puede masturbarse en presencia de otros y variar la naturaleza de la experiencia. Masturbarse mientras otro asiste y proporciona refuerzo positivo mediante besos, caricias o palabras, en un medio de aprehender la realidad propia y ajena. ¿En cuántas parejas, aun creyéndose desinhibidas, es cada uno de sus componentes incapaz de masturbarse en presencia del otro? No hace falta ir muy lejos para sugerir que, a menos que un individuo esté en buenos términos con *uno,* carecerá (hombre o mujer) de plena capacidad para los números superiores.

Dos es el modelo sexual oficial de nuestra civilización, arraigado en nuestra mente arquetípica. Sin embargo, desde un punto de vista metasexual, no es nada más que el metasexo unilineal, el metasexo unidimensional: es totalmente flexible, pues una línea puede asumir una infinidad de curvas, pero permanece siempre en una sola dimensión.

A————————————B

Si *dos* se acepta como el modo ideal, el modo «natural» de hacer las cosas, los demás números quedan relegados a las categorías del pecado, el crimen, la perversión o la diversión. Muchos individuos sofisticados miden sus orgías según esta norma inconsciente. Una

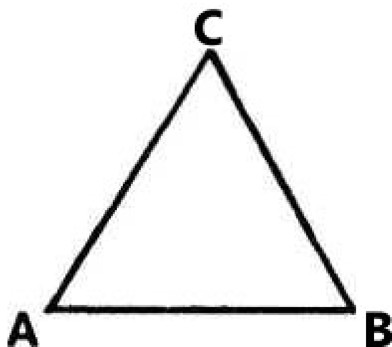
vez más, ello sucede porque no han dominado la división bisexual interna.

La forzada exclusividad del número llega incluso a dañar a la forma misma de la pareja. Debido a que la gente trata de sacar provecho de toda exploración erótica en ese único marco, sufre de una fatal sobrecarga. Es como si, con el cálculo integral a nuestra disposición, se aprobara una ley que nos prohibiera cualquier otra cosa que no fuera contar con los dedos de las manos y de los pies.

Dos tiene ciertamente sus usos, su valor y sus placeres, así como su limitación. Biológicamente, es el vehículo de la procreación. Y posee una cierta pureza clásica de línea que lo hace atractivo tanto para los radicales como para los tradicionalistas. Tal vez su principal encanto consista, al compararse con otros, en su sencillez.

Tres es el primer número del metasexo en dos dimensiones, metasexo del plano. *Tres* debe comprenderse como algo más que el agregado de *uno* al básico *dos.* Implica una cualidad de conciencia nueva y total, algo que no puede ocurrirle a quienes siguen pensando en términos de macho-hembra.

La nueva dimensión resulta clara cuando se la ve en un triángulo, en el que la relación de dos es tan sólo una parte de un vehículo mayor. En efecto, en un triángulo, hay siete partes constitutivas elementales:



Individuos: A, B, C; parejas: AB, AC, BC; y la forma general: ABC.

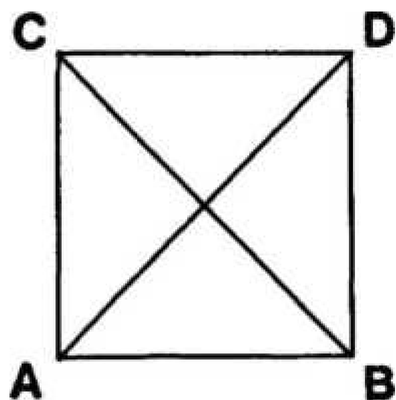
En teoría, el triángulo es equilátero; en la práctica, hay muchas variaciones funcionales. Por ejemplo, si aplicamos el modelo a mi situación con Robert y Diane (siendo Robert, A; Diane, B; y yo

mismo, C), Robert y Diane, una pareja establecida, representa una energía más fuerte que la de Robert y yo o que la de Diane y yo; así, AB será un lado más corto que AC o BC. Pero esto pertenece a una categoría. Puesto que, en términos de nuestra sexualidad biológica, Diane y yo nos hallamos en una situación incoativa de formación de pareja, nuestro metasexo tendrá una intensidad mayor que la que se da entre ella y Robert en la situación de mantenimiento de la pareja ya formada. En este triángulo, BC será más corto que AB y que AC. En un tercer contexto, puesto que Robert y yo tenemos pichas y Diane tiene coño, el vínculo AC poseerá una idiosincrasia que ni AB ni BC pueden exhibir, con lo cual el triángulo básico adquiere otra forma.

Así se podría continuar mostrando cómo las diferencias de tipo corporal, de edad, de factores astronómicos, de determinaciones genéticas, etcétera, producen, cada una de ellas, un nuevo triángulo. Es la constante tensión entre la complejidad de la dinámica humana y las propiedades inherentes a un número dado lo que da al acto metasexual su naturaleza definida. La cantidad de energía disponible le da el alcance. Esto puede afirmarse en la forma de un principio general: todo acto metasexual es una función de energía, personalidad y geometría.

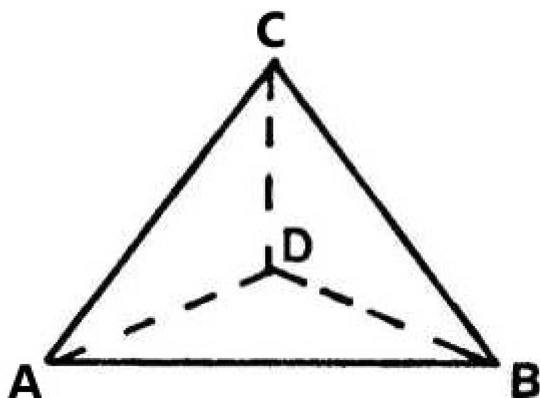
Cuatro es un número difícil. Desde una cierta perspectiva, es dos al cuadrado. Así, muchas parejas que intentan números diferentes antes de entrar en buenas relaciones con la división bisexual, van al *cuatro,* donde no hacen nada más que intensificar su prejuicio dualista básico.

En otro sentido, *cuatro* es la figura bidimensional que sigue después de tres, con un lado más que el triángulo. Como tal, ofrece ¡quince unidades elementales! De esta manera:



Individuos: A, B, C, D; parejas: AB, AC, AD, BC, BD, CD; triángulos: ABC, ABD, ACD, BCD; y la forma general: ABCD. La riqueza de esta estructura se aprehende cuando uno advierte que no sólo operan simultáneamente todas estas subunidades, sino también todos los componentes de personalidad, y en el elevado nivel de energía que cuatro personas son capaces de engendrar. Esto produce una realidad fuerte y continuamente cambiante en múltiples niveles, que sólo unos pocos individuos son capaces de experimentar e integrar.

Pero, además, *cuatro* es el primer número que produce tres dimensiones: una pirámide de base triangular.



Escapa al alcance de este artículo responder a la cuestión de cuál es, en un grupo cualquiera formado por cuatro, la diferencia entre un plano con cuatro lados y esta pirámide. Pero se puede advertir que la realidad de una cuarta dimensión metasexual, un espacio-

tiempo de erotismo einsteniano, sería el próximo paso en esta dirección.

No estoy personalmente cualificado para analizar los números *cinco* y superiores, pues no tengo experiencia de ellos, salvo en reuniones de personas de mucho mundo en este campo, pero que aún no han advertido su naturaleza metasexual y se limitan a apilar cuerpos, sin cambiar la conciencia esencial del acto.

También es fascinante preguntarse por el *cero,* o el metacelibato visto no como renuncia al metasexo, sino como una total aceptación del mismo.

5

Hubo una época en que la gente creía que el Sol giraba alrededor de la Tierra, visión cristalizada en el modelo ptolomeico del sistema solar. Ahora, con una visión menos estrecha, hemos desarrollado una nueva comprensión, que se caracteriza por la introducción del modelo copernicano.

No menor es el cambio que en la historia de nuestra comprensión evolutiva implica la introducción del paradigma metasexual. La vasta mayoría de la especie no ha superado la condicionada mezquindad del número *dos,* e incluso los que están en la vanguardia, con sus orgías, operan aún desde el punto de vista de dualismo macho/hembra. Los más sofisticados de entre ellos se proclaman bisexuales, sin percatarse de que esto es el punto muerto de esa particular visión con anteojeras. El único camino consiste en curar la división interna. Una mónada no tiene sexo.

A esta altura, la pregunta se presenta por sí misma: ¿qué forma adopta el modo de vida metasexual?

No aventuraré una respuesta. En cuanto a mí mismo, actualmente me dejo guiar por las circunstancias. Sin prejuicios, ni preconceptos, estoy abierto a lo que pueda suceder, a quien quiera bailar conmigo. Sin embargo, si éste es un *satori,* dado que practico la conciencia viva del mismo, puede desarrollarse una forma específica. Es posible que un día pueda aceptar un modelo simple que exprese mi verdadera naturaleza: tal vez un vínculo lineal heterosexual no complicado, tal vez una relación homosexual de tres, o una vida de masturbación introspectiva. Pues, si uno ha

asumido todas las formas, está en libertad para manifestarse en cualquiera de ellas.

Allende la bisexualidad, los otros adoptan un significado diferente que cuando uno se halla preso en la dualidad macho-hembra. Incluso el acto más estereotipado está impregnado de una brillante conciencia que transforma la percepción de la realidad. Para parafrasear a los maestros del zen:

¡Chupar pollas,
follar coños,
vano y maravilloso!

El manifiesto metasexual

1

Como concepto, la metasexualidad se empleó en primer lugar para describir la condición de una persona que ha integrado los aspectos fragmentarios de la manifestación erótica en una apreciación unitaria. Sin embargo, tras la acuñación del término, he considerado la metasexualidad más bien como una categoría de comportamiento que describe la actividad erótica como tal, con independencia de la conciencia de los individuos implicados. La metasexualidad, en sentido estricto, es la sombra de la sexualidad, una modalidad distinta de ser que no ha de confundirse con el sexo *per se*.

El sexo es, como piensan los tradicionalistas, un vehículo para tener hijos, y nada más. El sexo, en tanto que sexo, sirve a la propagación de la especie, y absolutamente a nada más. Tengo esta definición por correcta. Sin embargo, hay un vasto dominio de comportamiento erótico que cae fuera de esta definición estricta, y para eso he distinguido el término *metasexo*.

Esta bifurcación terminológica, que refleja una escisión real en el uso de nuestra energía, requiere un tercer término para connotar la matriz que abarca tanto al sexo como al metasexo, y para eso empleo la palabra *eroticum*. Lo *eroticum* se divide en dos categorías, sexo y metasexo, distinción imprescindible para una sana comprensión de nuestro comportamiento erótico.

El sexo es biológico; el metasexo es psicológico. El sexo, lo *eroticum* biológico, tiene una única finalidad: la procreación; el metasexo, lo *eroticum* psicológico, tiene cualquier otra finalidad. El sexo implica la propagación de la especie, y es una actividad relativamente rara: tiene que ver con todo el problema de la cultura y la civilización, y podría calificárselo como «*eroticum* productivo».

El metasexo tiene como finalidad el placer, la expresión del afecto, el intercambio de energía, el dinero, la comunicación y la explotación, la meditación, etcétera, y podría calificárselo como «*eroticum* lúdico».

Las condiciones del sexo vienen impuestas por los requerimientos de la biología: implican un macho y una hembra, la penetración del pene en la vagina y la eyaculación durante el período de fertilidad. Las condiciones del metasexo, por otro lado, son enormemente variadas, y no tienen nada que ver con los detalles del acto, ya tenga éste lugar entre hombres y mujeres, entre hombres o entre mujeres, ya se dé entre personas que se conocen desde hace tiempo o entre extraños, ya sea una función del cariño mutuo o se haga desapasionadamente, ya implique más o menos de dos personas, ya sea físicamente convencional o adopte formas extremas.

El sexo y el metasexo también tienen calidades diferentes de tono y de textura. En el sexo, las actitudes orientadoras son la reverencia y la responsabilidad, pues no sólo importa el acto en sí mismo, sino que se debe ser consciente de la plena dimensión de las consecuencias. Crear otro ser humano es el acto más elevado de que somos capaces, y embarcarnos en ello con ligereza es, desgraciadamente, una mala práctica que alcanza proporciones epidémicas. Además, a través del sexo, la visión propia se extiende a cuestiones de supervivencia, relación, cultura, educación, pues éstos son los legados que transmitimos a nuestros hijos. En el metasexo, la cualidad necesaria es la compasión. Puesto que las circunstancias del metasexo son tan flexibles y se extienden por todo el espectro del comportamiento humano, es imprescindible que los que participan en él no pierdan de vista la recíproca humanidad. Esto significa que no debe haber explotación, ni mentira, ni daño.

Se ha dicho que las distinciones adecuadas son la primera etapa de la sabiduría, y Confucio ha señalado la importancia de la «rectificación de nombres». Pronto se me hizo evidente que la no distinción entre sexo y metasexo constituía el verdadero meollo de todas nuestras dificultades eróticas y, por extensión, de los más acuciantes problemas de nuestra civilización. *El error básico en todo el pensamiento erótico reside en enturbiar la estética del metasexo con*

las contingencias morales del sexo, y en subvertir el misterio y la grandeza del sexo con los valores relativistas del metasexo.

Usando este método de diferenciación, tropezamos de inmediato con una dificultad. ¿Cómo vamos a hacer para pensar y hablar acerca de lo erótico si todo nuestro vocabulario se asienta en la falta de distinción entre sexo y metasexo? Nuestros términos se basan en modelos anticuados, y llevamos la carga de conceptos tales como homosexual, bisexual, perversión, y toda la lista de detalles anatómicos. Esto es una consecuencia de considerar el metasexo desde el punto de vista de los requerimientos sexuales. Naturalmente, desde el punto de vista sexual, no hay más que un modo de hacerlo: macho y hembra en coito genital; y desde esa perspectiva, el índice de Krafft-Ebbing tiene sentido. Pero una vez que nos percatamos de que, desde el punto de vista del metasexo, estas subcategorías carecen de sentido, debemos encontrar un nuevo modo de enunciar nuestras experiencias eróticas.

Es posible preguntarse: ¿por qué hablar de lo *eroticum*? Y, desde un punto de vista teórico, no deberíamos hablar en absoluto. Sin embargo, hasta que no hayamos alcanzado todos un grado tal de iluminación que no haya nada más que decir, sexo y metasexo formarán parte de nuestro discurso. Por tanto, para proporcionar un medio para la comprensión y la comunicación del comportamiento y el sentimiento eróticos, apelaré al concepto de «modo» (*mode*) que es el estado anímico paradigmático en cuyo marco tiene lugar la actividad. Su finalidad es la de desplazar todas las cuestiones de detalle, cantidad y género sexual, y colocar el sexo y el metasexo en un contexto más fluido.

Con el empleo de este modelo nos aproximaremos más a la realidad de la condición erótica. Pues con el título de modo, el sexo encuentra su propio tono, y el metasexo adquiere su plena libertad de expresión. Desde el punto de vista metasexual, no hay diferencia real entre lo que dos hombres hacen en la cama, lo que podrían hacer tres mujeres, o lo que hacen un hombre y una mujer. Clasificar la acción como homosexual, bisexual y heterosexual divide, nos aliena, primero y ante todo, a unos de otros en tanto seres humanos. Los viejos criterios, vistos a la luz del nuevo paradigma, son primitivos e inútiles. Deberíamos ser lo bastante adultos como para distinguir falsos patrones de categorización, con

independencia de su consagración histórica.

Antes de internarnos en la descripción de los modos y de la cualidad específica de la dinámica sexual y metasexual, me gustaría presentar esquemáticamente toda la información que aporta el modelo y utilizarlo luego como diagrama de referencia.

SEXO	METASEXO
Biológico, «productivo»	Psicológico, «lúdico»
Una función de responsabilidad	Una función de compasión
Modo procreativo	Modo reverencial
	Modo teatral
	Modo terapéutico
	Modo romántico
	Modo masturbatorio
	Modo zen
Número: dos	*Número*: cualquiera
Tipo: mujer y hombre	*Tipo*: cualquier combinación de género sexual
Actividad: la penetración del pene en la vagina, seguida de eyaculación, durante el período de fertilidad	*Actividad*: lo que los participantes deseen, sea cual fuere

LO EROTICUM

Este esquema cubre toda posible actividad erótica, sea cual fuere su razón, distingue claramente entre sexo y metasexo, proporciona un nuevo instrumento con el cual analizar y pensar lo erótico, y deja inservible prácticamente todo nuestro vocabulario «sexual». A través de este paradigma es posible llegar, por medios lingüísticos, a un sitio al que los grupos de liberación están tratando de llegar por medios políticos. Pues si cambiamos el modo de pensar y de hablar acerca de lo *eroticum,* las manifestaciones sociales de confusión y de hostilidad desaparecerán con mayor facilidad.

2

Los modos del sexo y del metasexo son mis propias racionalizaciones. Las ofrezco como consideraciones privadas que pueden tener aplicación universal. Tengo la sensación de que si se acepta este paradigma, otros añadirán nuevos modos a la lista, y así

nacerá un nuevo lenguaje erótico, un lenguaje que incluirá las matemáticas del metasexo.

1. *El modo procreativo:* deriva de, o toma en préstamo, las condiciones del sexo. A través de él uno adecúa el ambiente del sexo-para-procrear a una forma de interacción metasexual. Los sentimientos y las actitudes del sexo pueden tener lugar donde la reproducción no entra en juego; entre dos hombres, por ejemplo, o entre un hombre y una mujer cuando se utilizan medios anticonceptivos. Para operar en este modo basta con no mezclar el grano con la paja. En nuestra época de superficialidad general, y bajo el espectro de la superpoblación, la experiencia del follar procreativo ha disminuido drásticamente.

La cualidad más distintiva de este modo es un tipo de necesidad. Y con eso no quiero decir frenesí. En la cultura negra hay un término que capta perfectamente esta textura: *rooting.* Se refiere al hecho de alojar profundamente el pene en la vagina y luego «rotarlo» como si se estuviera hundiendo un palo en la tierra. Si recordamos que la palabra *fuck* (follar) deriva de la idea de plantar, y que *cunt* (coño) significa agujerear, queda claro que el *rooting* no es nada más que la preparación del terreno para la implantación de la semilla. Hay en este modo una cualidad de silencio que no tiene nada que ver con el hecho de que los participantes emitan sonido o no. Hay una intimidad casi santa que es inequívoca, una apertura, una incorporación profunda que no existe en ningún otro sitio.

Aun cuando no haya ningún plan para engendrar un niño de carne y hueso, el modo procreativo da lugar a un nacimiento, pues implica un vínculo energético peculiar de enorme poder vitalizador. Quienes lo usan dan a luz una conciencia que fortalece el cuerpo y exalta el alma. Lo que nace es una vibración de bondad que constituye una fuerza real en la evolución general de la especie. Los que folian de este modo mejoran simplemente con la experiencia y, de la medida en que fecundan sus vidas, aportan virtud a la existencia.

Es evidente que dos hombres que practican el coito anal, y un hombre y una mujer unidos en coito oral, por ejemplo, pueden experimentar la vibración del modo procreativo. Esto, sexualmente, es una noción herética; pero desde el punto de vista metasexual, es parte del entendimiento de que tenemos a nuestro alcance la

posibilidad de formular —una vez que sabemos lo que estamos haciendo— las estructuras míticas a través de las cuales aprehendemos la realidad.

2. *El modo teatral:* es una función de distancia psíquica, y entraña la noción de actuación. En este modo, siempre hay un público, que puede consistir en observadores reales, o bien proyectarse en la conciencia de los participantes que ven el acto como desde fuera.

El modo teatral requiere ligereza de toque, destreza. No se refiere a la actividad, sino a la cualidad de la mente. Los participantes pueden estar involucrados en algo tan «pesado» como la flagelación, pero no debe exagerarse el marco psicológico en el cual se divierten. Tomado al pie de la letra, este modo puede dar paso a los disfraces y a la asunción explícita de roles, como, por ejemplo, la virgen y el libertino o la prostituta y el cliente. Es interesante que, desde el punto de vista existencial, no haya diferencia alguna entre una pareja que juega un juego de prostitución y una persona que paga a un extraño para tener relaciones sexuales.

El principal peligro del modo teatral es el solipsismo, el cual tiene tendencia a cortar los circuitos de corriente energética entre los actores y las actrices. La realización concreta de la fantasía requiere una atención permanente. Aquí es evidente la importancia de la compasión, pues expresa la diferencia entre el uso y el abuso que se hace de los demás. Para que dos o más fantasías se hagan realidad a través de lo *eroticum* sin que toda la relación degenere en confusión, hace falta una habilidad de acróbata. Y mantener el «acto» como *acto,* en el nivel del buen teatro, sin mezcla de psicopatía, presupone la salud de los implicados en el mismo.

El estilo puede variar enormemente, desde el enfoque clásico a los improvisados. Puede haber un guión previo o todo puede empezar con personalidades muy someramente definidas. Puede haber diálogo y vestuario, o no haberlo. Sobre todas las cosas, es un *juego,* tanto en el sentido de una pieza teatral como en el de una actividad infantil. Es al mismo tiempo sofisticado e inocente. Como la danza, esculpe contornos en el tiempo y en el espacio, sin más instrumento que el cuerpo. Y se puede representar una tragedia, o bien una comedia, o deslizarse deliciosamente hacia la ironía.

Pero éste sólo es el aspecto literal del modo. Hay otra forma que podría llamarse teatro-en-tanto-que-realidad, o bien, en semántica oriental, un drama-*dharma.* No hay aquí contenido específico, sino sólo una conciencia del modo mismo. Los participantes se comunican telepáticamente y cada uno transmite su estado con plena conciencia de la estructura psíquica. Se arrastran al límite mismo del artefacto conceptual y entran en la conciencia del vacío de la existencia. Luego folian en el vacío.

En esta situación, conscientes de sí mismos como seres que habitan en el interior del universo entero y pertenecientes a éste, los participantes se convierten en los canales de todos los dioses y diosas, demonios, animales, razas antiguas y modernas, entidades históricas, figuras míticas, y todas las formas de vida en general. Tal vez la visión poética que evoque el modo teatral en toda su riqueza sea la danza de Shiva.

El modo teatral posee una gama que va desde el uso literal de apoyos teatrales, estructuras dramáticas y público, hasta la conciencia cósmica del universo-como-teatro. Es potencialmente, además, el modo más mundano y el más abarcador de todos.

3. *El modo terapéutico:* es el más tramposo, pues libera sentimientos reprimidos y al mismo tiempo perpetúa la expresión de esos sentimientos. Con lo primero, lo inconsciente se vuelve consciente, más razonable y más saludable; con lo segundo, se refuerzan pautas de conducta restrictivas. El objetivo de este modo es permitir lo primero y eliminar lo segundo.

Mi primer contacto con este modo tuvo lugar una noche en que, durante una larga y desenfrenada sesión de metasexo, la mujer con la que había yacido estalló primero en sollozos, luego comenzó a gemir y, finalmente, liberó un chillido estremecedor que hizo vacilar mi erección. Fue unos años antes de la publicación de *El grito primal,* de modo que no disponía yo de ninguna metáfora a mano para comprender el fenómeno. Me enteré de más cosas acerca de este modo durante un período de terapia neo-reichiana, al trabajar en la ruptura de la coraza corporal, las profundas tensiones orgánicas que constituyen el sistema defensivo contra el sentimiento y la percepción.

Empecé a darme cuenta de esto cuando, gracias a la regresión, me convertí en un bebé que se estiraba en busca del abrazo y el

pecho maternos, y los movimientos que entonces realicé y los sonidos que emití —gorgoteo, arrullo, estiramiento de labios, viva sensación de deseo en el pecho— eran exactamente lo que solía hacer cuando chupaba una polla. En otra ocasión, en plena reviviscencia de una antigua rabieta, mientras yacía en el diván del terapeuta, con los puños apretados, agitando la cabeza de un lado a otro, gritando «no» una y otra vez, comprendí que dichas expresiones no se diferenciaban en absoluto de las que descubría en mí cuando me follaban ni de las expresiones que los demás hacían cuando yo los follaba.

No me llevó mucho tiempo percatarme de que la energía erótica era el equivalente del ámbito terapéutico, la técnica terapéutica, o las drogas, en tanto que liberadores de estados psíquicos reprimidos. La única diferencia radicaba en que, durante el ejercicio del metasexo, en general no se relacionan los sentimientos resultantes con incidentes y pautas de la propia vida. Así, el metasexo podía proporcionar abreacción, pero en general no permitía la integración. Sin embargo, si se lo usaba consciente y correctamente, podía poner a nuestra disposición la más útil de las herramientas terapéuticas.

Por un tiempo sufrí una cierta ambivalencia, puesto que me parecía algo profano emplear lo *eroticum* como medio de terapia, pero, cuando hube comprendido más profundamente el concepto de modo, la dificultad desapareció. Se me ocurrió que este paradigma era una poderosa estructura mítica dentro de la cual se podía perseguir un mayor conocimiento de sí mismo. Durante un tiempo, el follar no se diferenció de la sesión analítica. Comencé a relacionar ciertas posturas con la expresión de estados reprimidos y, a medida que tal cosa se producía, mi comportamiento en la cama sufrió una transformación.

Con aquellos compañeros a quienes podía explicar estas ideas, el metasexo en el modo terapéutico se hizo una actividad excitante y, a veces, devastadora. Podíamos actuar libremente para explorar el fundamento psicosomático de nuestras respectivas personalidades. Y además teníamos la ventaja añadida de poder prescindir de ayuda profesional, realmente onerosa. Y un interesante efecto colateral fue que, una vez que una manifestación dada, digamos, el azotar, se veía como una necesidad de castigo arraigada en una fijación

infantil, yo era capaz de experimentar esa actividad *an sich,* en sí misma. Una vez engendrada la energía y revelada la etiología, uno se adueña del amplio espectro de formas eróticas.

En todo adulto vive el niño. Es menester dejar que el niño surja y sea, que ejercite sus facultades, sobre todo las distorsionadas por el condicionamiento negativo a edad temprana. En el modo terapéutico, uno deja que estos aspectos normalmente ocultos del yo encuentren expresión, y al hacer tal cosa el yo crea los gestos tal vez más conmovedoramente hermosos del cuerpo y se enfrenta al dominio entero de la respuesta erótica, mientras descubre sentimientos que confieren al acto metasexual una profundidad de textura única.

4. *El modo romántico:* forma parte de la conciencia histórica occidental. Se halla inextricablemente unido a la palabra «amor», concepto que escapa a lo *eroticum* propiamente dicho. Follar con alguien de quien se está románticamente enamorado es, sin duda, la forma más estimulante de metasexo. Hay en ello una totalidad, una alegría, una sensación general de éxtasis sin parangón en los otros modos. Es el dominio del deseo satisfecho y no satisfecho.

El requerimiento básico de este modo es una voluntad de seguir las emociones en sus alturas y en sus profundidades. Eso impone al modo romántico una inquietud con la que hay que enfrentarse, pues uno se vuelve aficionado a los juicios extremos. Las expresiones «Te quiero», «Casémonos» o «Quiero estar para siempre contigo» acuden fácilmente a los labios. Esto es un fenómeno natural, pues en momentos de gran sentimiento, sólo las grandes declaraciones pueden ser satisfactorias.

Aquí hace su aparición la cuestión de la verdad. Algo tan definitivo, dicho en un momento de pasión, suena a verdadero. Sin embargo, cuando desaparece el sentimiento, entonces la descripción de ese sentimiento, la profesión de permanencia, queda extrañamente desprovista de significado. Es algo magnífico que a la mañana siguiente se quiera realizar lo que se ha dicho la noche anterior, pero no es ésta una condición necesaria para pronunciar tales palabras. Si los participantes comprenden el modo romántico, pueden gozar toda la vida del éxtasis en un solo encuentro, y, cuando el encuentro ha finalizado, volver a una vibración diferente sin sentir que sus palabras deben continuar persiguiéndolos.

En este modo, uno es libre de ponerse poético, y el efecto sobre el lenguaje puede ser asombroso. Esto es especialmente cierto para los primeros encuentros, aun cuando también pueden gozar de ello parejas con años de matrimonio. Tenemos los escenarios clásicos: buques en el mar, países extranjeros, praderas de alta montaña. Y se da una predilección por ciertos puntos de apoyo, como el vino, la marihuana y la música. Su estación específica es la primavera. Caídas de ojos, palpitaciones, rubores, posturas lánguidas y un frágil follar son las señas distintivas de este modo. Como en todas las cosas, naturalmente, los estilos pueden variar, a la manera en que Wordsworth es diferente de Scriabin.

El modo romántico genera sentimientos tan poderosos que se está siempre en peligro de transformar, o de infectar, la vida entera como un todo. Los ejemplos más extremos son los amantes japoneses que, ante la prohibición de poseerse mutuamente, se atan uno al otro y se arrojan desde precipicios para morir confundidos en un abrazo. Además, este tipo de metasexo puede crear tanta adicción que uno llegue a dejar de lado todos los demás y se vuelva monomaniaco. El principio orientador de este modo es la unión en el más allá, con lo que presenta resonancias místicas.

5. *El modo masturbatorio:* es en muchos sentidos el modo innato. El procurarnos placer tocándonos es una de nuestras primeras actividades, y la masturbación suele ser nuestra introducción al erotismo. Muchas veces se ha hecho de esta forma de gratificación un sustituto de «la cosa real»; pero, una vez más, se trata de un juicio sexual sobre una cuestión metasexual. Desde el punto de vista metasexual, el elegir la masturbación como medio esporádico, habitual o total de expresión no tiene más ni menos valor que cualquier otra forma de hacerlo.

Todos los que se han masturbado sin sentir culpa saben que la masturbación puede proporcionar los orgasmos más intensos, claras y quemantes explosiones que lo sacan a uno fuera del cuerpo y lo sitúan en un distinto estado de conciencia. Además, el modo masturbatorio no limita al sujeto a la masturbación. Dos o más personas pueden cumplir las acciones de follar, chupar o acariciar y todo eso puede ser sencillamente una manera más o menos compleja que cada uno tiene de resolver sus problemas. Es un juego sutil y delicado, que implica que cada uno se responsabilice de sus

propios ciclos, aunque requiere sensibilidad hacia el trabajo interior del otro o de los otros.

Desde el punto de vista de la conducta, el modo masturbatorio favorece la tendencia al celibato, que es el último paso del autoerotismo. No por represión, sino por progresión, uno aprende a procesar la energía erótica íntegramente en su propio cuerpo, y así se vuelve autocontenida. Hay quien considera esta homeostasis como la forma superior de evolución erótica.

6. *El modo zen:* se produce a través de la transmodalidad. Un acto puede comenzar en el modo teatral y cambiar al terapéutico. O distintos participantes pueden desempeñar diferentes papeles al mismo tiempo, al modo de una pieza musical que diferentes instrumentos interpretaran en distintas tonalidades. La disonancia no se considera sino como una forma especial de la armonía. El concepto de modo se ve él mismo sacudido, y por último estalla, hasta que se levanta la cortina conceptual y toda imagen se disuelve. Lo mismo que con la experiencia zen propiamente dicha, hay poco que decir acerca de este modo. Lleva consigo un único sentido de la máxima realidad del momento, y dentro de él se aloja toda la alegría y el terror de hallarse cara a cara con la Desnudez.

3

En comparación con mi vastísima implicación en la actividad metasexual, mi experiencia sexual ha sido limitada. Mi follar metasexual culminó en tres embarazos no deseados, pero hasta hace muy poco nunca había follado con la intención de «hacer un hijo». Gracias a esta experiencia, he llegado a las nociones de responsabilidad y reverencia como bases de la conducta sexual.

El sexo implica moralidad, pero no me refiero a la moralidad convencional que, como acertadamente señala Krishnamurti, es inmoralidad. Me refiero a la conciencia, esa cualidad de la sensibilidad que distingue lo correcto de lo incorrecto no sobre la base de cierto código ortodoxo o ideal preconcebido, sino a través de una conciencia de la naturaleza de la vida en general y de la humanidad en particular. Para emplear la expresión corriente, es una conciencia ecológica. El modo del sexo —la reverencia— no es otra cosa que una profunda susceptibilidad a todas las implicaciones

que entraña el tener un hijo. Esto requiere huir, por un lado, del sentimentalismo y, por otro, de la insensibilidad. Criar un hijo es el yoga más difícil que tenemos; requiere un arraigo muy firme de la propia vida en lo correcto, y un equilibrio muy refinado en el organismo, y que la tarea fluya naturalmente de las más profundas fuentes de uno mismo sin pensarlo. Pues, en el momento en que uno folla para tener un hijo, se pregunta: «¿En qué clase de mundo nacerá este niño?». Y a partir de ahí empieza un cuestionamiento riguroso y sin fin.

En mi situación personal, Lucinda —la mujer con quien proyecté tener un hijo— y yo interrumpimos nuestras medidas anticonceptivas y entramos en los terrenos del sexo. Primero advertimos un cambio en las prioridades. Aunque aún experimentábamos placer sensual, orgasmo y las olas de excitación y de liberación, todo esto pasó a un segundo plano ante la seria percepción de que estábamos cumpliendo con un ritual sagrado e inspirador de reverencia: el de crear realmente otro ser humano. Por insignificantes y torpes que fuéramos, teníamos dentro de nosotros el poder de dar vida a otra persona, a una persona que crecería y se convertiría en algo muy parecido a nosotros mismos y recogería el ciclo de la vida allí donde nosotros lo dejáramos. En el proceso de este reconocimiento, vimos con gran claridad nuestra propia muerte.

Una larguísima cadena de visiones nos rodeó por completo. Pues, de repente, problemas que habían parecido académicos se volvieron vitales. Me vinieron a la memoria unos versos de Dylan Thomas: «Te has quitado de encima el peor de los miedos / de que puede uno jamás liberarse, / el miedo a traer hijos / al mundo». De golpe, no sólo la especie, sino nosotros como individuos, nos sentimos puestos a prueba, y en todo, desde lo personal a lo geopolítico. Por ejemplo, ambos fumamos, y nos sentimos culpables de estar esclavizados por un hábito autodestructivo. Ahora la pregunta es: ¿afectará negativamente en el niño la nicotina que nos metemos en la sangre? Y, más sutilmente: ¿tendrá el niño padres que aún siguen siendo presa de hábitos debilitantes?

Además, conociendo las extraordinarias consecuencias patológicas que acechan en cualquier deshonestidad —implícita o explícita— en el terreno de los sentimientos eróticos de los padres

para con el niño, ¿seré capaz de amarlo físicamente? Es decir, ¿seré capaz de tenerlo y acariciarlo, aceptar el denso componente erótico de ese comportamiento, aguantar las erecciones que pudieran sobrevenir, y sin embargo no perjudicar ni limitar su psique imponiéndole una impronta demasiado fuerte a una edad todavía muy tierna? ¿Y cuando sea mayor? ¿Cuáles son mis sentimientos reales acerca del incesto? ¿Creo de verdad que se trata de una conducta inequívocamente errónea?

¿Y qué hacer ante el hecho de que casi cualquier escuela a la que enviara a mi hijo sería una fábrica dirigida por conformistas irreflexivos, que procesan a los seres humanos en cadenas transportadoras de seudoconocimiento, por analogía con el modo en que se trabajan las diferentes partes de un automóvil en una línea de montaje? ¿Qué hay del hecho de que vivimos en un mundo donde sólo unos pocos conocen algo de libertad? ¿Y qué de las realidades de la guerra monstruosa, y de la comida malsana, y del agua sucia, y el aire contaminado? La especie humana está haciendo un esfuerzo conjunto para demostrar definitivamente que ella es la forma más baja de vida de la Tierra y, en tal situación, ¿cuál es la finalidad de traer un hijo al mundo?

Esos pensamientos dieron un tono definitivo a la calidad de nuestro coito. Al pasar de la especulación existencial a la evaluación ecológica y el análisis del carácter, me vi incapacitado para despertar el gran dragón del placer psicofísico. Nuestro sexo se volvió tentativo, y en una cantidad de ocasiones no emitimos un solo sonido, sino que nos acostamos en silencio, como si escucháramos algo distinto de lo que ocurría entre nosotros.

Cuando hubo pasado el primer período de fertilidad de Lucinda, volvimos, por definición, a nuestro lúdico terreno metasexual, a nuestros gemidos y nuestra respiración fuerte, a nuestra pirotecnia. Volvimos a ser, otra vez, un hombre y una mujer que se abrían camino a través de las barreras de los juegos eróticos de nuestra época. Desde el coito anal a pequeñas orgías, hemos continuado en las rutinas consagradas del circo carnal. Retornamos a una exploración de los modos metasexuales, y descubrimos los matices del follar teatral y la dinámica de la actitud terapéutica.

Luego vinieron la menstruación y la comprobación de que habíamos fallado el primer intento, y de que tendríamos que

intentarlo otra vez. El ciclo siguiente proveyó un ángulo de penetración diferente y más profundo en la naturaleza del sexo. Una noche me encontraba encima y la araba como un agricultor excava la tierra blanda. Otra noche ella se ponía encima y me cogía con fiereza, mientras yo, tranquilo e inerte, sentía que la semilla era chupada de mi cuerpo. Parecía cierto que un hijo concebido durante un tipo de coito sería muy diferente de un hijo concebido durante el otro. Y entonces se añadió un nuevo elemento, y comenzamos a estudiar, como no lo habíamos hecho hasta entonces, qué era lo que en realidad hacíamos cuando follábamos y cuando nos corríamos. ¿Qué pensamos, qué sentimos? En resumen, ¿quiénes somos cuando fundimos nuestros cuerpos y nuestras mentes de esta manera tan singular? Pues, teniendo tan claramente definida la finalidad de nuestro follar, los aspectos epifenomenales salieron a plena luz.

Simultáneamente, nuestras implicaciones metasexuales se hicieron más ricas, pues ya no las confundíamos desde el punto de vista sexual. Una tarde, Lucinda y yo fuimos a nadar con otra pareja a un río privado donde podíamos quitarnos la ropa. Jack y Susan habían tenido meses antes una relación de tres con Lucinda, de modo que en ese día estaba tácitamente planteada la pregunta de si lo convertiríamos en asunto de cuatro. Pasamos un largo día de verano nadando, bebiendo vino, fumando marihuana, y dejando que el tiempo transcurriera, al punto de que hubiéramos podido parecer ciudadanos de la Edad de Piedra de *picnic* en un bosque antiguo. El sol golpeaba en sus seis dimensiones.

Miré a Jack y a Susan durante un largo rato, pues nunca había visto desnudo a ninguno de los dos. El balanceo de la picha de Jack, la curva de su espalda, el contorno de sus antebrazos, eran excitantemente eróticos, así como la curva de la región lumbar de Susan, el alto arco de sus pies, la velada franqueza de sus ojos. Pero al cabo de cinco minutos sentí que mi atención decaía. No se trataba de que no fueran lo bastante atractivos como para dedicarles más tiempo, sino de que yo tenía los sentidos, la vista y el pensamiento saciados, mientras que el resto de mis sentidos había padecido hambre. No los había tocado, olido, degustado ni escuchado en todo aquel tiempo. Ni se habían fundido las mentes. Nos hallábamos definitivamente en el umbral de lo *eroticum,* pero no parecía haber manera de penetrar en él.

Medité acerca de que nuestras vidas eróticas suelen ser tensas porque, en la vida cotidiana, no tenemos más experiencia recíproca que la visual o la auditiva. No puedo contar la cantidad de hombres y mujeres con los que he estado en la cama sólo para descubrir que había deseado poco más que tocar, degustar u oler una parte de ellos, en gran parte del modo en que los perros se saludan entre sí con olfateadas y lamidas. Este problema tiene implicaciones al margen de lo *eroticum,* pero lo *eroticum* es lo que se ve más decisivamente afectado. Sin plena libertad sensorial, el metasexo aumenta y el sexo se empobrece.

Si viviéramos en una civilización en la que no actuáramos como autómatas, nuestras actividades sexuales perderían su vulgaridad y nuestros encuentros metasexuales abandonarían su aire preciosista. Si puedo oler el coño de una mujer, tal vez no sienta necesidad de follarla. Pero si para acceder tan sólo al olor de su coño tengo que follarla, el acto erótico se degrada. En realidad, se podría definir lo *eroticum* como lo que ocurre cuando las personas han tenido plena experiencia sensorial recíproca y encuentran una energía que al mismo tiempo integra y trasciende todas las sensaciones.

En el remanso de agua, con capacidad para despejar la oscuridad que nace de la designación defectuosa, descubrí que la vibración de la atmósfera cambiaba. No era cuestión de si tendríamos o no sexo, sino, más bien, de si estaríamos en condiciones de encontrar un modo de gozar de algo de juego metasexual. El metasexo, que implica la percepción, la sensación, la emoción, el pensamiento, el movimiento instintivo y la coordinación muscular, es una actividad unitaria. Y, como suele ocurrir, una vez que lo hube visto, me sentí con el ánimo relajado. Nadamos juntos, y después nos sentamos en círculo sobre la hierba. Miré a las personas que me rodeaban y dejé que las manos siguieran su propio impulso. Toqué los pechos de Susan, los muslos de Jack, la boca de Lucinda. El contacto fue una simple reunión de información, la satisfacción de la curiosidad táctil. A partir de ahí, vino el ritmo. Comenzamos a acariciarnos los unos a los otros, a olernos mutuamente los cuerpos, a lamernos recíprocamente la piel. Sutilmente, se produjo en nosotros un cambio, y, sin ningún anuncio formal, nos hundimos en el dulce abrazo del metasexo.

El resto de la tarde nos proporcionó acontecimientos normales:

follar y chupar, acariciar el coño y la picha, agarrar y retorcerse. En esos momentos carece de importancia qué es lo que se hace, cómo ni quién lo hace a quién. Y clasificar como orgía lo que hicimos es caer en una terminología anticuada. Nos proporcionábamos libertad sensorial, y a partir de esta liberación fluían calor, alegría, excitación y placer. En tal circunstancia, carecía de importancia si yo tenía una polla en la boca o un coño en la mano, si penetraba en mi ano la picha de Jack o el dedo de Susan.

Unas semanas después, Lucinda y yo continuamos nuestros intentos de que quedara embarazada, y descubrimos cambios más profundos. Puesto que la eyaculación de esperma tiene la finalidad de la procreación, cuando no se plantea el problema de la fecundación, aquélla es superflua. Llegué a esta conclusión por vía de la lógica, pero se realizó también espontáneamente en mi interior. Cada vez más, durante sus períodos infértiles, follábamos sin eyaculación de mi parte. Era el ingreso en el *maithuna,* o *tantra,* o yoga taoísta. Y eso produjo una asombrosa revelación: la de que yo, en tanto que hombre, podía tener muchos orgasmos que no tenían nada que ver con la secreción de esperma. Descubría que podía llegar a ello emocionalmente, o psíquicamente, o a través de una fuerte sensación, o bien como resultado de una vibración empática con Lucinda. Durante años les había envidiado a las mujeres su capacidad para el orgasmo múltiple, pero era ciego a esa misma capacidad dentro de mí mismo (salvo cuando me follaban y yo experimentaba clímax anales y orales) porque confundía el orgasmo sexual, que en verdad requiere la eyaculación, con el orgasmo metasexual, en el que la eyaculación no es un componente necesario.

4

Dado todo esto, se descubre que nada cambia. Cada uno seguirá haciendo lo que le place, o aquello que se siente compelido a hacer. La única defensa de este paradigma es que elimina toda confusión respecto a lo que se está haciendo en el campo de lo *eroticum.* Para poner un ejemplo, el problema de los celos es tan difícil de manejar porque no distinguimos entre la posesión real y la fijación neurótica. Entre un hombre y una mujer que tienen relaciones

sexuales, esto es, que procuran tener un hijo, los celos son un sentimiento natural, inherente a nuestra naturaleza animal. Pero entre quienes tienen relaciones metasexuales, los celos son síntoma de inmadurez. Saber esto constituye el primer paso hacia el tratamiento inteligente del síndrome.

Todos continuamos, como especie, representando el papel que escribimos para nosotros mismos, dentro de los límites que nos imponen nuestras limitaciones como criaturas. Habrá hombres que prefieran a hombres, mujeres que prefieran a mujeres, hombres y mujeres que prefieran el sexo opuesto; habrá relaciones de tres, trueque de esposas y orgías; habrá flagelaciones y personas meadas en urinarios públicos; habrá manos tiernas que masturben y puños que folien con violencia. Pero dentro de este nuevo modelo de sexo y metasexo, estamos en paz con nuestras tendencias. Quienes se unen para propagar la especie harán una cosa; el resto es libre de escoger su propia forma.

Finalmente, podemos liberarnos de falsas nociones de perversión. *Desde el punto de vista sexual, la única perversión consiste en follar sin reverencia y responsabilidad; desde el punto de vista metasexual, la única perversión es follar sin compasión.*

Cuando escribo esto, el hijo no ha sido concebido. Pero si en un futuro lo es, considero imperativo que nazca en un mundo donde los problemas de sexo, el antiguo obstáculo de Adán y Eva, se distingan perfectamente del metasexo, que es un aspecto muy diferente de la condición humana. Para lograrlo se requiere más que una investigación científica, por grande que sea el valor del trabajo de personas como Kinsey, Masters y Johnson y se requiere algo más que activismo político, por indeseable que sea el servicio que han prestado los grupos de liberación; se requiere algo más que libertad pornográfica, por mucho que ésta haya ayudado a sacar a la luz las fantasías de una nación.

Más allá de esto, es necesario que comprendamos, que *aprehendamos,* la verdadera naturaleza de la división entre sexo y metasexo, que cambiemos el lenguaje que empleamos para hablar y pensar acerca de lo *eroticum,* que advirtamos las implicaciones de este nuevo paradigma para todas las facetas de nuestro comportamiento, desde el matrimonio a la promiscuidad, desde el puritanismo al libertinaje, del fanatismo al afecto real.

Luego podremos practicar el sexo, que es austero y grandioso, y el metasexo, que es hermoso y radiante. Y tal vez comencemos entonces a despejar el oscuro legado de lujuria que constituye una parte tan importante de nuestra herencia, y volver a mirar de frente la honestidad, la supervivencia y la verdadera dignidad humana.

Muchos son los elegidos, pero pocos pasan la noche (Un modelo operativo de promiscuidad)

Después de mi reciente divorcio, entré en un período de follar intenso, ese ya bien documentado esfuerzo por eliminar todas las huellas de una antigua compañera y restablecer la identidad personal como ser autónomo. Pero, en el término de dos meses, la fiebre se me había pasado, y el delirio dio paso a un dolor sordo y al fenómeno de «miembro-fantasma» del que nos informan los amputados. Era como si al perder a mi mujer hubiera perdido un brazo, pero estaba empezando a aprender a vivir sin él.

Cuando la racha de ardientes intercambios se extinguió y las sábanas volvieron de la lavandería, me encontré en un estado que contenía todos los inconvenientes del matrimonio y ninguna de sus ventajas. Una de mis tantas damas se había establecido con personalidad propia en mi vida y había asumido el papel con salvaje tenacidad. Otra mujer peleaba por conseguir el estatus de novia. Y mi amante masculino quería que pasara un verano con él en el campo. Todo esto me dejaba poco tiempo para el trabajo, la soledad o las exploraciones eróticas al margen de esta tríada que se había instaurado por sí misma.

Puesto que yo no era un candidato al celibato y no tenía intención de volver a casarme todavía, me vi forzado a examinar atentamente mi situación para definir algún tipo de nuevo orden contra la tensión de las demandas en conflicto. La instancia de mi terapeuta a que «sintiera» la realidad no me llevó demasiado lejos; fue necesario erigir un nuevo marco conceptual que sirviera como mapa, o principio orientador de lo que, en caso contrario, quedaría como mero espacio intermedio entre el matrimonio y el celibato.

Desde el punto de vista de mi comportamiento, yo era

promiscuo. Pero esta palabra está cargada de connotaciones tan negativas —con la evocación de relaciones de una sola noche, bares para individuos sin compañía, apareamientos indiscriminados y fugaces— que dudaba en aplicármela a mí mismo. Sin embargo, una palabra es propiedad de todos, y me sentí impelido a rescatarla del miasma de sentidos imprecisos y peyorativos que la han envuelto, e infundirle nueva vida.

El juicio cultural común otorga a esta situación, en el mejor de los casos, un estatus transicional, un nivel más bien bajo, que aparece antes del matrimonio o entre matrimonios; se lo considera como algo propio de la juventud, la inmadurez o la inmoralidad. A la inversa, se lo admira como una suerte de modo de vida paradisíaco, que ofrece la excitación de la caza, la conquista y una serie interminable de nuevos cuerpos. Los mitos de la cama de *Playboy* y del coño de *Cosmopolitan* son tan válidos para un vasto sector de la población, como para otro lo es la especial divinidad de Cristo.

El primer paso en mi reevaluación de la promiscuidad descansa en la idea de que no es ni la culminación de la revolución erótica, ni un desperdicio erótico; más bien es un modelo de sentimiento y de conducta que se da al mismo tiempo que el matrimonio y el celibato y un medio de tratamiento del interminable conflicto entre el follar y todo el resto de la actividad humana. No es ni más ni menos que *uno de los tres caminos válidos de que disponemos para comprender, ordenar y predecir el cambio y la repetición en los movimientos de energía erótica.* Esto significa aceptar que la situación en cuestión tiene sus propias estructuras, leyes, etiqueta, placeres, penas y pasajes de aburrimiento. La redefinición de la promiscuidad implica una adaptación conceptual, un cambio en la vibración básica, y una metamorfosis radical de la identidad interna. Como supe más tarde, también entraña una terrible austeridad, la utilización de una navaja de Occam erótica que requiere la crueldad compasiva del escalpelo de un cirujano.

El segundo plano consistía en encontrar personas que fueran promiscuas, es decir, que hubieran alcanzado ya la conciencia que en mí sólo comenzaba a tomar forma. Cosa difícil, pues la mayoría de las mujeres están tan condicionadas con relación al matrimonio que toda su vida suele estar compuesta por movimientos de

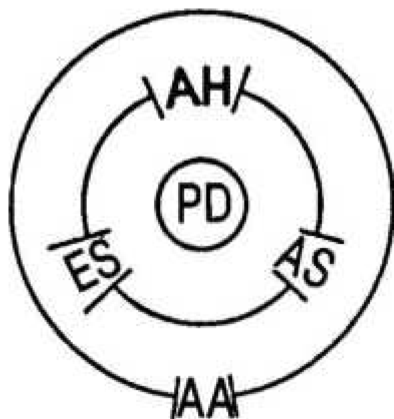
acercamiento a este estado, o bien de alejamiento del mismo. No pocas daban muestras de la más ansiosa necesidad de quedar embarazadas, y representaban insconscientemente antiguas escenas de cortejo, según las cuales follar era un favor que las mujeres concedían a los hombres. Otro tipo conservaba la retórica de la promiscuidad iluminada, pero estaba simplemente alienada, incapaz de relaciones dimensionales.

Con los hombres, el problema era paralelo. Desde un punto de vista metasexual, naturalmente, el sexo del compañero que uno elige no es aplicable a ninguna consideración erótica seria, y términos como los de bisexualidad son demasiado rígidos y divisorios para resultar útiles. La mayoría de los hombres, tales como los que pude encontrar en bares y baños, no deseaban otra cosa que un contacto breve, y follar con ellos es muy parecido a un asalto de lucha. Aquí, una vez más, la promiscuidad se considera en su sentido degradado. Además, el síndrome del matrimonio es demasiado fuerte por debajo de las manifestaciones superficiales, y a menudo la llamada conducta promiscua no es otra cosa que un falso barniz que cubre una profunda necesidad de vínculo.

Después de poner a tono mi conciencia interior con las condiciones de las personas con las que me encontraba, pude discernir el principio básico del paradigma de la promiscuidad. En el celibato, la relación primaria es con *uno mismo*; en el matrimonio, es con *el otro*. En la promiscuidad, la relación primaria es con *el concepto*. La promiscuidad, en sentido duchampsiano, puede considerarse «erotismo conceptual». En ella servimos a otros como vehículo de la expresión más perfecta de la energía erótica. Así como el soltero se preocupa por su propio desarrollo y el casado emprende la tarea de perpetuar la especie, el promiscuo enciende la llama de la pura Idea Erótica. El peligro reside aquí en usar la noción para racionalizar una deshumanización intrínseca de las relaciones eróticas. Para evitarlo, es esencial una extraordinaria honestidad, tanto con uno mismo como con los compañeros. Si las relaciones son cálidas, tiernas y compasivas, no importa que la metáfora que las gobierna sea fría. El romanticismo ya no es nuestro mito predominante, y los modelos que derivan de la cibernética son, sin ninguna duda, los moldes de pensamiento del futuro próximo. Incluso en el lado esotérico del conocimiento

humano, la analogía de la máquina de Gurdjieff proporciona la corriente más vigorosa del siglo. Aceptar un nuevo modelo de promiscuidad implica una nueva comprensión de lo que es ser humano. Ésta puede emplearse, lo mismo que se ha hecho con muchas ideas, como instrumento de perversidad; pero —lo mismo que ocurre con toda actividad humana— el árbitro final es la conciencia individual.

Después de familiarizarme con consideraciones generales, comencé a trazar el flujo real de mi específica evolución de la promiscuidad, y puede establecer el siguiente cuadro:



En el centro está el Principio Definidor. El primer círculo contiene una Esposa Sustituta (ES), un Amante Sustituto (AS) y una situación Ad Hoc (AH). El círculo exterior tiene una Amante-Amiga (AA).

La Esposa Sustituta es una mujer con quien he desarrollado una relación permanente, recíproca en todos los niveles. El Amante Sustituto es un hombre con quien comparto valores románticos tradicionales, pues nuestras energías van más de pecho a pecho que de genital a genital. La situación Ad Hoc es un espacio abierto, variadamente relleno de episodios erráticos, a veces con tres participantes, etcétera. La Amante-Amiga es una ex esposa a quien veo unas cuantas veces al año y con quien siempre comparto buena conversación y cálidas folladas.

El rasgo más importante de estas relaciones es que son más estructurales que personales. Permanecen inamovibles en textura, actividad y sentimiento con total independencia de quién ocupe el

espacio en un momento dado. Si la Esposa Sustituta se retirara, la mujer que ocupara luego esa posición asumiría, desde el primer día, la profundidad, la complejidad y la calidad del rol, y continuaría así durante todo el tiempo que mantuviéramos el contrato. Para definir las reglas: para el promiscuo, todos los individuos son únicos, pero a ninguno se le otorga primacía sobre ningún otro.

Con el paso del tiempo, el diagrama cambió periódicamente su forma. Durante una temporada contuvo una Mujer Periférica (MP) que me llamaba una o dos veces a la semana y con quien dormía una o dos veces al mes. Pero descubrí que la presencia de esta categoría me drenaba demasiada energía y la suprimí. Naturalmente, esta descripción tiene al mismo tiempo un aspecto universal y uno específico. Cualquiera que entre en el estado de promiscuidad desarrollará seriamente una estructura como ésta, pero los detalles variarán de una persona a otra.

Una vez que estuve en condiciones de ver claro cuál era mi estado, pude explicar a cada una de las personas que entraban en mi vida dónde se articulaba precisamente su relación conmigo y entre ellas. Algunas encontraron grotesca la noción y no quisieron saber nada más de mí. Pero no pocos, dentro y fuera del círculo, agradecían la claridad. Era capaz de distinguir a los auténticos promiscuos de los célibes encubiertos y los secretos cazadores de matrimonio, sobre cuya base aprehendía la necesidad de tal estructura conceptual. La máxima se convirtió en: *Sin paradigma, no hay pasión.*

Demasiado a menudo hemos dado por supuesta la magia, el misterio y el poder de fascinación de lo erótico. El follar, fuente de la vida y tal vez su actividad más completa, es también nuestra metáfora más general. La energía erótica es muy pura, muy hermosa, y comparable a la energía que se desarrolla cuando se practica el *zazen* o cualquier otro ejercicio de meditación. En el acto de follar nos penetramos mutuamente la carne con carne, respiramos cada uno el aliento del otro, bebemos recíprocamente nuestros fluidos, nadamos cada uno en el alma del otro, nos comunicamos telepáticamente en todos los niveles, cabalgamos sobre las mismas henchidas olas de creación cósmica y nos internamos en las mismas calmas galácticas, hablando, llorando, sonriendo, escuchando los gritos y los suspiros de éxtasis que

escanden el profundo silencio del talante erótico. Es incuestionablemente grandioso, un regalo de los dioses y un legado de los animales. El mayor descubrimiento del promiscuo es, paradójicamente, que no existe el coito casual.

Sencillamente debido a que este torbellino es tan magnético, brilla desproporcionadamente sobre las monótonas rutinas de nuestra gris civilización y parecemos incapaces de manejar nuestra sensibilidad. El celibato, teóricamente, es la conciencia del esplendor de Eros, una decisión de tratar este fundamento como algo tan sagrado que no pueda hollarse. Pero muy a menudo se practica por miedo a abrirse, o por alguna noción de extraviada santidad. El matrimonio puede ser un pacto entre dos personas para quienes follar es algo tan especial que deciden no compartirlo nunca con nadie más. O bien puede convertirse en celos tan atenazadores que terminen por apagar la chispa erótica. La promiscuidad también tiene dos caras: una ve el follar como una actividad sublime, como la verdadera razón de ser, y estructura la relación humana como vehículo de adoración erótica; la otra envilece constantemente el impulso erótico con la pretensión de que carece de sentido, y con la idea de que follar no es más que una simple forma de rascarse una comezón.

Sin embargo, la visión exaltada de la promiscuidad, pese a todo su encanto lírico, encierra sus problemas específicos. El más incisivo es el reflejo del matrimonio, que reaparece insidiosamente toda vez que tengo la sensación de haberlo extirpado. Junto a esto se halla toda la región de demandas conflictivas sobre mi tiempo y mi energía, dificultad que dio lugar al establecimiento de la ley del más fuerte. Luego está la cuestión del abandono. ¿Cómo decirle a una Esposa Sustituta que ha cumplido su ciclo y que ha sido reemplazada por la aventura Ad Hoc del día anterior? Tal vez el problema más espinoso sea el de la especialización. ¿Se define la totalidad de la propia vida erótica en términos del abanico total de personas con quienes está uno involucrado, y a cada una de las cuales en parte responde? ¿O se busca la plena expresión con cada una de ellas en todo momento?

Aún no he encontrado una respuesta definitiva a estas preguntas. El reflejo de unión, en el nivel del condicionamiento social, debe ser tratado conscientemente; pero, en tanto que

mecanismo biológico, es intransigente. La situación regida por la ley del más fuerte puede aligerarse poniendo a los diversos individuos de los diferentes círculos en contacto entre sí y llegar a un entendimiento en caso de exceso de demandas. El problema de la terminación se facilita desde el momento en que cada una de las personas a las que veo tiene su propia onda erótica. La interrupción de una relación con alguien no condena a esa persona al aislamiento, sino que simplemente da lugar a una alternancia de su estructura erótica. Además, cualquier persona del círculo interior puede desplazarse al segundo círculo, que no es una localización incómoda. La cuestión de la especialización, muy sutil y compleja, requiere mucha más experiencia y análisis previos para que yo pueda definir sus elementos.

Estas y otras dificultades afines indican que el estado de promiscuidad presenta un espectro de desafíos tan amplio y profundo como los propios del matrimonio o del celibato. Los que he mencionado representan las primeras impresiones, y me imagino que cualquiera que ingrese en ese dominio hallará sus propios enfoques de la situación. Al presentar, aun cuando sea esquemáticamente, mi actual estructura, pretendo dar un ejemplo del modelo. Mi preocupación principal es indicar que la promiscuidad ofrece una alternativa sana, adulta y compasiva, al matrimonio y al celibato, una alternativa que requiere investigación, conciencia de sí mismo, fuerza y un atrevido salto a una nueva comprensión de la propia construcción erótica.

Yendo más lejos, una vez que se ha otorgado a la promiscuidad el respeto que le corresponde, es posible moverse cada vez con mayor facilidad de un estado a otro. Una ruptura matrimonial no tiene por qué significar un salto a la degradación o la soledad, sino pura y simplemente un paso a un costado hacia un modo diferente. También son posibles las formas híbridas. Una pareja homosexual que conozco se ha mantenido unida durante cinco años, y a partir del primer año ya no follaban entre ellos, sino que mantenían todas las relaciones eróticas fuera de la pareja. Tenían así la seguridad emocional y psicológica del matrimonio, la austeridad del celibato mutuo y la flexibilidad erótica de la promiscuidad, todo en un único modo de vida.

Según mi propia experiencia, me parece esencial que el

promiscuo sea comprendido a grandes rasgos como un tipo separado y legítimo, en pie de igualdad con el casado y el célibe. Semejante individuo mezcla la cualidad solitaria del celibato con la capacidad de unión del matrimonio y agrega un tercero y único ingrediente, la primacía conceptual. Hasta ahora, la sociedad, la opinión psicológica y sus practicantes han tratado la promiscuidad como una forma de aberración, o bien como una realización en la fantasía. Los promiscuos han caído en el insensato hábito de follar primero y hacer preguntas después, con lo que llegan a despreciarse a sí mismos por cualidades que parecen degradadas sólo porque no se las expresaba en su totalidad, y se envenenan con un deseo inconsciente de matrimonio o una idea oculta de que el celibato es una forma de vida superior.

Una vez se ha tomado en serio la promiscuidad, se verá la conducta loca y degradante como lo que es, y será mucho más difícil para uno justificar las propias debilidades y neurosis. La promiscuidad es diametralmente opuesta al material de desecho, y tal vez la razón por la que no haya sido aceptada como modo de vida plausible resida en que, de aceptarse, podría cerrar una vía de escape a millones de personas que tienen pocos recursos para tratar los niveles excesivos de ansiedad.

En lo que a mí respecta, ésta es la conclusión de mi fase actual de exploración. Dentro de un año puede que esté otra vez casado, que siga soltero, o bien que haya elaborado una nueva síntesis. Pero, por ahora, aunque soy promiscuo, no tengo otra opción que comprender la naturaleza de esta condición y definirla en los términos más rigurosos. Ser una persona, un individuo que opera dentro de parámetros finitos de relación humana, y al mismo tiempo una manifestación transpersonal de pura energía, un reflejo del misterio primordial del ser, una coordenada viva de la cuadrícula de creación, la materialización real del principio de «ambos y», tener resuelto el problema de la dualidad en el baño de ácido de Eros: ésta es la promesa contenida en el camino de la promiscuidad iluminada.

La división divide

Aunque, como apuntaba Reich, podemos empezar a desarrollar tensiones caracteriológicas a partir de las tres primeras semanas de vida, en general nuestras malformaciones esenciales no se instalan en articulaciones decisivas de nuestra infraestructura psicofísica antes del período comprendido entre los tres y los siete años. El niño desarrolla aumentos progresivos de tensiones musculares, inhibición de la respiración y distorsiones perceptivas hasta que un simple incidente activa un sistema acorazado autónomo cuya única función es el mantenimiento de sus propias defensas. Esto puede observarse con la misma facilidad en naciones como en individuos.

Este proceso de patología condicionada ha sido objeto de diversas descripciones. En nuestro intento de comprender por qué somos imperfectos, hemos desarrollado un pleno espectro de racionalización. El «pecado original» no explica ni más ni menos que la «ignorancia cósmica» o la «plaga emocional». Y se han creado miles de religiones, terapias, escuelas de meditación y movimientos políticos para buscar las causas de nuestra estupidez como especie y curar nuestra enfermedad.

Más recientemente, la idea de Janov de una *división primal* ha suministrado una herramienta útil para ahondar en el problema. Recuerdo un acontecimiento que muy bien podría haber sido el factor decisivo en la configuración de los contornos y el contenido de mi vida erótica, y en proveerme de un yoga enormemente personal a través del cual volverme hacia mi interior hasta tomar contacto conmigo mismo.

Tenía yo ocho años. Mi madre y mi vecina salían de compras y me dejaron a la hija de la vecina, una niña de dos años, para que la vigilara unos minutos. Lo único que tenía que hacer era cuidar que no hiciera una diablura o se lastimara.

Pero, en el momento en que la dejaron, se apoderó de mí un

profundo estremecimiento que comenzó en el pecho y se extendió a las piernas, hasta que todo el cuerpo me tembló como si sintiera frío. La pequeña estaba acostada en el suelo, con la mirada perdida en el cielo raso. Mi deseo era fuerte y claro, guiado por un genio biológico que entonces no se había visto perturbado de modo permanente. El deseo me trastornó, aunque sabía que lo que me sentía arrastrado a hacer era un acto que se juzgaría merecedor de un castigo severo.

Pero ¡con qué malévola astucia, a tan temprana edad, comprendí que la niña era demasiado pequeña para hablar, y que no podría contar nada de lo que yo pudiera hacerle! Aunque no pude enunciar abiertamente la idea, se me apareció en toda su seductora complejidad la relación existente entre verdad y lenguaje.

No tenía intención de hacer daño a la niña; todo lo contrario, mis impulsos eran expansivos y benignos, aun cuando lo que los motivaban fueran egoístas. Con ingenuo instinto comprendí el principio de dar-para-conseguir, para cuya demostración Masters y Johnson necesitaron un laboratorio y un centenar de exhibicionistas. La pequeña me excitaba, y yo quería hacer que se sintiera bien para que me hiciera sentir bien a mí.

Asumiendo la responsabilidad de mi necesidad, le bajé el pañal hasta los tobillos. Durante un largo rato miré la raja informe y, a sabiendas de que, durante una larga parte de mi vida, ninguna otra cosa igualaría el hipnotizante llamamiento de aquel agujero, me acosté al lado de ella, me desabotoné los pantalones e inicié mi carrera como entidad erótica. Presioné mi pequeño pene contra su entrepierna y me froté contra ella, primero suavemente, pronto con creciente excitación.

Me perdí en el cálido frenesí del acto, aunque recuerdo que la niña, relajada y sonriente, parecía gozar de esa vaga manera propia de los niños muy pequeños. Estábamos compartiendo una comunión primitiva y me sentí poseído de la revelación de que ese simple juego era lo más bonito que jamás había hecho. Los juegos de mutua exposición a los que había jugado con niñas de mi edad habían estado siempre teñidos de una hormigueante sensación de impropiedad que, a la vez que les añadía intensidad, erosionaba su naturalidad. Mucho después comprendí que lo que nuestra cultura considera erótico es en realidad una resistencia más o menos

sofisticada a aceptar el flujo del placer.

Me hallaba en medio de un precioso follar de polla blanda sin penetración, cuando oí que se abría la puerta de entrada. Estoy seguro de que ninguna llamada de agentes de policía en plena noche fue tan terrorífica para nadie como aquella entrada lo fue para mí. Eran mi madre y su amiga, que volvían. Se me detuvo la respiración con ese paro del diafragma que es señal de toda patología psíquica y emocional. Me las imaginé agachándose sobre mí, con sus caras convertidas en horribles máscaras de ira, sus dedos curvos listos para desgarrarme las orejas.

Lo que estaba yo haciendo era un acto en sí mismo inofensivo y placentero, una conducta natural que, en una sociedad sana, no provocaría otra cosa que una sonrisa indulgente; y que fuera juzgado como un crimen por el mundo en el que vivía, representado en ese momento por aquellas mujeres, es una cuña de conocimiento que ha de haber penetrado en mí por un millar de canales no oficiales durante mi niñez. Sin que se me hubiera dicho explícitamente nunca una sola palabra, yo había introyectado en el cuerpo el juicio de la civilización.

Retiré el pene y con dedos temblorosos volví a colocar el pañal sobre las piernas de la niña. El atento amante de unos segundos antes se había desintegrado rápidamente y en su lugar aparecía un manojo de culpas crispado de inseguridad. Tal vez si, en ese instante, hubiera mantenido el coraje y hubiese continuado amparado en mi inocencia, me hubieran pegado; pero habría mantenido mi integridad. Sin embargo, era un jovencito cobarde e intelectual, y capitulé sin respuesta.

La niña, al sentir la repentina tensión, empezó a llorar. Y yo apenas fui capaz de sentarme en el suelo cerca de ella y simular que trataba de tranquilizarla antes de que las dos mujeres entraran en la habitación.

La madre de la niña se limitó a levantarla y preguntar:

—¿Hace mucho que llora?

—No, acaba de empezar —respondí sin faltar a la verdad y aliviado porque ya hacía tiempo que había comprendido que la mejor manera de esconder una verdad peligrosa era ocultarla bajo otra verdad trivial.

Pero cuando levanté la vista y miré a mi madre, se me revolvió

el estómago y la respiración se me hizo rápida y débil. Ella tenía un aspecto demoníaco en el rostro. Estaba convencido de que ella sabía lo que yo había hecho y se contenía para no castigarme sólo con el fin de proteger el honor de la familia ante la vecina. Ahora, naturalmente que de modo retrospectivo, veo que yo proyectaba, que transformaba mi miedo en su ira, de modo que sufriría el castigo por lo que entonces tenía que aceptar como un pecado. Además, todavía tenía la inclinación, común en los niños, a revestir de omnisciencia a los padres.

Sin embargo, en aquella época yo no disponía de todas estas fantásticas intuiciones, y simplemente huía de mi madre. Un gran abismo de vergüenza se abrió entre nosotros. Era un espacio que yo no podía salvar, pues era impensable que en ese momento hablara con el corazón en la mano. En aquel instante, nuestra intimidad tocó a su fin, para no restablecerse sino treinta años después. Mi Madre se había convertido en el Otro. Y en mi interior había nacido el sombrío yo.

Nadie que haya revivido experiencias de este tipo se sorprenderá ante la claridad con que mi conciencia registró el nacimiento del hipócrita «yo». Sólo con los subsiguientes encubrimientos llega uno a perder la vivacidad con que se ve escindido. Comprendí cabalmente, con la claridad propia de la infancia, que la persona que yo era —la que no encontraba nada malo en jugar y ser cariñoso con aquella niña— sería siempre un criminal a los ojos de un mundo que despreciaba tanto su naturaleza animal como su naturaleza angélica. Lo mismo sentí varios años después, cuando tuve mi primer encuentro erótico con uno de los chicos del barrio. Pero en aquella época ya había aprendido a cambiar la decoración de mi escenario psíquico, de modo que quedara protegido del dolor de la pérdida.

Mi vida se instaló en un modelo que podría describirse como una onda sinusoidal espástica. Alternaba períodos de asombrosa hipocresía con explosiones de introspección y rebelión física. Mis ciclos constructivos implicaban la asociación de una imagen aceptable y una porción del mundo; mis ciclos destructivos producían danzas de Shiva que quemaba el compulsivo casco de la identidad social. El buen niñito y el mono no condicionado se perseguían mutuamente en la hipérbole.

Pensé que ésta era mi aberración personal hasta que me di cuenta de que esa absurda fluctuación representaba una parodia del ritmo esencial de la vida, un melodrama infantil que constituía el corazón de lo que gustosamente hemos dado en llamar civilización.

Al intentar hallar mi verdadero lugar en medio de la confusión, pasé por la dialéctica clásica que en literatura zen se describe de esta manera: «Antes de lograr yo la iluminación, las montañas eran simplemente montañas; mientras buscaba la iluminación, las montañas ya no eran montañas; después de la iluminación, las montañas volvieron a ser montañas».

En el principio fue el puro erotismo polimorfo del infante. Cuando éste fue bloqueado y mutilado, y me hallé en una tierra de mediocridad y esterilidad, comencé un largo recorrido a través de una interminable lista de variaciones sobre el tema del follar fragmentario. Lo mismo que un místico en busca del Absoluto, yo anhelaba la alegría no buscada y sin complicaciones del placer del bebé. En el proceso pude experimentar y catalogar todo el espectro de expresiones eróticas y de sensaciones, y acumular conocimiento de un ser humano en el nivel de la búsqueda.

Pero después de los orgasmos vegetativos y los arrebatos orgiásticos, después de los desmayos de delectación en la sensualidad conceptual, después de la gran aventura de la dominación y la sumisión, después de incursiones sorprendentemente inocuas y a menudo ridículas por lo que tradicionalmente se ha tenido por perversiones, descubrí que sólo había logrado una cosa: *Había dado una vuelta completa a la rueda de la experiencia erótica de nuestro tiempo.*

Por debajo de todo eso se hallaba el inalterado terreno de mi naturaleza originaria. Y mi tarea no era otra que la de caminar por este terreno, ahora como adulto, con sencillez, afecto y verdadera inteligencia.

Pero esto me dejó precisamente donde debía haber estado todo el tiempo y, en verdad, exactamente en la misma situación a la que tiene que enfrentarse todo ser humano del planeta, desde los sabios célibes a los coprofílicos transexuales.

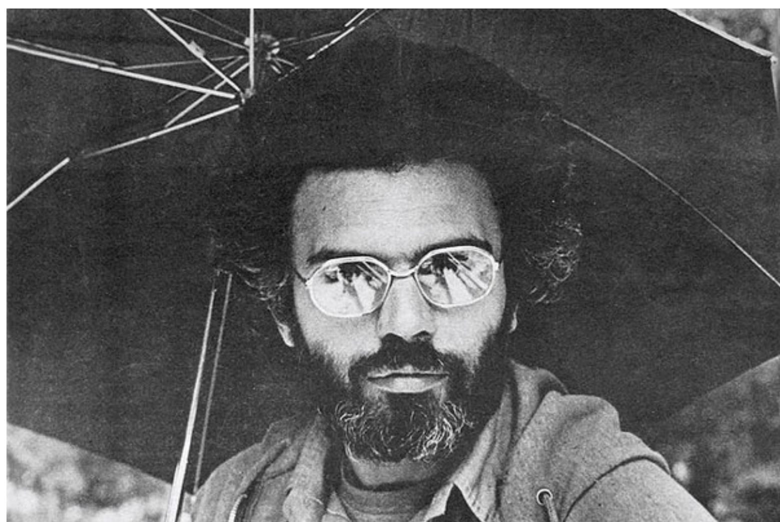
Todo el espectro del juego erótico se abría ante mí, aunque eso no solucionaba nada. Todavía necesitaba descubrir cuál era el auténtico camino.

Infundir un sentido de maravilla a los hechos de la vida cotidiana, o buscar nuevas formas… Ver misterio en las texturas obvias de nuestros mitos epocales, u optar por un existencialismo idiosincrático… Conocer el infinito a través de las limitaciones de la moralidad, o perseguir la trascendencia… Entrar en la eternidad por la puerta de la normalidad esotérica, o convertirse en una ilusión… Todo esto es el coño-y-culo, el picha-y-boca del sonriente y acariciador vacío.

La última semana me invitaron a servir como conducto metasexual y catalizador de una extensa familia de quince personas. Simultáneamente, continuaba una larga exploración del significado de la monogamia.

¿Puede curarse la visión a través de la elección, que implica la negación, o dejaré que voces seductoras me atraigan a mundos separados, de modo que, cuando el cadáver haya dejado de soñar y los huesos se hayan disgregado, se comprenderá que, desde el primer momento, no he estado aquí en absoluto?





Marco Vassi (6 de noviembre de 1937, Nueva York - 14 de enero de 1989, Nueva York). En una nota autobiográfica, dice que nació en 1970 año en que publicó su primer libro y que falleció en 1983, año en que, tras la publicación de Lying Down, decidió abandonar su actividad como escritor. Profesor, psicoterapeuta, traductor del chino y editor, es también autor de doce libros: novelas como The Gentle Degenerates o Contours of Darkness, cuentos y ensayos, entre los que el más conocido es The Stoned Apocalypse. Entretanto, encontró tiempo no sólo para casarse y divorciarse dos veces y tener un hijo, sino también para experimentar él mismo todas las formas concebibles de sexualidad, desde la homosexualidad hasta los rituales sadomasoquistas pasando por las ceremonias orgiásticas.

De él dicen escritores de la talla de Norman Mailer: «Vassi es el único en el grupo de autores eróticos contemporáneos que todos deberíamos leer», o de Saul Bellow. «Las comedias eróticas de Vassi es a la vez literatura caliente y un ejemplo e espléndida escritura», o aún de Kate Millet: «Las comedias eróticas llega hasta lo más hondo de las obsesiones de los seres humanos de hoy».

Notas

[1] El título original es «Subway dick». En *slang, dick* tiene el doble sentido, irreproducible, de: 1) detective o policía, y 2) pene. *(N. del T.)* < <